

Emilio A. Núñez



5
72
2

DESAFÍOS PASTORALES

3dlrs

DESAFÍOS PASTORALES

Contenido

I. EL PASTOR Y SU CONTEXTO SOCIAL

1. El pastor y su pueblo, ante las crisis contemporáneas / 9

II. EL PASTOR Y LA EVANGELIZACIÓN

2. Proclamación cristocéntrica / 31

3. Teología de la evangelización / 39

4. El mensaje de la evangelización / 49

Emilio A. Núñez

V. EL PASTOR Y LA IGLESIA LOCAL

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en forma alguna sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de porciones breves en revistas académicas.

EDITORIAL PORTAVOZ
Kregel Publications
P.O. Box 3001 / East Lansing, Michigan 48823 U.S.A.
Visítanos en: www.portavoz.com



EDITORIAL PORTAVOZ

DESAFÍOS PASTORALES

Desafíos pastorales. © 1998 por Emilio Núñez. Publicado con permiso por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de ninguna forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de porciones breves en revistas y/o reseñas.

Diseño gráfico: Nicholas G. Richardson

EDITORIAL PORTAVOZ
Kregel Publications
P. O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 EE.UU.A.

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 0-8254-1515-2

1 2 3 4 5 edición/año 02 01 00 99 98

Printed in Colombia

Contenido

Prólogo de Evis L. Carballosa / 7

Aclaración / 9

I. EL PASTOR Y SU CONTEXTO SOCIAL

1. El pastor y su pueblo, ante las crisis contemporáneas / 13

II. EL PASTOR Y LA EVANGELIZACIÓN

2. Proclamación cristocéntrica / 31
3. Teología de la evangelización / 39
4. El mensaje de la evangelización / 49

III. EL PASTOR Y EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA

5. ¿Cómo debe crecer la iglesia? / 61

IV. EL PASTOR Y LA IGLESIA LOCAL

6. El pastor como líder / 73
7. El pastor como consejero / 91
8. El pastor como administrador / 109
9. El pastor y la autoridad espiritual / 121

V. EL PASTOR ANTE EL FUTURO

10. Siervos de Dios para el mañana / 133

Bibliografía / 141

Contenido

Prólogo de Evis L. Carballosa \ 7
Agradecimiento \ 9

I. EL PASTOR Y SU CONTEXTO SOCIAL
1. El pastor y su pueblo, ante las crisis contemporáneas \ 13

II. EL PASTOR Y LA EVANGELIZACIÓN
2. Proclamación cristocéntrica \ 31
3. Teología de la evangelización \ 39
4. El mensaje de la evangelización \ 49

III. EL PASTOR Y EL CRECIMIENTO DE LA IGLESIA
5. Cómo debe crecer la iglesia \ 57

IV. EL PASTOR Y LA IGLESIA LOCAL
6. El pastor como líder \ 73
7. El pastor como consejero \ 91
8. El pastor como administrador \ 109
9. El pastor y la autoridad espiritual \ 121

V. EL PASTOR ANTE EL FUTURO
10. Señales de Dios para el mañana \ 133

Bibliografía \ 141
Visítanos en: www.mnedita.com

pluma del doctor Emilio Antonio Núñez copia una importancia incalculable. Emilio Antonio Núñez es un teólogo con corazón de pastor y un pastor con alma de teólogo. Durante cinco décadas, el doctor Núñez ha estado relacionado con el Seminario Latinoamericano (SETECA). Primero como docente, luego como profesor y posteriormente como Decano y Rector.

Prólogo

SE HA DICHO, y con razón, que no hay nada más importante en el mundo en que vivimos que el ministerio de la iglesia cristiana. A esa declaración debe añadirse que no hay nada más importante dentro de las funciones de la iglesia que el ministerio del pastor.

El pastor tiene la responsabilidad de orientar, instruir, edificar, alimentar y cuidar de la congregación. El pastor ha sido llamado por Dios a ocupar la posición de líder espiritual en medio del pueblo cristiano que el Señor ha puesto bajo su cuidado. Cuando los creyentes cristianos piensan en un guía a quien acudir en busca de ayuda y orientación espiritual, casi invariablemente acuden a un pastor. Lo hacen porque piensan que el pastor, como siervo de Dios, puede prestarles la ayuda que necesitan.

En las últimas décadas, el ministerio pastoral ha recibido un gran número de retos. Por un lado está el reto de la transformación social que muchos de los países de habla española han experimentado. Ha habido un gran crecimiento en los medios de comunicación (radio, televisión, etc.). También ha habido un incremento en el número de creyentes que han completado sus estudios universitarios o que han progresado en los negocios.

Añádase a eso el hecho de que muchos creyentes viajan con relativa frecuencia a otras partes del mundo y se relacionan con lo que ocurre tanto dentro como fuera de las congregaciones locales en otras geografías. Tampoco debe pasarse por alto el hecho de que la sociedad presente vive en una era de violencia, indiferencia espiritual, materialismo, racionalismo, subjetivismo, e ignorancia de las cosas de Dios.

Por todo lo dicho y por mucho más que el límite de espacio no permite que se diga, este trabajo sobre *Desafíos pastorales* de la

pluma del doctor Emilio Antonio Núñez cobra una importancia incalculable.

Emilio Antonio Núñez es un teólogo con corazón de pastor y un pastor con mente y alma de teólogo. Durante cinco décadas, el doctor Núñez ha estado relacionado con el Seminario Teológico Centroamericano (SETECA). Primero como estudiante, luego como profesor, y posteriormente como Decano y Rector.

No obstante su indiscutible erudición, Emilio A. Núñez se caracteriza por una manifiesta sencillez tanto en sus escritos como en el trato personal. Sus múltiples intervenciones internacionales no le impiden estar relacionado con una iglesia local a la que estimula con su presencia, edifica con sus enseñanzas, y reta con sus predicaciones.

Los capítulos que constituyen esta obra no son el producto del experimento frío llevado a cabo en el laboratorio de la oficina de un teólogo desconectado por tiempo y espacio del pueblo de Dios. Por el contrario, son el resultado de la participación activa, directa, abierta y «con la manga al codo» de un hombre de mente penetrante y corazón sensible. El doctor Núñez, además ha viajado a través de casi todos los países de habla española, y conoce a fondo tanto las virtudes como los defectos del ministerio pastoral entre nuestro pueblo.

Es por ello que esta obra del doctor Núñez debe ser recibida con profunda satisfacción y gratitud. Su contenido debe ser leído con cuidado y reflexión; sus advertencias deben ser atendidas y sus enseñanzas practicadas sistemáticamente. Recibimos con gran beneplácito este libro y con la seguridad de que servirá de reto y ayuda a todo pastor que tome el tiempo para leerlo con el debido detenimiento.

E. L. CARBALLOSA, PH.D.

España

Aclaración

LOS ENSAYOS QUE forman este volumen fueron escritos en diversas circunstancias, para ser leídos por el autor en reuniones de líderes evangélicos en Guatemala, México, y América del Sur.

Que no espere el benevolente lector hallar en este libro un manual completo para el ministerio pastoral. Los temas no fueron seleccionados por el autor, sino por los organizadores de las reuniones arriba mencionadas. También es necesario aclarar que estos ensayos no intentan ser estudios técnicos destinados a especialistas en la materia. Se trata sencillamente de ponencias que, como este nombre lo indica, fueron presentadas con la finalidad de estimular la reflexión y discusión de personas que están profundamente inmersas en la evangelización y en la labor pastoral. El enfoque es más pragmático que teórico.

Si algún valor tienen estas páginas, desde un punto de vista práctico, es el de haber sido escritas desde dentro del ministerio evangélico en América Latina, para ser sometidas al respetable criterio de pastores, evangelistas, y otros líderes evangélicos latinoamericanos.

Habiendo escuchado de muchos colegas la sugerencia de que estas ponencias debieran ser publicadas, se atreve ahora el autor a lanzarlas en forma de libro, esperando que sigan promoviendo reflexión y discusión para beneficio del ministerio al que hemos sido llamados por el Señor de la Mies. ¡Y que a Él sea todo honor y toda gloria, hoy y para siempre. Amén!

EMILIO ANTONIO NÚÑEZ C.

plante del pastor Emilio Antonio Núñez, quien es el autor de esta declaración.

Emilio Antonio Núñez es un teólogo con una gran experiencia y un profundo conocimiento de la teología. Durante cinco décadas, estuvo relacionado con el Seminario Teológico Centroamericano (SETECA), primero como profesor, luego como profesor y posteriormente como Decano y Rector.

Las enseñanzas que forman esta declaración fueron escritas en diversas circunstancias para ser leídas por el autor en reuniones de líderes evangélicos en Guatemala, México y América del Sur. No es un escrito que se pretende leer, sino que se pretende leer en un momento oportuno para el ministerio pastoral. Las cosas no fueron seleccionadas por el autor, sino por los organizadores de las reuniones. También es necesario señalar que estas enseñanzas no incluyen sus enseñanzas técnicas, sino que se refieren a la teología y a la espiritualidad. Se trata de enseñanzas que se refieren a la teología y a la espiritualidad, pero que no se refieren a la teología y a la espiritualidad. Se trata de enseñanzas que se refieren a la teología y a la espiritualidad, pero que no se refieren a la teología y a la espiritualidad.

Se afirma que estas enseñanzas, desde un punto de vista práctico, es lo de haber sido escritas desde dentro del ministerio evangélico en América Latina, para ser sometidas al respetable criterio de pastores, evangelistas, y otros líderes evangélicos latinoamericanos de esta América Latina. El autor de esta declaración es el pastor Emilio Antonio Núñez, quien es el autor de esta declaración. El autor de esta declaración es el pastor Emilio Antonio Núñez, quien es el autor de esta declaración.

Emilio Antonio Núñez C.

El pastor y su contexto social

I

El pastor y su contexto social

Hay una gran variedad de problemas que encaran a la Iglesia en América Latina. Los problemas sociales son muy variados. La proliferación de villas miseria donde cientos de personas viven en condiciones subhumanas, lo que aumenta nuestro déficit en salud, educación, y vivienda; la creciente curva de desempleo, el que generalmente va acompañado por el aumento en el costo de la vida; el deterioro o el cambio en los valores morales; el riesgo aparentemente incontrolable del alcoholismo, la esclavitud a los narcóticos, la prostitución, y la delincuencia. Tampoco debe pasarse por alto que dentro de la Iglesia misma, tanto al nivel local como continental, hay problemas de difícil solución.

Se sobreentiende que en esta conferencia no es posible analizar profundamente todos esos problemas, ni mucho menos indicar la manera de resolverlos. Nos proponemos simplemente reflexionar sobre lo que debemos ser y hacer como Iglesia ante la problemática de nuestro tiempo en América Latina. Tampoco será posible ofrecer una respuesta específica a cada situación concreta. Lo más que haremos será enumerar algunos principios generales que nos ayuden en el momento de acercar a nuestros hermanos sobre la tierra que hay de sumir en una situación de crisis social.

El primer nivel de reflexión que se le presenta a los grupos es el problema que afecta a la Iglesia. Es necesario que los grupos y sus líderes se enfrenten a estos problemas y que los enfrenten.

I

El pastor y su contexto social

1

El pastor y su contexto social

HAY UNA GRAN variedad de problemas que encaran a la Iglesia Evangélica de América Latina en la actualidad. Tratándose especialmente de la Iglesia en las grandes urbes, los problemas sociales son mayúsculos. Por ejemplo, la proliferación de villas miseria donde centenares de millares de personas viven en condiciones subhumanas, lo que aumenta nuestro déficit en salubridad, educación, y vivienda; la creciente curva de desempleo, el que generalmente va acompañado por el aumento en el costo de la vida; el deterioro, o el cambio, en los valores morales; el oleaje aparentemente incontenible del alcoholismo, la esclavitud a los narcóticos, la prostitución, y la delincuencia. Tampoco debe pasarse por alto que dentro de la iglesia misma, tanto al nivel local como continental, hay problemas de difícil solución.

Se sobreentiende que en esta conferencia no es posible analizar profundamente todos esos problemas, ni mucho menos indicar la manera de resolverlos. Nos proponemos sencillamente reflexionar sobre lo que debemos ser y hacer como Iglesia ante la problemática de nuestro tiempo en América Latina. Tampoco será posible ofrecer una respuesta específica a cada situación concreta. Lo más que haremos será encontrar algunos principios generales que nos ayuden en el momento de orientar a nuestros hermanos sobre la actitud que han de asumir en una situación de crisis social.

El que esto escribe no pretende poseer la respuesta a los graves problemas que afligen a la Iglesia Evangélica en determinados países latinoamericanos; ni desea imponer principios generales

de conducta a la Iglesia Evangélica latinoamericana; pero sí espera que en el espíritu de amor fraternal que nos une en Cristo, este grupo llegue a señalar algunas pautas que debemos seguir en situaciones conflictivas de nuestra sociedad. De modo que la presente ponencia —como toda ponencia— debe servir tan sólo como un catalizador, como un generador, o acelerador, de reacciones mentales que son indispensables en la búsqueda de los principios arriba mencionados.

A través de los siglos el pueblo de Dios se ha visto enfrentado por graves crisis en el terreno social. La Iglesia nació en un mundo conflictivo. Por ejemplo, en el primer siglo de nuestra era el problema económico-social era inmenso. Millares y millares de personas vivían en condiciones infrahumanas; y lo que es peor, abundaban los esclavos. Se ha dicho en repetidas ocasiones que hubo tiempo cuando en Roma el número de esclavos superaba el de los libres. Los amos vivían en constante temor de un levantamiento popular, semejante al del esclavo Espartaco, derrotado por las legiones imperiales. Aun los griegos, con todo su refinamiento cultural, tenían esclavos. Según algunos filósofos, la esclavitud era como una ley de la naturaleza. Los esclavos habían nacido para sufrir esa condición abyecta. Tenían por tanto obligaciones, pero prácticamente ningún derecho. Los mercados de esclavos eran cosa común en el mundo grecorromano.

Revela el Nuevo Testamento que en la Iglesia primitiva había esclavos. No sería fácil para los predicadores de aquellos tiempos hablar de la dignidad e igualdad de los seres humanos en una congregación compuesta de amos y esclavos. Pero podemos deducir que Pablo lo hizo, porque de él vienen las siguientes palabras: «Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gá. 3:28).

En lo político, el mundo del primer siglo se caracterizaba, entre otras cosas, por el imperialismo. Todos los pueblos vencidos por Roma estaban obligados a pagar tributo al César. Los romanos eran benignos con los pueblos que habían conquistado; pero inevitablemente la relación entre vencedor y vencido era la existente entre un rey y sus súbditos. La paz romana era impuesta por las poderosas legiones del emperador. Fue así como los ejércitos al mando del general Tito sitiaron y destruyeron la ciudad de Jerusalén para aplastar la rebelión de los judíos. Que

aquellos pueblos, en su vasta mayoría, no tuviesen conocimiento del sistema democrático de gobierno, no significa que careciesen de ideales de libertad, o que les faltase el espíritu nacionalista.

De los problemas morales de aquel tiempo, el Nuevo Testamento se encarga de informarnos. La descripción que el apóstol Pablo hace de la sociedad grecorromana de su época es deprimente. En el primer capítulo de su Epístola a los Romanos, dice que las gentes, impulsadas por su propia concupiscencia, se entregaron a pasiones vergonzosas. Teniendo una mente reprobada se dedicaron a hacer cosas que no convienen, «estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia» (Ro. 1:24-31; 3:9-18, 23).

En el mismo capítulo de Romanos, el Apóstol enseña que el problema moral se halla íntimamente ligado con la condición espiritual del ser humano. Hay un proceso de degradación moral en aquellos que menosprecian las evidencias que el Creador da en cuanto a su poder y deidad. Reprimen la verdad con la injusticia, no dan gracias al Creador por sus múltiples favores, ni lo glorifican como a Dios. Creyéndose muy sabios se vuelven necios, y caen en la idolatría. Esta los arrastra a la más repugnante inmoralidad (Ro. 1:21-32). El culto idólatrico iba en algunos casos acompañado de prácticas inmorales.

En ese mundo idólatra y moralmente corrupto, la Iglesia primitiva no sólo sobrevivió sin contaminarse, como un lirio inmaculado en medio del lodo putrefacto. Se abrió paso triunfalmente con el mensaje del evangelio, y nada ni nadie pudo detenerla en su marcha gloriosa. ¿Cuál fue el secreto de su victoria? Hay varias respuestas a esta importante pregunta. Aquí subrayaremos que aquellos discípulos mantuvieron a toda costa su identidad cristiana, viviendo conforme a sus altos privilegios en Cristo y esforzándose por cumplir fielmente la misión que el Maestro les había encomendado.

Ante la problemática actual de nuestros pueblos latinoamericanos, nosotros también debemos mantener nuestra identidad cristiana. Para ello necesitamos tener siempre presente lo que ya somos en Cristo y lo que debemos ser y hacer en Él.

Fundamentalmente de esto nos habla el apóstol Pedro en el capítulo segundo de su Primera Epístola, que dirige a cristianos que están sufriendo por causa de su fe y que serán objeto de persecución por parte del Imperio.

Lo que somos en Cristo

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia (1 P. 2:9, 10).

No somos meramente una organización religiosa, o una institución filantrópica; aunque somos, por así decirlo, religiosos y filantrópicos: Deseamos hacer el bien a nuestros semejantes. Tampoco somos un club con intereses puramente sociales, ni mucho menos una asociación política que lucha por el poder terrenal.

Somos el pueblo de Dios, por su gracia. Somos la comunidad llamada a vivir por fe, a manifestar el amor, y abrigar la auténtica esperanza. A la luz de la Biblia sabemos lo que somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. De modo que no necesitamos depender de las nuevas corrientes de pensamiento teológico, filosófico, o sociológico para averiguar lo que somos o debemos ser. Sin menospreciar la valiosísima ayuda que las ciencias sociales pueden prestarnos para que nos conozcamos mejor en el contexto de nuestra propia cultura, reafirmamos que nuestra identidad como Iglesia de Jesucristo ya está dada en las Sagradas Escrituras. Si todavía andamos en busca de nuestra identidad como Iglesia, vayamos a la revelación escrita de Dios: la Biblia. Allí descubriremos lo que somos, lo que debemos ser, y lo que esperamos ser en el Señor. Reconocemos, eso sí, que nuestra identidad evangélica lleva un ropaje histórico. El evangelio nos llegó de Palestina por la vía anglosajona, y a su paso recogió un bagaje cultural que es diferente al nuestro; así como en el caso de los católicos su identidad religiosa tiene vestimenta romana e ibérica. Ha sido inevitable el ropaje cultural en el proceso de la evangelización.

Pero es virtud del evangelio encarnarse en cualquier situación cultural y producir iglesias que sin perder su identidad cristiana posean a la vez las marcas de su propia cultura. Hay señales promisorias de que la iglesia evangélica ira contextualizándose más y más en la cultura latinoamericana. Por ejemplo, los pastores del pueblo evangélico en nuestros países son en su vasta mayoría nacionales. La mayoría, si no todas las misiones evangélicas extranjeras que trabajan en suelo latinoamericano aceptan, en teoría y en práctica, el principio misionero de la autonomía de la iglesia nacional frente a otras culturas. No son pocos los líderes evangélicos que están preocupados por el fenómeno de la dependencia extranjera y desean arraigar su iglesia de manera más profunda en la realidad latinoamericana. Es de esperarse, por supuesto, que los evangélicos preservemos los elementos positivos de nuestra cultura, sin someternos ciegamente a ella, y sin renunciar al deber de enjuiciarla con la palabra del evangelio.

Tenemos una identidad bíblica y una identidad histórico-cultural dentro de la sociedad latinoamericana. Se nos conoce como «evangélicos» y se hace una descripción de nuestra manera de ser, aunque a veces se nos describa en forma de caricatura. Pero la imagen está allí, en la conciencia del pueblo latinoamericano. Falta preguntarnos si queremos preservar esa imagen tal como está o mejorarla.

La identidad histórico-cultural puede evolucionar en la sociedad y con la sociedad. La identidad bíblica debe preservarse a toda costa. En otras palabras, en su evolución cultural la iglesia evangélica no debe perder sus distintivos cristianos. De otra manera dejaría de ser iglesia para convertirse en una organización más entre las muchas que hay en la sociedad. En todo tiempo y en cualesquiera circunstancias, así sean éstas las más extenuantes, tenemos que ser la Iglesia que el Señor compró con su sangre (Hch. 20:28).

El apóstol Pedro dice:

Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 P. 2:9).

Linaje escogido

Escogidos no con base en nuestros méritos, sino en los de Aquel que es «la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa» (1 P. 2:6). Si en los días del Antiguo Testamento el Señor Yavé se manifestó al mundo por medio de Israel, su pueblo escogido, ahora lo hace por medio de su Iglesia, formada con personas de diferentes pueblos alrededor del mundo. En el Antiguo Testamento, Yavé elige una nación: los descendientes de Abraham, Isaac, y Jacob; en la era presente El elige a individuos de diferentes razas, tribus, y naciones. El principio de elección por gracia, según el beneplácito de la soberanía divina, sigue en pie. Somos, nos asegura el apóstol Pedro, los elegidos del Señor (1 P. 2:9; 1:2).

Real sacerdocio

Según la versión *Dios Habla Hoy*, somos «un sacerdocio al servicio del rey». Se combinan aquí el oficio sacerdotal y el oficio real de la Iglesia. En nuestro carácter de sacerdotes tenemos libre acceso al Padre, sin necesidad de mediadores humanos, o angélicos. Jesucristo, el sumo sacerdote, es nuestro único mediador (1 Ti. 2:5). Podemos orar a favor nuestro, y, en el ministerio de intercesión, rogar por otros que necesitan también de la bendición divina. Es asimismo nuestro privilegio acercarnos confiadamente a la revelación escrita para escuchar en ella la voz del Señor y recibir el mensaje que hemos de anunciar al pueblo que nos rodea.

Somos súbditos del Rey de reyes y Señor de señores. Esto significa que tenemos la prerrogativa y el deber de someternos a Él, servirle, y proclamar su soberanía al mundo.

Nación santa

Alberto Rembaõ nos hace recordar que «nación» sugiere «nacimiento» (*Discurso a la nación evangélica*, p. 9) Somos una nueva nación porque hemos nacido de nuevo para el reino de Dios. Tenemos ciudadanía celestial (Fil. 3:20), sin renunciar a la terrenal, sin volverle la espalda a nuestros deberes cívicos aquí en el mundo. Pero somos una nación «santa». No perfecta o impecable, pero sí separada, puesta aparte por Dios para sí mismo y al servicio de la humanidad. La Iglesia no es inmaculada, tiene manchas y arrugas; pero va en el camino de su perfeccionamiento, como la Iglesia peregrina que un día será presentada limpia y resplandeciente ante su Señor (Ef. 5:25-27).

No debe pasarse por alto que el apóstol Pedro está citando el libro de Éxodo, 19:5, 6, y aplicando a la Iglesia palabras que fueron pronunciadas con respecto al pueblo israelita. Según el propósito divino, Israel tenía que separarse de los otros pueblos, ser diferente a ellos, y al mismo tiempo darles un ejemplo de lo que significa servir al Dios viviente y verdadero. Los israelitas habían sido llamados a ser un pueblo peculiar, distinto a los demás pueblos del orbe. No debían, por tanto, perder su identidad por imitar la conducta de otras naciones.

La Iglesia no es una nación en el sentido étnico y geopolítico. Pertenecen a ella individuos de diferentes razas y naciones. Además, la Iglesia se halla en diáspora por toda la tierra. Pero tiene su propia identidad, que no debe perder en su trato con otras gentes. Somos un «pueblo santo», inmersos en nuestra propia cultura, ligados a nuestra sociedad, pero al mismo tiempo llamados a ser diferentes, a separarnos de lo que ofende a la santidad de Aquel que nos dice: «Sed santos, porque yo soy santo» (1 P. 1:16).

Pueblo adquirido ...

Somos «un pueblo adquirido por Dios», es decir, de su posesión exclusiva. Este mismo concepto se halla en la epístola de Pablo a Tito, donde se dice que Cristo «se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (2:13, 14). Somos como un terreno que el Señor ha cercado para sí. Somos su propiedad. No tenemos derecho a disponer de nosotros mismos, y no estamos en venta al mejor postor. Le pertenecemos al Señor. Él nos compró, no con oro ni plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación (1 P. 1:18, 19).

Hemos llegado a ser pueblo de Dios debido a su misericordia. Dice el apóstol Pedro: «vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia» (1 P. 2:10). Hay aquí como una evocación de la promesa que Yavé hace a los israelitas de acordarse de ellos para mostrarles su favor (Os. 2:23). Pero entre los lectores de Pedro había posiblemente muchos gentiles (1:18), que según el decir de Pablo habían estado «sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el

mundo» (Ef. 2:12). Tal como nos encontrábamos nosotros antes de ser alcanzados por el evangelio. No éramos pueblo de Dios.

Desde el punto de vista divino, andábamos esparcidos como ovejas maltratadas, despojadas, y sin pastor. Cada uno de nosotros iba descarriado por su propio camino hacia eterna perdición; carecíamos de identidad como pueblo del Señor, pero ahora la tenemos por su misericordia. El verbo, en la voz pasiva, nos recuerda que hemos sido objeto de la compasión de Dios. Nosotros no alcanzamos la misericordia; fuimos alcanzados por ella. Dios nos recogió de nuestra condición miserable para formar con nosotros, pecadores perdonados, su propio pueblo. Y nos ha escogido «para serle un pueblo especial más que todos los pueblos que están sobre la tierra», no porque seamos más y mejores que otros. Al contrario, a nosotros pueden aplicarse también las palabras de Pablo a los cristianos de Corinto:

Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia (1 Co. 1:26-29).

Todo se debe al propósito soberano de Dios y a la manifestación de su amor en Jesucristo. Por su gracia somos lo que somos en Él: linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, y pueblo adquirido por Él y para Él. Tal es esencialmente nuestra identidad de pueblo evangélico en la América Latina. Pero nos resta reflexionar sobre la conducta que nos corresponde seguir en el medio latinoamericano. También en el capítulo segundo de la Primera Epístola de Pedro, versículo 9 al 17, hallamos base para esta reflexión.

Lo que debemos ser y hacer en Cristo

Nuestra proclama a la sociedad

Según el apóstol Pedro, el propósito de todos los privilegios que hemos recibido como pueblo de Dios es que anunciemos las

excelencias de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable (v. 9).

El verbo traducido «anunciéis» significa publicar, proclamar, como lo hacían los antiguos heraldos con los decretos del rey. El contenido de nuestra proclama tiene que ver esencialmente con la persona de Dios. Básicamente no tenemos que hablar de nuestras experiencias religiosas, ni de nuestras propias lucubraciones filosóficas, o teológicas, sino de Él, de sus virtudes o excelencias.

El vocablo griego, traducido por «virtudes» en la versión revisada de Reina, 1960, puede también expresar la idea de gloria y potencia, de obras maravillosas, o manifestaciones de grandes poderes. El teólogo L. Berkhof sugiere que este vocablo podría emplearse en lugar de atributos con relación a Dios. Publicar las glorias del Señor equivale a hablar de lo que Él es en sí mismo, de su naturaleza, de sus cualidades, de su carácter, y de sus hechos portentosos.

Recordemos que Él es todavía el Dios desconocido para millones de latinoamericanos. Lo nombran y lo invocan sin conocerlo. «A Dios nadie le vió jamás; pero el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn. 1:18). Por eso Jesucristo dice: «Nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn. 14:6). La vida eterna es que conozcan al Padre como el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Él ha enviado (Jn. 17:3). Consecuentemente, la proclama del pueblo de Dios en la presente era tiene como su centro a Cristo, el revelador del Padre, el único mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5).

Pero tampoco podemos hablar del ser divino sin mencionar el Espíritu Santo, la tercera persona de la deidad, el enviado del Padre y del Hijo para hacer efectiva la obra de redención en los que reciben el evangelio. La proclama es trinitaria.

A la vez, es imposible anunciar las excelencias de Dios sin pensar en nuestra propia bajeza. Aun cuando no usemos conscientemente la vía de contraste para describir al ser divino, su santidad pone de relieve nuestro pecado; su amor revela nuestro egoísmo, y su justicia nuestra injusticia. Querámoslo o no, el anuncio se vuelve denuncia del pecado en los individuos y en la sociedad. La proclama es profunda e intensamente ética. Pero también es salvadora. Entre las grandes obras divinas que somos llamados a publicar, se hallan la creación y la redención, o sea la

re-creación de los que reciben a Jesucristo, creyendo en su nombre. La proclama del pueblo de Dios en este tiempo es el evangelio, la buena noticia de salvación en Cristo el libertador.

Este mensaje debe ser predicado por los que el Señor ha llamado de las tinieblas a su luz admirable (v. 9). Aparecen juntos en este versículo los conceptos de elección y vocación divinas. Hemos sido elegidos y llamados por el Señor. La elección se hace efectiva por medio de la vocación. La llamada nos vino de Él para que saliésemos de las tinieblas a su luz admirable. Morábamos en tierra de sombra de muerte, y sobre nosotros resplandeció gran luz (Is. 9:1, 2). Nosotros mismos éramos tinieblas (Ef. 5:8); pero ahora no sólo hemos visto la luz; tampoco se reduce nuestro privilegio a poseer la luz; nosotros hemos llegado a ser luz en el Señor (Ef. 5:8) para resplandecer como luminarias en el mundo (Fil. 2:15; Mt. 5:14-16). Debemos, por tanto, andar como hijos de luz (Ef. 5:8), anunciando las excelencias de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable.

Nuestra presencia en la sociedad

Ante todo, nos conviene recordar que somos extranjeros (*paroikous*) y peregrinos o expatriados (*parepidémous*) en este mundo. La palabra *paroikos* significa que la persona vive en un sitio que no es su propio hogar (1 P. 2:11) Moulton y Milligan señalan que el *paroikos* podía ser un extranjero residente que gozaba de cierta posición y protección ante la ley mediante el pago de un pequeño impuesto, en contraste con el extranjero (*zénos*) que solamente iba en tránsito a otro lugar (*The Vocabulary of the Greek New Testament*, p. 496). *Parepidemos* sugiere que la persona está por un corto tiempo, como de paso en un país que no es el suyo. Esta palabra aparece también en 1 Pedro 1:2 (expatriados) y en Hebreos 11:3 (peregrinos).

En general, los evangélicos latinoamericanos hemos subrayado que el mundo no es nuestro hogar y que vamos en camino a la patria celestial. Algunos de nuestros himnos tradicionales expresan este sentir: «Aparte del mundo, Señor, me retiro», «El mundo no es mi hogar», «Voy al cielo, soy peregrino». Hemos hecho incapié en la necesidad de separarnos del mundo, o sea, del sistema socio-cultural que se halla en conflicto con nuestra cultura evangélica tradicional.

Es innegable que no siempre ha habido equilibrio en nuestra

enseñanza tocante a lo que significa estar en el mundo y no ser del mundo, y en algunos lugares el pueblo evangélico se ha retirado de la sociedad, formando lo que algunos llaman subcultura evangélica, al margen del quehacer social. En muchos casos los evangélicos latinoamericanos hemos sido los esenios del siglo veinte. Nos hemos fugado al desierto, a nuestro propio ghetto, convencidos de que nada tenemos que hacer en la sociedad, y que tan sólo nos queda esperar pasivamente el cumplimiento del programa escatológico. Nuestra esperanza nos ha impulsado a velar y orar, pero no a trabajar en bien de la sociedad. La tarea evangelizadora ha consistido en incursiones al territorio enemigo para rescatar algunas almas que se incorporarán al pueblo de Dios, alejándose de la escena social.

Por otra parte, el contragolpe de una teología que promueve el regreso de la Iglesia al mundo, para una plena identificación o encarnación social, ha perdido también el equilibrio neotestamentario y pone en grave peligro la identidad misma del pueblo de Dios. La iglesia evangélica latinoamericana ha estado durante las últimas tres décadas en el banquillo de los acusados, ante el tribunal de los nuevos teólogos que la han condenado por su «alienación social» y sentenciado a perder su identidad cristiana en aras de un determinado sistema económico, político, y social. Tiempo es ya de volver a escuchar lo que dice Dios sobre la responsabilidad social de su pueblo redimido.

El apóstol Pedro nos dice que somos extranjeros y peregrinos, que vamos en camino de la patria celestial. Pablo nos recuerda que nuestra ciudadanía está en los cielos (Fil. 3:20). Pero ninguno de estos dos escritores sagrados nos ordena que huyamos de la sociedad. Pablo aclara: «Os he escrito por carta, que no os juntéis con los fornicarios; no absolutamente con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras; pues en tal caso os sería necesario salir del mundo» (1 Co. 5:9, 10). Y el apóstol Pedro espera que sus lectores mantengan una buena manera de vivir entre los gentiles (1 P. 2:12) no aparte de los gentiles, sino en medio de ellos, en cotidiana relación con los que no conocen a Dios. Estas enseñanzas coinciden plenamente con la oración sumosacerdotal del Señor Jesús: «No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal» (Jn. 17:15).

Pero el solo hecho de que la Iglesia se haga presente en la sociedad y proclame de vez en cuando el evangelio, no basta para

el cumplimiento integral de la misión que le ha sido encomendada. La presencia y la proclama del cristiano en el contexto social deben ir acompañadas por el testimonio de una vida que se ajuste a las demandas del evangelio. De esto nos habla también el apóstol Pedro en el pasaje bíblico que venimos considerando: 1 Pedro 2:9-17.

Nuestra praxis en la sociedad

El apóstol enfoca este tema desde el punto de vista de la sociedad en general, y del estado, o poder civil, en particular. Con respecto a la sociedad gentil como un todo, Pedro exhorta a sus lectores a mantener buena su manera de vida (v. 12), la cual se hallará en contraste con «la vana manera de vivir» que han recibido de sus padres (1 P. 1:18). Para obtener tal calidad de vida el cristiano debe abstenerse de los deseos carnales que batallan contra el alma, asediándola y buscando su derrota final. No es fácil vivir como extranjeros y peregrinos en el seno de una sociedad caracterizada por algunos valores que para el cristiano son antivalores. La situación puede llegar a ser muy conflictiva, y la lucha no es contra carne y sangre, sino contra fuerzas demoníacas que operan en el mundo (Ef. 6:10-20). Pero el cristiano dispone de recursos espirituales para alcanzar la victoria. Positivamente hablando, los cristianos deben hacer el bien, realizar buenas obras que tapen la boca de los que les acusan de malhechores y que sean causa de que los murmuradores glorifiquen a Dios «en el día de la visitación» (vv. 12, 15). El significado de esta «visitación» es incierto. Puede referirse al día en que los cristianos serán liberados de todas sus aflicciones, o al día en que Dios visitará a los murmuradores, sea para salvación o para juicio. En este último caso, también se verán obligados a dar gloria al Señor (Fil. 2:9-11).

Lo innegable es que la vida cristiana no consiste sólo en abstenerse del mal. Su más elevado propósito es glorificar a Dios por medio de la práctica del bien. Cuando hacemos lo que es bueno combatimos efectivamente el mal. Además, el cristiano dedicado a las buenas obras no tiene tiempo para el mal.

En cuanto al estado, Pedro dice que los cristianos deben someterse a la autoridad civil (vv. 13-17). Al leer este pasaje no podemos menos que evocar Romanos 13:1-3; 1 Timoteo 2:1-7 y Tito 3:1. El tema es amplísimo y complejo y demanda un análisis

que no podemos realizar en este trabajo. Que nos baste con indicar algunos puntos sobresalientes en la enseñanza petrina sobre la relación del cristiano con el poder civil.

La sujeción a los gobernantes es parte del bien hacer de los cristianos, que en esta forma demuestran no estar fuera de la ley. Por naturaleza el cristianismo del Nuevo Testamento no es anárquico.

Según el versículo 13, el cristiano debe someterse a las autoridades civiles «por causa del Señor». El motivo más elevado que el discípulo de Jesucristo puede tener para la obediencia civil es el de agradar a su Señor. Cualquier otro motivo, por muy digno que sea, pasa a segundo plano. Lo principal es que el nombre del Señor sea glorificado por la conducta digna de los que profesan creer en Él.

Señala también el apóstol que los gobernantes son como enviados por el Señor para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien (v. 14). Sugiere este texto que el estado es un orden establecido por Dios —dentro del marco de su providencia— para beneficio de la humanidad. La doctrina de la gracia común ve en el estado uno de los medios que el Señor ha provisto para restringir el mal y evitar el caos en la comunidad civil. Pero el estado no es autónomo con respecto a Dios. La Biblia no diviniza el estado, atribuyéndole poderes que son exclusivos de Dios. Cuando Jesús dice: «Dad a César lo que es de César» no da a entender que el César tenga de sí y por sí derechos y privilegios en completa independencia de Dios. El César es responsable, en el ejercicio de su autoridad, ante el Creador, quien tiene pleno derecho a sentarse en juicio sobre todos los gobernantes del mundo.

Pilato juzgó a Jesús, pero lo hizo en uso de una autoridad que le había sido delegada (Jn. 18:11). Estrictamente hablando, solamente Dios es soberano. Él es en sí mismo la fuente de su propia autoridad, de su poder. «Él muda los tiempos y las edades; quita reyes y pone reyes» (Dn. 2:21) y tiene «dominio sobre todos los reinos de las naciones» (2 Cr. 20:6). «Yavé reina». Él ejerce su soberanía libremente, sin límites y para siempre.

El estado no es autónomo en relación con Dios. Debe ser teónimo, sujetándose a las leyes del Creador. Pero puede descender hasta el ateísmo y luchar contra Dios, dentro de la libertad que le permite la providencia divina. Cuando Pedro

escribió su primera epístola, el Imperio estaba cambiando su actitud de tolerancia hacia los cristianos. Muy pronto desataría una persecución contra ellos. Pedro mismo sería, según la tradición, uno de los mártires de la fe. Cambió la obediencia civil por la «desobediencia civil», prefiriendo morir antes que negar una vez más a su Señor.

En el conflicto con las autoridades religiosas de Jerusalén, Pedro se guió por el principio de que es justo obedecer a Dios antes que a los hombres (Hch. 4:19). El mismo principio se aplicaría a la relación del cristiano con el poder civil. Después de haber aconsejado a sus hermanos que se sujetaran al rey, Pedro se niega a someterse al estado cuando éste pretende inmiscuirse en su fe. Para Pedro y para todos los cristianos de aquellos tiempos el santuario de la conciencia era inviolable, aunque el posible intruso fuera el poder civil. Y cuando muchos de ellos fueron forzados a escoger entre Cristo y el César, no vacilaron en adorar al Hijo de Dios. Estaban dispuestos a morir por Él.

En todo lo demás los cristianos eran llamados a ser gente de paz. Ellos debían sujetarse gustosamente al poder civil, «como siervos de Dios» (v. 16). Habiendo conocido la libertad con la cual Cristo les había hecho libres, no eran esclavos de nadie, sino del Señor.

No debemos pasar por alto que las instrucciones neotestamentarias respecto a la obediencia civil fueron escritas en países que estaban bajo el dominio de un imperio no cristiano. Ya hemos dejado dicho que tiempo después Roma se convirtió en perseguidora de la fe cristiana. Pero los principios bíblicos quedaron en pie y siguen vigentes en nuestros días, cuando la Iglesia se halla esparcida por todo el mundo, bajo diferentes tipos de gobierno estatal. Que la Iglesia ha podido existir en las más variadas circunstancias sociales y políticas, no puede negarse. También es cierto que ella no tiene la misma libertad en todas partes del mundo.

Pero aun en los países donde los cristianos se ven más oprimidos, han podido subsistir y mantener de alguna manera encendida la llama de su fe, de su amor, y de su esperanza. Al fin y al cabo la existencia de la Iglesia en el mundo no depende de determinado tipo de gobierno, ni de determinado sistema económico-social, sino de la promesa de Aquel que dijo que las puertas del Hades no prevalecerían contra ella y que Él estaría

con sus discípulos todos los días, hasta el fin del mundo (Mt. 16:18; 28:20).

El cristiano que se deja guiar por la Palabra y por el Espíritu, sabrá tomar decisiones sabias, que glorifiquen a Dios, en las situaciones conflictivas que le toque afrontar en el hogar, en la Iglesia, y en la sociedad. Sin lugar a dudas, en toda situación de crisis el cristiano puede esforzarse por hacer el bien. Precisamente éste es uno de los énfasis de la Primera Epístola de Pedro. No importa que los cristianos sufran si sufren por hacer el bien. Este sufrimiento no es vergonzoso y sirve para purificar la fe (1:6-9; 4:12-19; 3:8-18).

Tal debe ser nuestra opción ante las crisis contemporáneas en la América Latina. Hemos de ser iglesia, comunidad de fe, amor y esperanza; comunidad al servicio de los demás. Cuanto más aguda sea la crisis social, tanto más necesidad habrá del servicio abnegado de los creyentes en el evangelio. Puede haber circunstancias en las que no sea posible para la iglesia hacer uso de los medios convencionales de comunicación en la proclama del evangelio. Pero siempre habrá oportunidad para servir. Si la iglesia evangélica tiene que irse a las catacumbas, aun allí y desde allí podrá ofrecer su servicio en el nombre de Cristo.

Escuchamos el relato que de sus experiencias hizo un cristiano bautista que vive en un país europeo donde hubo serias restricciones a la libertad religiosa. Nos decía este hermano que cuando llegó el cambio radical en el sistema político de aquel país, los evangélicos tuvieron que considerar seriamente sus opciones en tan difícil coyuntura histórica. Los caminos que tenían delante de ellos eran a lo menos cuatro: (1) Someterse incondicionalmente a la ideología imperante, perdiendo de esta manera su identidad cristiana; (2) rebelarse contra el régimen, o sea ponerse al margen de la ley; (3) resignarse a no cumplir ningún ministerio, guardar silencio, y esconder la luz del evangelio; y (4) aprovechar las magníficas oportunidades de servir a la comunidad civil en el nombre del Señor Jesús. Optaron por esto último y la mano del Señor estuvo sobre ellos, protegiéndolos y bendiciéndolos en muchas maneras.

Conclusión

Las crisis sociales de nuestro tiempo son un reto a que reafirmemos nuestra identidad cristiana, considerando de nuevo,

a la luz de la Biblia, lo que somos en Cristo y conduciéndonos dignamente en nuestra sociedad, conforme a los altos privilegios que tenemos en Él. Hoy más que nunca nos urge recuperar el sentido de comunidad de fe, amor, y esperanza en Cristo, y volver a los principios de conducta cristiana establecidos en la revelación escrita de Dios.

Si la iglesia del primer siglo triunfó en circunstancias que le eran adversas, no hay razón para que nosotros no podamos salir avantes echando mano de los mismos recursos espirituales que aquellos cristianos tuvieron y que también son nuestros por la gracia de Dios.

Resumamos el relato que de sus experiencias hizo un cristiano bautista que vive en un país europeo donde hubo serias restricciones a la libertad religiosa. Nos lea esta hermana que cuando llegó al capítulo tal cual en el sistema político de aquel país, los evangelistas tuvieron que combatir seriamente sus opciones en tan difícil contexto histórico. Los cambios que tenían delante de ellos eran a lo menos cuatro: (1) Someterse incondicionalmente a la autoridad imperante, perdiendo de esta manera su identidad cristiana; (2) rebelarse contra el régimen, o sea ponerse al margen de la ley; (3) resignarse a no cumplir ningún mandato, guardar silencio, y esconder la luz del evangelio; y (4) aprovechar las múltiples oportunidades de servir a la comunidad civil en el nombre del Señor Jesús. Opcionar por esta última y la mano del Señor estuvo sobre ellos, permitiéndoles y bendiciéndoles en muchas maneras.

Conclusión

Las crisis sociales de nuestro tiempo son un reto a que enfrentemos nuestra identidad cristiana, considerando de nuevo

Proclamación cristocéntrica

II

El pastor y la evangelización

El Señor Jesús, el Salvador Salazar Arque... se adaptó como pastor a la realidad de sus antepasados...

Esta puede ser una de las grandes lecciones que los cristianos americanos... pero no vinieron a Cristo, al Cristo revelado en las Sagradas Escrituras. Con mucha razón se ha dicho que el cristianismo es un cristianismo que se da a conocer por el nombre de Cristo, una religión que se ha quedado con el nombre de cristiana y con algunas formas y fórmulas cristianas pero que por la presencia del auténtico Cristo...

Por ejemplo, el Cristo de filósofos, poetas y profetas rememora y recuerda al Cristo de la revelación bíblica. El Cristo de teólogos, arqueólogos y lingüistas arqueológicos no puede olvidar el sufrimiento y la fragura del evangelio. El Cristo de filósofos, poetas y profetas rememora y recuerda al Cristo que vino a salvar a los hombres de todo pecado. Hay quienes creen que el cristianismo es una religión social. Hay quienes creen que el cristianismo es una religión política. Pero el cristianismo es una religión que se da a conocer por el nombre de Cristo, una religión que se ha quedado con el nombre de cristiana y con algunas formas y fórmulas cristianas pero que por la presencia del auténtico Cristo...

Algunos podrían decir que el Cristo de la tradición académica, el Cristo de la teología popular, Cristo de los filósofos, poetas y profetas, el Cristo de los lingüistas, arqueólogos y lingüistas arqueológicos, el Cristo de los filósofos, poetas y profetas, el Cristo de los lingüistas, arqueólogos y lingüistas arqueológicos...

a la luz de la Biblia, la que somos en Cristo y combatiéndonos dignamente en nuestra sociedad, contra los altos privilegios que tenemos en El. Hay más que nunca nos urge recuperar el sentido de comunidad de fe, amor, y esperanza en Cristo, y volver a los principios de conducta cristiana establecidos en la revelación escrita de Dios.

Si la iglesia del primer siglo triunfó en circunstancias que le eran adversas, no hay razón para que nosotros no podamos salir victoriosos echando mano de los mismos recursos espirituales que aquellos cristianos tuvieron y que nosotros tenemos por la gracia de Dios.

II

El pastor y la evangelización

El mundo en la ciudad del Corcovado en la cumbre de las Andes. Crecido y se multiplicó cada año en pueblos y ciudades, creciendo como un crucifijo, o como el Señor yacente en la península de los santos, o en la cumbre de las montañas de los Andes.

Proclamación cristocéntrica

CON REFERENCIA AL personaje central de la novela titulada *El Señor de la burbuja*, el escritor salvadoreño Salvador Salazar Arrué (Salarrué) dice: «Había sido un buen cristiano, como tantos otros; creció, se adaptó como un parásito a la religión de sus antepasados ... Había sido cristiano y no conocía a Cristo».

Esto puede decirse de millones y millones de latinoamericanos. Son «cristianos», pero no conocen a Cristo, al Cristo revelado en las Sagradas Escrituras. Con mucha razón se ha dicho que «el cristianismo es Cristo». Pero se da entre nosotros un cristianismo sin Cristo, una religión que se ha quedado con el nombre de cristiana y con algunas formas y fórmulas cristianas, pero que carece de la presencia del auténtico Cristo.

Abundan otros Cristos. Por ejemplo, el Cristo de filósofos, literatos y poetas renuentes a someterse al Cristo de la revelación bíblica. El Cristo de teólogos anquilosados en dogmas arcaicos que no poseen el vigor y la frescura del evangelio, o el de los teólogos ultramodernos que pretenden encadenar al Cristo a una filosofía o a una ideología político social. Hay también exegetas que realizan verdaderas acrobacias con el análisis, la síntesis, y la sintaxis, que a su antojo componen y descomponen el texto bíblico pero que se quedan al final de cuentas sin el Cristo de las Escrituras.

Mucho podría decirse del Cristo de la tradición latinoamericana, el Cristo de la religiosidad popular, Cristo-imagen cuya sombra se extiende a lo largo y ancho de nuestro continente. Cristo plasmado en madera, tela, piedra, o metal;

levantado en la cumbre del Corcovado o en la cresta de los Andes; crucificado y sepultado cada año en pueblos y ciudades; venerado como un crucifijo, o como el Señor yacente, en la penumbra de templos silenciosos, o en la cálida intimidad de piadosos hogares.

Nos ha llegado también el Cristo de la industria cinematográfica; el Cristo luminaria de Broadway y de otros grandes centros de las artes escénicas: «Jesucristo Superstar». Andan entre nosotros el Cristo rebelde cuya causa es transformar por la vía violenta las estructuras sociales, y el Cristo de los políticos que quieren usarlo como bandera en su lucha por mantener el presente estado de cosas en nuestra dolorida América Latina.

Tenemos asimismo el Cristo que de protestante le queda sólo el nombre, porque no protesta contra nada; Cristo melancólico, nostálgico, pasivo, que no altera la paz de las conciencias, que se mantiene prudentemente a distancia de los pecados de sus seguidores, en total silencio. El Cristo cómplice de una civilización llamada «cristiana». Todos estos Cristos, y otros que podríamos mencionar, están muy lejos de ser el que revelan las Sagradas Escrituras. Nuestra responsabilidad es presentar este Cristo a nuestros contemporáneos. Evangelizar es dar testimonio de Cristo. Antes de ascender al cielo, Él dijo a sus discípulos: «me seréis testigos». El Espíritu Santo ha venido a dar testimonio de Cristo por medio de los que creemos el evangelio. Este es el evangelio del Hijo de Dios (Ro. 1:9), el evangelio de Cristo (Ro. 15:19; Gá. 1:7), el evangelio de Jesús (Hch. 8:35; 17:18). Nuestra predicación debe ser Cristo-céntrica. «Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor», dice el apóstol Pablo (2 Co. 4:5). El mensaje es mucho más importante que el mensajero, que los métodos, y que los movimientos y organizaciones. Nuestro cometido no es promovernos a nosotros mismos, ni exaltar a otro personaje, por muy famoso que éste sea, sino glorificar a Jesucristo el Señor. La experiencia personal es valiosísima en el terreno apologético, como lo demostró aquel hombre que dijo: «una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo». Pablo, el apóstol, también echó mano de su experiencia de conversión para defenderse ante sus adversarios; pero su propósito fundamental no era glorificarse a sí mismo, sino a Jesucristo. Por mucho valor que tengan nuestras experiencias personales, o las de nuestros hermanos en la fe, no deben ocupar en la predicación el lugar que pertenece al Señor.

Tampoco hemos sido llamados a proclamar las glorias de nuestro grupo eclesial, con todo y la importancia que tienen nuestra iglesia local y denominación. La predicación debe ser Cristo-céntrica, no eclesio-céntrica.

Una evaluación sincera de lo que sucede en muchos de nuestros pulpitos dejaría en claro la triste realidad de que el Señor Jesucristo no siempre ocupa el lugar central en la evangelización. Mientras tanto, las grandes mayorías van por el mundo sin Cristo, sin Dios, y sin esperanza.

El apóstol Pedro nos ofrece un hermoso ejemplo de proclamación Cristocéntrica en su mensaje del día de Pentecostés. El sermón se dirige a una multitud de israelitas, pero su contenido fundamental tiene vigencia para todo pueblo o nación. El bosquejo es diáfano. Presenta a Jesús de Nazaret como el Cristo aprobado por Dios (v. 22), crucificado (v. 23), resucitado (vv. 24-32), ascendido (vv. 33, 34), Señor (vv. 34, 35), y Salvador (vv. 37-40). Así condensa el apóstol el contenido del Evangelio.

1. *El Cristo aprobado por Dios (v. 22)*. Comienza la sección eminentemente cristológica del sermón con la referencia al ministerio terrenal de Jesús de Nazaret. Estamos aquí ante el Jesús histórico y las evidencias que Él ofrece de ser el Ungido de Dios. Los milagros por Él realizados son credenciales de su derecho mesiánico, señales maravillosas de que Dios anda entre los seres humanos, bendiciéndoles, en la persona del Verbo encarnado. Los milagros de Jesús de Nazaret son testimonio fehaciente de que Él tiene la aprobación, el sello de Dios, como el Cristo anunciado por los profetas veterotestamentarios. Ante el pueblo que demandaba señales, Él dijo: «Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre» (Jn. 10:37, 38). Le daba Él mucha más importancia al testimonio de su persona misma y de sus palabras, que al de sus milagros, aunque éstos eran también parte de la revelación mesiánica.

El Cristo que debemos predicar es el Jesús histórico, aprobado por Dios mediante prodigios, señales y maravillas; el Cristo cuyo poder y compasión a favor nuestro no tienen límites.

2. *El Cristo crucificado (v. 23)*. La historia del evangelio no se detiene en los milagros de Jesús de Nazaret. Estos son apenas una faceta de su ministerio terrenal. Jesús es mucho más que un mero

taumaturgo, o hacedor de milagros. El propósito fundamental de su venida al mundo no fue meramente el de hacer un gran despliegue de su poder divino. El mayor distintivo de su obra se halla en la cruz. Cristo vino para dar su vida en rescate por muchos (Mt. 10:45).

Precisamente aquí está la gloria y, a la vez, el escándalo del evangelio. Los judíos demandan señales y los griegos buscan sabiduría, pero «nosotros», dice el apóstol Pablo, «predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura» (1 Co. 1:23). No era motivo de escándalo para los judíos el Nazareno que hacía portentos y maravillas, pero sí lo era el Cristo que «fue crucificado en debilidad» (2 Co. 13:4), en aparente derrota ante los enemigos del pueblo de Dios. No sería motivo de escándalo para los gentiles el Cristo-Maestro, sereno y majestuoso, prototipo de excelencia humana, autor de bellos discursos que embelesaban a los oyentes; pero sí era de mal gusto para la cultura helénica la figura repulsiva, según ellos, de un judío que había sido crucificado como un malhechor en las afueras de Jerusalén.

El Cristo crucificado no es grato en ninguna manera para los que no quieren verse encarados por la palabra de la cruz. El Cordero de Dios inmolado en el Calvario da un golpe severísimo al orgullo humano. En ese sacrificio se manifiestan la gravedad del pecado y la severidad del juicio de Dios, quien no escatimó entregar a su propio Hijo para salvar al pecador. A éste le queda sólo creer en el Cristo crucificado, humillarse ante Él, como lo hizo aquel malhechor que en las horas tenebrosas del Calvario, exclamó: «Acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino».

Algunos teólogos se han esforzado por quitar de la proclama cristiana el escándalo de la cruz. Pero en su vano intento se han quedado sin el evangelio. También es posible que consciente o inconscientemente nos limitemos nosotros, evangélicos conservadores, a presentar al Cristo hacedor de milagros, pasando por alto al Cristo que sufre «en debilidad» la cruz. Pero es allí en el madero ignominioso donde se consuma la Redención. El Cristo carente de atractivo para que lo deseemos es nuestro Redentor, y aparte de Él no hay salvación.

Es indispensable recalcar en nuestro mensaje de evangelización el carácter vicario y redentor del sacrificio ofrecido por el Cordero de Dios. Tenemos que llegar al púlpito plenamente convencidos

y profundamente conmovidos por esta gran verdad: «la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios» (1 Co. 1:18) y «sabiduría de Dios» (v. 24).

3. *El Cristo resucitado* (vv. 24-32). Esta es otra de las notas distintivas de la proclamación Cristo-céntrica. El apóstol Pedro dedica la mayor parte de su mensaje al tema de la resurrección y exaltación de su Maestro. En el libro de los Hechos se destaca el énfasis que los primeros discípulos daban a la resurrección de Jesús de Nazaret. Esta era una noticia que publicaban con gran júbilo: Jesús no está entre los muertos, ¡ha resucitado!

Para el apóstol Pablo la resurrección de Cristo era la piedra de toque de su fe: «Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe ... Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados» (1 Co. 15:13, 14, 17). Sin la resurrección de Cristo no hay cristianismo. Otras religiones podrán existir sin la resurrección de sus guías o maestros; pero el cristianismo se derrumbaría si su Fundador no hubiese resucitado. De ahí la importancia de proclamar y defender este acontecimiento de la resurrección de Cristo ante los que lo interpretan a su antojo, negando la historicidad de los relatos bíblicos de ese gran suceso.

En América Latina, donde el Cristo de la cruz y de la urna funeraria ha sido la figura dominante de la religiosidad popular, conviene anunciar con ahinco la buena nueva del Señor resucitado. Tanto la cruz como la tumba de Cristo están vacías. Él no quedó clavado en la cruz; tampoco permaneció en el sepulcro. Rompió las ligaduras de la muerte y se levantó poderoso y victorioso al tercer día.

Las evidencias de su resurrección son irrefutables. Con acento de gran convicción, Pedro dice: «A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hch. 2:32). Como testigos de aquel portento, estaban dispuestos a dar su vida en aras de su fe y esperanza. Ningún farsante quiere morir por la mentira. Aquellos discípulos tenían plena certidumbre de la resurrección de su Señor y Maestro.

El apóstol Pablo condensa el evangelio en las siguientes palabras: «Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las

Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen» (1 Co. 15:3-6). Fundamentalmente, esto es el evangelio; la muerte y resurrección de Cristo, conforme a las Escrituras, para nuestra salvación. Por supuesto, la resurrección de Cristo presupone su exaltación en los cielos y su reinado presente y futuro.

4. *El Cristo exaltado* (vv. 32-36). Él no quedó en la cruz, ni en la tumba; pero tampoco permaneció en la escena terrenal, viviendo como antes entre los mortales. Ascendió a los cielos y cumplió así las Escrituras y su propia promesa de ir al Padre. El Cristo exaltado envía el Espíritu Santo, tal como lo había prometido a sus discípulos (Jn. 16:7). El derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés es una evidencia de que Jesús de Nazaret ha llegado a la presencia del Padre en los cielos. Todo está sucediendo conforme a lo que Él había predicho cuando estuvo aquí en el mundo.

Sin lugar a dudas, Jesús está allá arriba, sentado a la diestra de Dios. El apóstol Pedro cita el Salmo 110:1. Este parece ser uno de los textos favoritos de la iglesia primitiva. Aparece varias veces en el Nuevo Testamento, y nos presenta el cuadro de un soberano que ha regresado triunfante de la batalla y se halla sentado en espera de que sus enemigos, ya derrotados, vengan a postrarse ante él y le sirvan como estrado para sus pies. Jesucristo, el vencedor, ha sido exaltado a la diestra de la Majestad en las alturas.

Habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo (v. 33), ahora es posible que hombres y mujeres sean bendecidos con el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo (v. 38). En este texto y contexto el Espíritu mismo es el don (cp. 5:32). No se trata aquí de alguna capacidad espiritual suministrada por el Espíritu, sino del Espíritu mismo como el don de Dios. Este maravilloso don es básico e indispensable para la nueva vida en Cristo.

El Espíritu Santo no vino únicamente para producir señales espectaculares por medio de los discípulos. El es, entre otras cosas, el iluminador, el regenerador, el que trae la nueva vida de libertad y de poder sobre el mal, el que produce en el creyente el fruto agradable a Dios. Sin el don del Espíritu Santo no es posible vivir la vida auténticamente cristiana.

En la Epístola a los Hebreos, el Cristo exaltado es también el sacerdote que está intercediendo siempre por los suyos, salvando perpetuamente a los que por Él se allegan a Dios (He. 7:25). Pablo dice que Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5). El camino está abierto hacia la presencia del Padre celestial, por medio de Jesucristo quien murió, resucitó, y ascendió a la diestra de Dios. El énfasis del mensaje de Pedro en el día de Pentecostés, con respecto al Cristo exaltado, no cae en el sacerdocio del Hijo de Dios, sino en su señorío.

5. *Jesucristo es el Señor* (vv. 34-36). «Dios le ha hecho Señor y Cristo» (v. 36b). Este es el mensaje al pueblo de Israel, y debe ser también el mensaje a los gentiles. En casa de Cornelio el apóstol Pedro declaró que Jesús el Cristo es «Señor de todos» (Hch. 10:36). Lo es, aunque Él no haya sido reconocido como tal por todo ser humano. Él tiene pleno derecho a ejercer su señorío en el cielo y en la tierra (Mt. 28:18). Lo ejerce de manera visible para la fe y lo manifestará un día con poder y gloria a todo el mundo, cuando Él venga otra vez.

En el caso de Jesús de Nazaret, el título Señor (*kyrios*) equivale al nombre divino Adonai. Decir que Cristo es el Señor, es confesar que El es Dios. Pero por medio del *kyrios* los cristianos primitivos no sólo confesaban la deidad de su Maestro; también anunciaban su señorío. Jesucristo reina y reinará. El evangelio es el anuncio de que Cristo ha muerto y resucitado; es la proclama del Rey. Predicar, según el verbo *kerusso*, es proclamar la voluntad del Soberano. El predicador es un heraldo del Rey. Decía un antiguo maestro de homilética que predicar el evangelio es «pregonar el mensaje que viene del trono del Rey de reyes y Señor de señores.»

Dice el apóstol Pablo que nadie puede llamar Señor a Jesús, sino por el Espíritu Santo (1 Co. 12:3). El apóstol Pedro confesó que Jesús era el Cristo cuando esto le fue revelado de parte del Padre que está en los cielos (Mt. 16:16-18). Que Jesucristo es el Señor es también un asunto de revelación divina, por medio de la Palabra y del Espíritu Santo.

Para los cristianos del primer siglo, llamar Señor a Jesús de Nazaret significaba reconocerlo como el Hijo de Dios, a quien debían en primer lugar toda obediencia y lealtad. De ahí que cuando se vieron enfrentados por la exigencia de atribuir a César el título de *kyrios* (señor), muchos de ellos prefirieron sufrir el martirio antes que negar a su Señor.

Debemos proclamar a Jesucristo como Señor y hacer claro que creer en Él incluye la responsabilidad de someterse a Él, o sea aceptar su señorío en la totalidad de nuestra vida. La predicación Cristocéntrica es una oferta y, al mismo tiempo, una demanda: oferta de salvación por gracia y demanda de fe acompañada de arrepentimiento y reconocimiento de que Jesús es el Señor. Los que responden positivamente a esta demanda son salvos por la gracia de Dios.

6. *Cristo Salvador* (vv.37-42). Como resultado del ministerio de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, unas tres mil personas se sintieron compungidas de corazón, recibieron el mensaje, se arrepintieron, y se bautizaron en el nombre del Señor Jesús. Tuvieron una convicción profunda de pecado; decidieron abandonar el pecado; confiaron en el Señor que se les había proclamado, y dieron público testimonio de su fe bautizándose en el nombre de Jesús. Y conforme a la promesa apostólica, recibieron el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo.

Teología de la evangelización

EL TEMA SUGIERE de inmediato que la evangelización tiene una teología, y que la teología se expresa también en la evangelización. No debe haber, por tanto, contradicción entre estas dos expresiones de la fe cristiana. En cierto modo el evangelista es un teólogo, puesto que él habla del ser divino. La palabra teología significa la ciencia que trata de Dios y de sus obras. Según la exhortación apostólica, el teólogo tiene que hacer la «obra de evangelista» (2 Ti.4:5). Pablo mismo era teólogo-evangelista y, a la vez, evangelista-teólogo.

El maestro y el evangelista han sido llamados y dotados por el Espíritu Santo para que se complementen el uno al otro y contribuyan en el ejercicio de sus respectivos dones a la edificación del Cuerpo de Cristo (Ef. 4:7-16). Con respecto al reino de Dios, el maestro y el evangelista coinciden fundamentalmente en sus intereses, y la teología de la evangelización es de gran importancia para ambos. Esta teología sirve de base y de punto de referencia en la tarea de alcanzar a las gentes con el mensaje de Cristo.

El tema es vasto y el tiempo para tratarlo en esta oportunidad, muy limitado. Pero es posible mencionar, a lo menos algunos conceptos teológicos que son fundamentales para la evangelización. Uno de los pasajes bíblicos que son de gran ayuda para esta reflexión es el del capítulo segundo, versículos 1 a 8, de la Primera Epístola a Timoteo:

Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres;

por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo. Para esto yo fui constituido predicador y apóstol (digo verdad en Cristo, no miento), y maestro de los gentiles en fe y verdad. Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda.

Todo el capítulo habla del culto que se celebra en la congregación, con énfasis especial en la oración a favor de «todos los hombres», a fin de que «sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (v. 4). Es un texto eminentemente litúrgico que contiene notas soteriológicas de trascendental importancia para la evangelización. Por ejemplo: (1) la existencia y el carácter de «Dios nuestro Salvador»; (2) el estado miserable del hombre y su posibilidad de salvación, (3) la voluntad salvífica de Dios, (4) la persona y obra de Jesucristo el Mediador, y (5) la responsabilidad de la evangelización.

Dios nuestro Salvador

Nada mejor que comenzar pensando en Él, si queremos ser teocéntricos en la evangelización. Nuestro punto de partida — digámoslo con reverencia— debe ser Dios, no el hombre. Es Dios quien imprime su sello distintivo a la evangelización. Nuestro mensaje es «el evangelio de Dios» (Ro. 1:1).

1. *Pablo destaca la existencia del ser divino: «hay un Dios» (v. 5).* No importa lo que digan Feuerbach, Marx, Freud, y otros que han especulado sobre el origen humano de la idea de Dios. Él existe en sí mismo y por sí mismo, como el verdadero absoluto, independientemente de que los hombres crean en Él, o sientan necesidad de Él. Siendo el auto-existente y autosuficiente, Dios no puede ser el producto de la fe, ni una respuesta que para su necesidad espiritual el hombre haya creado. Dios es el Creador del hombre, y no como algunos sugieren, el hombre el creador de Dios.

Por supuesto, millones y millones de seres humanos son ateos, porque viven sin el Dios personal y trascendente, el «Dios viviente y verdadero». Pero sintiendo un vacío espiritual, han procurado llenarlo con falsos dioses; han dado la categoría de «absoluto» a lo que pertenece al orden de la creación. De ahí los ateísmos antiguos y modernos, que no son otra cosa sino la substitución del Dios verdadero por los ídolos. Ernesto Sábato define el ateísmo como una «secta religiosa».¹

Desde que se rebeló contra su Creador, el hombre ha mostrado la tendencia a divinizar sea el mundo, o sea las realidades y experiencias humanas. Por ejemplo, los fenómenos naturales, las imágenes de piedra, madera, o metal, la cultura, la sociedad, los antepasados, el progreso social, la ideología política, el poder terrenal, el éxito profesional, el dinero, el hombre mismo, han llegado a constituirse en ídolos para muchos seres humanos a través de la historia. Urge que todos nuestros contemporáneos conozcan a Dios, tal como Él se revela en el evangelio.

2. «*Hay un Dios» (v. 5).* Ante el politeísmo de su tiempo, el apóstol afirma la unidad, o singularidad, de Dios, sin negar su naturaleza trinitaria. El existe como Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo. Por consiguiente, la evangelización tiene un fundamento trinitario. Según el capítulo primero de la Epístola a los Efesios, Dios el Padre elige a los herederos de la salvación, Dios el Hijo derrama su sangre redentora, y Dios el Espíritu aplica al creyente en Jesucristo los beneficios de la Redención.

3. *El Dios trinitario es «nuestro Salvador».* De su voluntad salvífica se dice: «el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (v. 4). Él desea mostrar su gracia al pecador. Se ha acordado de nosotros sus criaturas y se ha declarado a favor nuestro. No está Él contra nosotros, sino por nosotros para darnos la salvación. Esta es la regocijante buena nueva de los cristianos. Dios es justo, pero también es amor. Implacable en su juicio contra los que rechazan el perdón divino, Él es asimismo grande en misericordia para los que le temen, creyendo en Él. Su deseo es salvar, no condenar: «No queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P. 3:9).

Evangelizar es hablar de Él, de su existencia, de su maravillosa

1. Ernesto Sábato, *Heterodoxia* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1973), p. 104.

persona, de su incomparable carácter, de su perfecta justicia, de su abundante amor. Todo esto, y más, se revela de manera excelsa en la persona y obra del Señor Jesús. El apóstol Juan dice: «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer» (Jn. 1:18). Por su medio conocemos al Padre, y llegamos a Él (Jn. 14:6).

Jesucristo el Mediador

«Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (v. 5).

En el mundo helénico, la palabra traducida «mediador» significaba que una persona servía de árbitro entre dos partes para una transacción legal o comercial. Era un vocablo relacionado con la administración de justicia. Se usa en tres libros del Nuevo Testamento. Moisés fue el mediador para la entrega de la ley en el monte de Sinaí (Gá. 3:19). Jesucristo es «el Mediador del nuevo pacto» (He. 12:24). La antigua alianza fue sellada con la sangre del unigénito Hijo de Dios (He. 9:11-22). Él es el único Mediador para nuestra salvación (1 Ti. 2:5).

Esta es otra de las grandes verdades evangélicas: hay «un solo mediador entre Dios y los hombres». Jesucristo mismo dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn. 14:6). El carácter único, exclusivo, de la mediación de Cristo tiene dos grandes fundamentos: la singularidad de su persona, y la singularidad de su obra redentora.

1. La singularidad de su persona: «Jesucristo hombre»

Cuando Él nació en Belén le dieron el nombre de Jesús, que significa salvador, libertador, y evoca la figura heroica de los grandes caudillos que impulsados por el Espíritu Santo liberaron al pueblo israelita del yugo de sus opresores. Moisés, Josué, Sansón, David, y otros hombres de fe, fueron salvadores de la nación judía en el orden de las relatividades humanas. Pero ahora ha venido el Salvador por excelencia, el Hijo de Dios, en quien se cumple la gran liberación que aquellos caudillos prefiguraron.

Jesús es también el Cristo, el Mesías (en lengua hebrea), el Ungido de Dios para efectuar la Redención. No es Él uno más entre los muchos ungidos para cumplir una misión especial en el mundo. Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, el prometido

Rey de Israel. El apóstol Pedro dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt. 16:16). En otras palabras, tú eres en quien se cumple lo que dijeron los profetas tocante al Ungido de Dios. Y por cierto que Pedro estaba pensando no en los sufrimientos del Mesías, sino en su gloria. En aquellos momentos el apóstol parecía percibir tan sólo la imagen del Cristo reinante, y no la del Cristo sufriente (Mt. 16:21-23). Tiempo después entendería plenamente que el Espíritu de Cristo había anunciado «de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos» (1 P. 1:11). El Hijo de Dios ha sido ungido para sufrir y reinar. Jesucristo es el Señor.

Aunque la frase «Jesucristo hombre» subraya la humanidad del Mediador, la revelación bíblica atestigua que Él es también Dios. El Verbo que desde el principio estaba con Dios y era Dios, «fue hecho carne» y habitó entre los humanos, lleno de gracia y de verdad (Jn. 1:1-14). Vino Él a identificarse plenamente con nosotros, asumiendo naturaleza humana, de tal manera que ahora es posible llamarlo Emanuel, «con nosotros Dios». En Él se conjugan de manera perfecta las dos naturalezas, la divina y la humana, por el milagro de la encarnación.

Contemplando así la singularidad de su persona, entendemos mejor por qué no hay otro mediador entre Dios y los hombres. No existe otro ser que sea divino-humano para efectuar esta mediación. Los ángeles pertenecen a un orden especial entre los seres creados. No son divinos ni humanos. Los santos que han partido de este mundo y están con Cristo son humanos, pero no divinos. No pueden, por tanto desempeñar la función del Mediador. Sólo Jesucristo hombre pertenece a la deidad y a la humanidad, y puede mediar entre ambas. Pero su mediación se basa además en el sacrificio que Él ofreció en la cruz.

2. La singularidad de su obra: «el cual se dio a sí mismo en rescate por todos» (v. 6)

La palabra traducida «rescate» (*antílutron*) indica el precio pagado para libertar a un esclavo. En este caso el esclavo es cada uno de nosotros, y el rescate es Cristo mismo, quien se entregó en la cruz. El texto original hace hincapié en que Él se dio en nuestro lugar, como el sustituto acepto delante de Dios. Aquí está el corazón de la obra redentora. En las horas lóbregas del Calvario, el Hijo de Dios se coloca en el altar de sacrificio a Dios

y entrega su vida por nosotros. El precio de la Redención está cancelado, «no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero sin mancha y sin contaminación» (1 P. 1:18, 19).

La garantía de que la cuenta fue pagada a entera satisfacción de la justicia divina la tenemos en la resurrección y ascensión del Hijo de Dios. Según el contexto, Jesucristo es el Mediador que hace posible la oración eficaz del pueblo cristiano. El ha entrado al tabernáculo de los cielos para ejercer su mediación entre Dios y el ser humano. Él ha abierto el camino nuevo y vivo a la presencia del Padre celestial.

Por la singularidad de su persona y por la singularidad de su obra, El es el único Mediador.

Es imperativo proclamar vez tras vez esta verdad en un continente como el nuestro, donde millones y millones de personas dependen de supuestos mediadores para acercarse a Dios. El evangelio de Cristo dice un no rotundo a la doctrina de que existen otros mediadores allá en la gloria. Hay aquí también un mentís claro y final al universalismo, el cual pretende que la verdad está distribuida entre todas las religiones y que al final de la historia todos los seres humanos serán salvos con base en el amor de Dios. Tampoco hay lugar en el evangelio neotestamentario para un ecumenismo no bíblico, ingenuo y acomplejado, que en el afán de congraciarse con todo el mundo pasa por alto o niega la singularidad de Jesucristo.

Si la Iglesia Evangélica en América Latina se doblega ante estos ismos y otros que nos llegan de tierras lejanas, quedará invertida para el cumplimiento de su misión evangelizadora. Hoy más que nunca es indispensable mantener y proclamar la Verdad con amor, amor para nuestros hermanos en la fe, y amor para todos los que necesitan el evangelio.

«Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (v.5).

Habiendo meditado brevemente sobre la realidad de Dios y la mediación que se ofrece en Jesucristo, es tiempo de pensar en el hombre, con base en el texto bíblico que venimos comentando.

El hombre

La teología es también antropología: trata de Dios y del hombre; del hombre en su grandeza y en su miseria, en su total

incapacidad de salvarse a sí mismo, y en su extraordinaria posibilidad de ser alcanzado por la gracia de Dios. Sin estos conceptos antropológicos que vienen de las Sagradas Escrituras, la teología de la evangelización estaría lamentablemente incompleta, como lo está todo mensaje evangelizador que no tiene en cuenta el análisis acertado y profundo que los escritores bíblicos hacen del estado o condición actual de los que no conocen a Dios. El pecador corre en verdad a refugiarse en la misericordia de Dios solamente cuando se contempla a sí mismo a la luz de lo que la Biblia dice tocante al pecado y reconoce su completa impotencia para liberarse del mal que lo aprisiona.

En 1 Timoteo 2:1-8, el apóstol Pablo da a entender que el hombre se halla lejos de Dios y esclavizado al pecado; pero también revela la voluntad salvífica de Dios a favor del género humano.

1. El hombre está alienado de su Creador

Esto se deduce de la enseñanza sobre la mediación de Jesucristo. El contexto nos lleva a pensar primeramente en la comunidad que ora; pero nos recuerda también que el hombre sin Cristo se encuentra lejos de Dios. Le separa de su Creador el profundo abismo del pecado, de la culpa, y de la condenación. De otra manera no habría sido necesario que Cristo viniera a tender el puente entre el hombre y Dios. Lo que el profeta Isaías dice en cuanto al pueblo de Israel se aplica a toda la humanidad: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino» (53:6). «Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír» (Is. 59:2).

La separación existente entre la criatura y el Creador tiene serias consecuencias para el individuo y la sociedad. El hombre alienado de Dios se separa también de su prójimo. No es de extrañar, por tanto, que haya conflictos entre hombre y hombre, entre esposos y esposas, entre padres e hijos, entre clase y clase, entre raza y raza, entre nación y nación. El espíritu fratricida de Caín se cierne sobre toda la humanidad. La historia del hombre se ha escrito con la sangre derramada en los campos de batalla. Y la violencia organizada ha sentado su imperio malévolo y brutal por todas partes, incluyendo, por supuesto, a nuestra atormentada América Latina.

El ser humano tiene que reconciliarse con Dios a fin de

reconciliarse con su prójimo y cultivar la paz, no la paz a cualquier precio, sino la que se basa en la justicia que Dios demanda. Solamente Jesucristo el Mediador puede dar esta justicia e impartir esa paz.

Por estar lejos de Dios, el hombre se ha alienado también de la naturaleza, a la cual destruye sin cesar. Del uso necesario de los recursos naturales el hombre ha pasado al abuso de ellos en su desenfrenada ambición de poseerlo todo con fines puramente egoístas. Aun los hombres de ciencia reconocen que es enorme el precio que pagar por la manera insensata en que estamos tratando a la naturaleza. Pero se sigue rompiendo la armonía entre el ser humano y su *hábitat*. Parece que estamos determinados a destruir nuestro vehículo espacial —el planeta Tierra—, convirtiéndolo en la escena de la más angustiada miseria y llevándolo a la hecatombe final. El problema ecológico y el uso injusto de los recursos naturales, para el mayor enriquecimiento de unos pocos y el peor empobrecimiento de los muchos, son dos signos elocuentísimos de los efectos del pecado en la relación del hombre con la naturaleza y la sociedad.

Hay otra grave consecuencia de la separación entre Dios y el hombre. Este se encuentra muy lejos de lo que debe y puede ser. Se halla a gran distancia de lo que Dios diseñó para la criatura humana. Está deshumanizado, y sus pensamientos y acciones tienden a ser deshumanizantes en la escena social. Para humanizarse, valga decir para ser verdaderamente hombre, tiene que acudir a «Jesucristo hombre», el único Libertador.

2. El hombre es esclavo del pecado

De no ser así Jesucristo no se hubiera entregado en rescate por todos. Es innecesaria la redención cuando no hay opresión. Sale sobrando el rescate si no hay esclavos que liberar, si no existe la esclavitud. Pero Cristo mismo dijo que Él había venido a dar su vida en rescate por muchos (Mt. 20:28). La palabra griega traducida «rescate» (*lutrón*), en este versículo, tiene la misma raíz de la de igual traducción en 1 Ti. 2:6 (*antílutron*). Significa pagar el precio para la liberación de un esclavo. Los vocablos *agorázo* (cp. 1 Co. 6:20) y *exagorázo* (redimir, Gá. 3:13), que se usaban para las transacciones en el mercado de esclavos, en el Nuevo Testamento indican que la liberación en Cristo es total.

Jesucristo afirmó que todo aquel que hace pecado es esclavo

del pecado (Jn. 8:34). En la sociedad supercivilizada de fines del siglo veinte hay resistencia al uso de la palabra *pecado*. Se buscan eufemismos para describir el problema espiritual y moral. Se dice, por ejemplo, que el ser humano no ha evolucionado lo suficiente, que está inadecuadamente instruido, o psicológicamente mal adaptado. Se prefiere hablar de ignorancia, de fallas, errores, equivocaciones, o ingenuidades, pero no de pecados.

Hoy también hay la tendencia de culpar sólo a la sociedad en general, o a una clase social en particular, por todos los males que nos aquejan. Se señalan los pecados de las estructuras sociales opresoras, pasando por alto el pecado que se anida en el corazón de todo ser humano. Sin cerrar ingenuamente los ojos ante las estructuras pecaminosas que existen en nuestra sociedad latinoamericana, y mucho menos sin pretender justificarlas en nombre del evangelio, lo cual sería sacrilegio, recordemos que según las palabras del Señor Jesucristo, de dentro del corazón de los hombres sale toda clase de mal (Mr. 7:1-23). Y mientras el corazón humano no sea transformado por el poder del evangelio, siempre habrá estructuras que no dejarán de ser esclavizadoras, aunque se presenten bajo diferentes nombres, se identifiquen con diferentes ideologías, o se cobijen con diferentes banderas.

Es asimismo indispensable tener en cuenta que para Jesús el pecado es de origen satánico. Los males que sufre la humanidad no se explican tan sólo en el plano económico y social. Detrás de toda opresión hay poderes demoníacos que propagan la mentira, la cual puede ser vencida únicamente por la Verdad que Cristo proclama: «y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn. 3:36; He. 2:14, 15). En su base más profunda la esclavitud es espiritual, y la liberación tiene que venir por vía del espíritu.

Todo esto no significa que dentro de las relatividades humanas el cristiano no pueda, como individuo, optar por el camino que le parezca el mejor para el cumplimiento de sus responsabilidades cívicas. El realismo evangélico no es paralizante para el cristiano que impulsado por la Palabra de Dios y por el Espíritu Santo haya tomado conciencia de estas responsabilidades. Pero la teología bíblica de la evangelización va a la raíz del problema humano, señala que el pecado esclaviza al individuo y a la sociedad, y afirma que la liberación auténtica se hace posible solamente en Jesucristo.

La evangelización

Las verdades tocante a Dios, al hombre, y a la obra redentora y mediadora de Jesucristo, deben ser anunciadas a todas las naciones. De esta responsabilidad misionera nos habla el apóstol Pablo en las siguientes palabras: «el cual [Cristo] se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo. Para esto yo fui constituido predicador y apóstol (digo verdad en Cristo, no miento), y maestro de los gentiles en fe y verdad» (1 Ti. 2:6, 7).

El testimonio fue dado por los testigos oculares de los hechos redentores que tuvieron lugar en Jerusalén. Luego el mensaje rebasó las fronteras judaicas para alcanzar al mundo gentil. El Cristo que murió por todos tiene que ser anunciado a todos. La comisión que Pablo recibió para predicar entre los gentiles demuestra que el anuncio de salvación en Cristo debe ser universal. La teología bíblica es inevitablemente misionera. Por su misma naturaleza, el evangelio («buenas nuevas») demanda la evangelización. La buena noticia no debe quedar oculta. Es imperativo darla a conocer. Ningún cristiano puede reflexionar seriamente sobre el evangelio sin sentir el impulso misionero. Domingo Faustino Sarmiento dijo: «Mal creería un hombre que no deseara que todos creyesen como Él».²

El eminente educador y estadista argentino se refería a la religión en general, pero sus palabras tienen especial validez cuando se trata de la fe cristiana. El teólogo indiferente a la evangelización no está leyendo en verdad el evangelio.

Hoy como en los días de Pablo, el Espíritu Santo está llamando a hombres y mujeres para que lleven por todas partes la buena nueva salvadora. Al mismo tiempo el Señor de la mies quiere que su Iglesia ore por la salvación de las gentes en todo lugar (1 Ti. 2:1—4:8). La teología de la evangelización es también la teología de la oración a favor de hombres y mujeres en todas las naciones y en toda posición social, a fin de que sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.

La oración es uno de los grandes recursos que la iglesia posee para la evangelización. El mensaje y los mensajeros deben ir respaldados por la oración del pueblo de Dios. Hemos de ganar a las gentes por medio de la oración que acompaña a la proclama evangélica y a todo lo que la Iglesia realiza para cumplir su misión.

2. Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, civilización y barbarie (México: Editorial Porrúa, S. A. 1969), p. 72

El mensaje de la evangelización

VALE LA PENA reflexionar sobre el mensaje de la evangelización. De la naturaleza del mensaje que estamos predicando dependerá en mucho el éxito, o el fracaso, de nuestra misión. Se sobreentiende que hay diferencia entre la forma y el contenido básico del mensaje evangelizador, entre el mensaje en sí y su ropaje homilético y retórico. Los evangelistas y sus métodos pasarán, mas la Palabra del Señor permanece para siempre.

Nuestro objetivo en este trabajo no es tanto referirnos al mensajero, ni mucho menos a sus métodos, sino al meollo de su proclama. ¿Qué debe predicarse? ¿Qué es necesario aclarar al individuo y, en general, al pueblo latinoamericano en cuanto a nuestra fe y esperanza? ¿cuáles son las verdades bíblicas fundamentales que somos llamados a proclamar echando mano de todos nuestros recursos homiléticos y de las técnicas modernas de comunicación?

La respuesta a estos interrogantes se halla en la Palabra misma de Dios. De ella tomaremos como punto de partida el ejemplo de un eminente predicador que comunicó eficazmente a un individuo y a una multitud el evangelio de Jesucristo. Se trata, no de un teórico de la evangelización, sino de Felipe el evangelista, cuyo exitoso ministerio en Samaria y en el desierto se describe en el capítulo octavo del libro de los Hechos. Según el historiador Lucas, Felipe anunciaba el evangelio (vv. 4, 5, 25, 40), hablaba de Cristo (v. 5), pregonaba el evangelio del reino de Dios (v. 12), y explicaba el evangelio de Jesús (v. 35). En realidad, lo que básicamente dice el texto original es que Felipe evangelizaba, y

lo hacía dando la Palabra, proclamando que Jesús era el Cristo, y anunciando el reino de Dios. A la luz de estos conceptos y de otras enseñanzas del Nuevo Testamento podemos reflexionar sobre la naturaleza, los resultados, y las demandas del mensaje de la evangelización. El énfasis caerá en la palabra *evangelio* y sus distintos usos en el Nuevo Testamento.

La naturaleza del mensaje

1. *Nuestro mensaje es el Evangelio.* De sobra conocido es que «evangelio» significa una buena nueva, un anuncio regocijante para el pueblo del Señor y de bendición para toda la humanidad. Es un «notición» digno de ocupar la primera plana de los más distinguidos periódicos del mundo, y de ser transmitido por todas las estaciones de radio y televisión. Es el mensaje que después de casi dos milenios de haberse proclamado por vez primera en Palestina, no ha perdido su vigencia ni su poder. Es tan fresco y tan de actualidad como las noticias que esta mañana hicieron vibrar a los teletipos alrededor del orbe. Tal es el mensaje que se nos ha encomendado anunciar.

2. *Nuestro mensaje es «el evangelio de Dios»* (Ro. 1:1; 15:16; 2 Co. 11:7; 1 Ts. 2:2, 9), porque en Él se origina y Él lo lleva a su consumación. El hombre no podía haber imaginado jamás el plan redentor que este mensaje ofrece. La iniciativa para salvarnos viene de Dios. Con gran acierto dice el profeta Jonás que «la salvación es de Jehová» (2:10). Él la efectúa, y fuera de Él no hay quien salve al pecador.

El apóstol Pablo afirma también que su mensaje es «el evangelio de la gracia de Dios» (Hch. 20:24). La gracia es uno de los atributos, o perfecciones, de Dios, y significa que Él está a nuestro favor, con base en la obra de Jesucristo en la cruz. Por su gracia, Él bendice a los que no merecen ser bendecidos. «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)» (Ef. 2:4, 5).

La gracia nos lleva también a pensar, por vía de contraste, en lo enorme del pecado humano. Pero sabemos que «cuando abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Ro. 5:20). El problema fundamental del ser humano es el pecado: su falta de conformidad con el carácter santo de Dios, y su renuencia a aceptar el plan salvífico del Señor. Los problemas personales y familiares que con

frecuencia mencionamos en nuestros mensajes de evangelización, son tan sólo unos síntomas del mal profundamente arraigado en el corazón humano.

La gracia de Dios nos habla asimismo de la total incapacidad del hombre para salvarse a sí mismo, y de la gratuidad de la salvación ofrecida en Cristo. «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Ef. 2:8, 9). Es responsabilidad del evangelista hacer muy claro que si la salvación se recibe por fe, con base en la gracia de Dios, quedan del todo excluidos los méritos humanos, así sean aquellos que reciben el aplauso de la sociedad. El favor inmerecido de Dios significa precisamente que no existe en nosotros mérito alguno para recibir tan inefable don.

Nadie se salva por ser religioso, o por ser muy sincero y honrado, o por ser fiel esposo y buen padre de familia; aunque se espera que la persona ya salva tenga éstas y otras virtudes para la gloria de Dios. Pero en tanto que la persona no haya escuchado una exposición diáfana del «evangelio de la gracia de Dios», no podemos decir que está realmente evangelizada. Solamente «el glorioso evangelio del Dios bendito» (1 Ti. 1:11) trae la salvación.

3. Por ser «el evangelio de Dios», *nuestro mensaje es también «el evangelio de su Hijo»* (Ro. 1:9), o sea «el evangelio de Cristo» (Ro. 15:9; 2 Co. 9:13; 10:14; Gá. 1:7), «el evangelio de Jesús» (Hch. 17:18). Llegamos así al énfasis cristológico del evangelio neotestamentario. El cristianismo es Cristo, en quien se cumplen las antiguas promesas de redención. En la sinagoga de Antioquía de Pisidia, el apóstol Pablo declaró que su mensaje era «el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús» (Hch. 13:32, 33). El testimonio de las Escrituras veterotestamentarias y el testimonio de los sucesos ocurridos en Jerusalén, en relación con la persona de Jesús de Nazaret, concordaban para afirmar que Él era el Mesías, el Libertador.

No es de extrañar, por tanto, que muchos israelitas creyeran en Él y saliesen a proclamarlo como el único Salvador, dándole énfasis a su muerte y resurrección. El mensaje de aquellos discípulos era cristocéntrico, no antropocéntrico. Así debe ser el nuestro también.

Las experiencias cristianas tienen su valor para ilustrar la eficacia del evangelio y defender la fe entregada una vez a los

santos. El apóstol Pablo relató en más de una oportunidad su experiencia de conversión; pero lo hizo con fines apologéticos, en beneficio del evangelio, para la gloria de su Señor. Nuestras experiencias, o las de nuestros hermanos, no deben acaparar el sermón, enfocando la atención de los oyentes en el hombre y no en el Señor. Lamentablemente, hay sermones llamados «evangelísticos» que no pasan de ser una serie de anécdotas que al final de cuentas no explican el evangelio.

El Espíritu Santo ha venido para glorificar al Hijo de Dios (Jn. 16:13-15). A los discípulos Jesús les dijo: «Me seréis testigos» (Hch. 1:8). Nosotros tenemos la misma comisión: dar testimonio de la persona y la obra del Señor Jesús. Evangelizar es decirle a las gentes que «Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1 Co. 15:3, 4), y que apareció a sus discípulos y «a más de quinientos hermanos a la vez» (1 Co. 15:5, 6). Esto demuestra que el Cristo de la cruz es también el Cristo de la resurrección. Él no es un crucifijo, un Cristo fijo en la cruz, sino el Cristo que vive sentado a la diestra de Dios; «por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se allegan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos» (He. 7:25).

Evangelizar es advertir a las gentes que aparte de Cristo no hay salvación. Él es «el camino, y la verdad, y la vida», y nadie llega al Padre sino por Él (Jn. 14:6). Su nombre es el único en que podemos ser salvos (Hch. 4:12). Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres (1 Ti. 2:5), porque solo Él es divino-humano, Dios-Hombre verdadero, y Él solo se ha ofrecido en sacrificio acepto ante la justicia divina para nuestra redención (1 Ti. 2:6). Si una persona dice creer en Cristo, pero todavía depende de otros supuestos mediadores para acercarse al Padre celestial, no ha entendido el evangelio del Hijo de Dios, aunque haya levantado la mano o pasado al frente a firmar una «decisión de fe». Esa persona necesita ser evangelizada. Según las Escrituras, solo Cristo salva y en Él solo hemos de confiar.

Lo dicho hasta aquí es suficiente para demostrar que el mensaje cristocéntrico se opone al humanismo, el cual pretende que el hombre es la medida de todas las cosas, que él es bueno por naturaleza y capaz de solucionar todos sus problemas, hasta convertirse en el superhombre y traer la época de oro con la que sueña toda la humanidad. No olvidemos que en nuestro

continente circulan ideologías de corte definitivamente humanista. Es de gran urgencia presentar el auténtico humanismo de que nos habla la Palabra de Dios.

El evangelio cristocéntrico es la antítesis del «relativismo», según el cual no hay verdades absolutas, ni un punto firme de apoyo para nuestra fe y esperanza, puesto que todo se halla en proceso de cambio, incluso los valores espirituales y morales que han caracterizado al cristianismo. Frente a la embestida relativista, se yergue la palabra certera, inmutable y final del evangelio.

El evangelio cristocéntrico contradice, además, al universalismo, o sea la idea antibíblica de que todos los seres humanos serán salvos, aunque hayan rechazado la oferta de la gracia de Dios. En respuesta al antiguo y moderno error de los que creen que todas las religiones son caminos hacia el Dios viviente y verdadero, se escucha la voz vibrante y autorizada de Jesucristo, quien declara «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn. 14:6).

Tampoco va de la mano el mensaje cristocéntrico con el ecumenismo ingenuo que está dispuesto a sacrificar convicciones evangélicas a favor de una unidad que es ajena a la que Cristo pidió para su pueblo en la oración sumo sacerdotal (Jn. 17).

El mensaje de la evangelización es el evangelio de la gracia de Dios, manifestada en la persona y obra de Jesucristo. Cuando se cumple la misión evangelizadora en armonía con la Palabra de Dios y en el poder del Espíritu Santo, abunda la bendición divina para el que entrega y para el que recibe el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo el Señor (Ef. 3:8).

Los resultados del mensaje

Son múltiples los favores que trae el evangelio de Dios, pero basándonos solamente en nuestro estudio de la palabra *evangelio*, mencionaremos dos expresiones de profundo significado doctrinal y de gran valor práctico: el mensaje de la evangelización es «el evangelio de la paz» (Hch. 10:36) y el «evangelio de vuestra salvación» (Ef. 1:11).

1. Es en casa de Cornelio, el centurión, que el apóstol Pedro dice que su mensaje es «el evangelio de la paz por medio de Jesucristo» (Hch. 10:36). El lugar y la ocasión son en verdad impresionantes, si se tiene en cuenta la profunda enemistad que reinaba entre judíos y gentiles. Para los cristianos mismos fue

difícil, al principio, entender el propósito divino de incluir gentiles en la Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Sin embargo, Pedro ya había comprendido que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada de los que le temen y andan en la justicia, y Él hace la paz por medio de Jesucristo, quien es «Señor de todos» (Hch. 10:34-36).

En su carta a los Efesios, Pablo enseña que Cristo es nuestra paz, habiendo hecho de dos pueblos (judíos y gentiles creyentes) uno solo, derribando la pared intermedia de separación (Ef. 2:14). En la cruz de Cristo la enemistad se torna en amistad y el egoísmo en amor. Mediante el portento de la regeneración, el evangelio de Cristo puede convertir en hijos de Dios, y por supuesto, en hermanos los unos de los otros, a los que se desprecian y se odian mutuamente, sin el menor deseo de buscar la paz. Este mensaje de reconciliación entre hombre y hombre, entre clase y clase, entre raza y raza, entre nación y nación, es indispensable para la sociedad contemporánea, desgarrada por el odio, por el espíritu de venganza, y por la violencia en todas sus formas.

Pero a fin de no caer en lirismos estériles, recordemos que al fondo de toda alienación humana se encuentra la que existe entre la criatura y el Creador. Porque es enemigo de Dios, el hombre se vuelve enemigo del hombre. Debe, por tanto, amistarse con Él, hacer las paces con Él, para disfrutar la paz que viene de Él (2 Co. 5:14-21). Todo ser humano necesita la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento (Fil. 4:7), la paz que el mundo no puede dar ni quitar (Jn. 14:27). «¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz!» (Ro. 10:15), la que en verdad viene del «Dios de paz» (Fil. 4:9).

2. El mensaje cristiano es «el evangelio de vuestra salvación» (Ef. 1:11). La palabra *salvación* es de amplio significado, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. Abarca las innumerables bendiciones que el Señor derrama sobre su pueblo en general, y, en particular, sobre los individuos que se acogen a su misericordia. La salvación es todo lo que Dios hace a nuestro favor por medio de Jesucristo y del Espíritu Santo, quien nos ilumina y nos guía en el estudio de su Palabra.

La salvación en Cristo no es tan sólo una contraseña para escaparnos de ir al infierno y tener la entrada al cielo. Tampoco se reduce la salvación a un beneficio físico y temporal, como es la salud de nuestro cuerpo, aunque sabemos que el Señor es quien

sana todas nuestras dolencias. Pero es fácil que nuestra proclama deje en las gentes la impresión de que el evangelio es únicamente la panacea, el cúralotodo, para nuestros males corporales. Por otra parte, la salvación que el evangelio ofrece no se limita al plano de la experiencia puramente espiritual, en total aislamiento de las realidades terrenas. Esta salvación no es un asunto exclusivo del intelecto. El evangelio no nos invita a vivir en órbita, alejados del acontecer diario, en especulaciones teológicas que no fructifican para beneficio del pueblo de Dios. Se nos llama más bien a aterrizar en el campo de la acción, donde la Iglesia pelea sus batallas en el nombre del Señor. La salvación en Cristo no es sólo futurista. No se exhorta al cristiano a olvidar el presente en estéril contemplación de las cosas que están por venir.

Una somera lectura del Nuevo Testamento nos revela que la salvación es una nueva posición en Cristo, una nueva calidad de vida que debe manifestarse en el cumplimiento de nuestros deberes familiares y sociales, y una esperanza de mejores cosas que nos están reservadas para el más allá. Es indispensable recibir y vivir la salvación en el poder del Espíritu y de la Palabra de Dios. Explicar lo que significa la salvación en Cristo es deber ineludible de los que gozamos el privilegio de anunciar el evangelio de Dios.

Las demandas del mensaje

Es de sobra conocido que no todos los que en las campañas de evangelización dicen recibir a Jesucristo, perseveran en esta profesión de fe. Si los millares de nuevos «convertidos» se unieran a las filas evangélicas, nuestros templos no podrían dar cabida a todos ellos. Este problema de falta de espacio para una congregación que se agiganta de la noche a la mañana puede haberse presentado en una que otra iglesia evangélica del país, pero no ha sido de índole general. La realidad es que a muchísimas de las personas que dan público testimonio de creer en Cristo, no volvemos a verlas después de la campaña de evangelización.

Cuando analizamos la escasez de resultados permanentes en el trabajo de evangelización, no siempre nos detenemos a pensar si el contenido de nuestros sermones es parte del problema. Argüimos que no hubo suficiente oración, que la organización fue deficiente, que los consejeros no estaban bien preparados, que los pastores son indolentes y no buscan a los nuevos convertidos, que las iglesias locales están frías, en fin, que todo anduvo y anda

mal, menos el sermón. Evidentemente, los evangelistas que cumplen fielmente su ministerio pueden sentirse frustrados por estas y otras circunstancias. Pero en otros casos, es hora de preguntarse si el mensaje no ha sido también causa de que la gente haga con facilidad lo que el predicador les sugiere, aunque luego se echen atrás en su supuesta decisión de fe.

Muchas personas levantan la mano, o pasan al frente, porque sienten una necesidad profunda que esperan sea satisfecha en Cristo; pero no todas ellas han entendido el evangelio, y es posible que todavía no lo hayan escuchado. Aceptan gustosos la oferta que el predicador les hace, pero desconocen las implicaciones de su acto público de fe. Cuando se dan cuenta de los deberes que acompañan a la salvación, se alejan de los evangélicos, y del evangelio. Desean solucionar sus problemas personales, o familiares, pero se resisten a asumir nuevas responsabilidades. Sucede esto con frecuencia cuando nuestro mensaje se reduce a las ofertas, sin mencionar las demandas. Definitivamente no fue así como evangelizaron Jesús y sus discípulos. Su mensaje fue un desafío a los individuos y a las multitudes; era un reto a que se jugasen el todo por el todo creyendo el evangelio, siguiendo y sirviendo al Señor.

1. Felipe anunció en Samaria «el evangelio del reino de Dios» (Hch. 8:12). Este mismo mensaje predicó Pablo en la ciudad de Efeso, un centro de cultura gentil (Hch. 20:24), y en su domicilio carcelario en Roma, la capital del imperio (Hch. 28:23). El «evangelio del reino» mencionado en estos pasajes bíblicos no es un mensaje exclusivamente escatológico, no se limita a proclamar el reino geopolítico, mesiánico, del futuro. Se trata aquí del ejercicio presente de la soberanía divina en la Iglesia y mediante de la Iglesia, es decir por medio de aquellos que han sido librados de la potestad de las tinieblas y trasladados al reino del amado Hijo de Dios (Col. 1:13). En otras palabras, el que cree el evangelio nace de nuevo y entra en el reino de Dios (Jn. 3:1-15); pero precisamente por ser súbdito de ese reino tiene que sujetarse a «la ley de Cristo», el Rey (1 Co. 9:20, 21).

Todo ser humano debe entender y aceptar que Jesucristo es el Señor, no sólo el Salvador. Ya hemos mencionado que en casa de Cornelio, el apóstol Pedro proclamó, en un mensaje de evangelización, el señorío de Cristo: «éste es Señor de todos» (Hch. 10:36). De alguna manera debemos incorporar en nuestro mensaje de evangelización esta nota distintiva y dominante del

evangelio cristiano: ¡Jesucristo es el Señor! Él es el Señor que anda en busca de hombres y mujeres que estén dispuestos a someterse a Él en el sendero del auténtico discipulado (Mt. 28:18-20).

2. El mensaje de arrepentimiento se halla íntimamente relacionado con el anuncio del reino, ya sea éste el reino escatológico, o el reino en su forma presente. Sabemos que el arrepentimiento es un cambio radical y profundo en nuestra manera de pensar tocante a Dios y tocante a nosotros mismos y el pecado que nos oprime; es un cambio de actitud ante Cristo el Señor.

Juan el Bautista nos da un extraordinario ejemplo de cómo debe predicarse el arrepentimiento. Él llama a la multitud al arrepentimiento; pero también señala pecados concretos de los cuales tienen que arrepentirse los publicanos, los soldados, los fariseos y saduceos, y aun el rey Herodes. Dicho de otra manera, Juan el Bautista señaló el pecado de todas las clases sociales, y llamó a todos al arrepentimiento.

La demanda de arrepentimiento sigue vigente en nuestro tiempo. En la Gran Comisión a los discípulos Jesús dijo: «y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén» (Lc. 24:47). Así lo hizo Pedro en el día de Pentecostés (Hch. 2:38-40), y Pablo ante unos filósofos atenienses (Hch. 17:30). La salvación es por gracia, por medio de la fe, de la fe que va acompañada del verdadero arrepentimiento. Si nuestro mensaje carece de la llamada al arrepentimiento, no estamos cumpliendo fielmente con la misión que el Maestro nos ha señalado.

Conclusión

Con base en nuestro breve estudio de distintos usos de la palabra *evangelio* en el Nuevo Testamento, podemos concluir que el mensaje de la evangelización es el evangelio de la gracia de Dios, el evangelio de la salvación total en Jesucristo para todos los que confían en Él, el anuncio del reino de Dios entre los hombres, en demanda de sujeción de todo ser humano a Cristo el Señor, es la llamada al arrepentimiento y a la aceptación del perdón por la fe en Él; es la exaltación de Jesucristo el Hijo de Dios.

Estas y otras verdades contenidas en el evangelio debemos proclamarlas en el poder del Espíritu Santo, con estricto apego a la revelación escrita de Dios, y encarnárlas en nuestra realidad latinoamericana.

III

El pastor y el crecimiento de la iglesia

que en 1985 y el 25 por ciento de la población mundial se halla
para el año 2000 de la presente proyección del Evangelio. En
1985 que esto 800 y 1.300 millones de personas habitarán
existen que se les de su primer oportunidad para responder al
evangelio... De la población total en el mundo, 33 por ciento
existen que se les de su primer oportunidad para responder al
evangelio... De la población total en el mundo, 33 por ciento

5 ¿Cómo debe crecer la iglesia?

AL HABLAR DEL crecimiento de la iglesia es imperativo tener muy en cuenta la diferencia entre crecimiento cuantitativo y crecimiento cualitativo, o sea, entre cantidad y calidad, entre crecimiento numérico y crecimiento «a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Ef. 4:13). El Nuevo Testamento se refiere a estos dos tipos de crecimiento, los cuales son indispensables para la iglesia de Jesucristo.

Crecimiento numérico

También dentro del concepto de crecimiento numérico se hace necesario establecer algunas diferencias. Tenemos el crecimiento de la cristiandad en general, o sea el conjunto de todos los que profesan ser cristianos, aunque muchos de ellos no hayan llegado al encuentro personal con Jesucristo, y el crecimiento del Cuerpo de Cristo, formado por todos los que han nacido de nuevo en el poder del Evangelio.

Crecimiento numérico de la cristiandad

Es evidente que la cristiandad ha venido creciendo en el decurso de los siglos, aunque lo ha hecho en forma bastante limitada si se compara su crecimiento con el de la población mundial. Se dice que hay más de cinco mil millones de habitantes en el mundo, y se cree que la población mundial llegará por lo menos a los seis mil millones en el año 2000. Según los autores del libro *Operation World* (Operación mundo), publicado en 1993, «dependiendo de lo estricto del criterio que se use, estimamos

que entre el 15 y el 25 por ciento de la población mundial se halla fuera del alcance de la presente proclamación del Evangelio. Esto significa que entre 800 y 1.300 millones de seres humanos todavía necesitan que se les dé su primera oportunidad para responder al evangelio ... De la población total en el mundo, 33 por ciento profesan ser cristianos, y de éstos sólo el seis por ciento son evangélicos. Los que no profesan ser cristianos y que han sido evangelizados llegan al 42 por ciento.¹

Durante los últimos cuatro decenios, la iglesia evangélica ha crecido de manera impresionante en África, en América Latina, y en algunos lugares del lejano Oriente, por ejemplo en Corea, donde hay iglesias evangélicas extraordinariamente numerosas. En la actualidad, la gran mayoría de cristianos no pertenecen a la raza blanca y viven en países del así llamado Tercer Mundo.

Según las estadísticas de Read, Monterroso, y Johnson, publicadas en el libro *Avance evangélico en la América Latina* (1970), en 1967 había por lo menos diez millones, o quizá hasta quince o veinte millones de evangélicos en la América Latina.² *Operation World* calcula que en 1990 había 46 millones de evangélicos en América Latina, más del 11 por ciento de la población.³ Pero estas cifras todavía resultan pequeñas en comparación con más de 450 millones de habitantes en Latinoamérica.

Sin embargo el crecimiento evangélico en los últimos treinta años en la América Latina es palpable. Que no hemos crecido lo suficiente, tampoco puede negarse, con estadísticas o sin ellas. No nos hemos aprovechado del todo de nuestro potencial de crecimiento, ni de la libertad que disfrutamos para la propagación de nuestra fe. Por ejemplo, Guatemala podría ser el primer país latinoamericano con mayoría de evangélicos, si echara mano de los grandes recursos y las maravillosas oportunidades que el Señor ha puesto a nuestra disposición.

En proporción al número de habitantes en todo el país, la iglesia evangélica guatemalteca es una de las más vigorosas en todo el continente, según a las estadísticas arriba citadas. Los resultados del trabajo estadístico realizado por PROCADES (Proyecto

1. Patrick Jonstone, *Operation World* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan Publishing House, 1993), p. 27.

2. W.R. Read, V.N. Monterroso, *Avance Evangélico en América Latina* (El Paso, Texas: C.B.P., 1970) p. 31.

3. *Operation World*, p. 65.

Centroamericano de Estudios Socio-Religiosos) son muy valiosos para conocer más a fondo la realidad evangélica guatemalteca.⁴

Según el libro *Operation World*, la comunidad evangélica de Guatemala pasa del veinte por ciento.⁵

Crecimiento numérico del Cuerpo de Cristo

Sin embargo, nos compete pensar también en el crecimiento numérico del organismo viviente y creciente cuya cabeza es Jesucristo, esto es, el Cuerpo de Cristo, integrado por todos aquellos que en verdad han nacido de nuevo en Él. Todos sabemos que el crecimiento numérico de la cristiandad —o sea la «iglesia visible»— no corresponde con el de la iglesia verdadera. No podemos precisar matemáticamente cuántas personas en la cristiandad pertenecen al Cuerpo de Cristo. Esta estadística, que es la más importante, se guarda en el libro de la vida allá en el cielo. Al Señor le interesa en sumo grado mantener un registro del número de los que son salvos. Él conoce a sus ovejas, y las conoce por nombre; a todas y a cada una de ellas.

Jesús dijo a sus discípulos que ellos eran la «manada pequeña» (Lc. 12:32), sin darles a entender que siempre debían ser un número reducido de creyentes en Él. Al contrario, los comisionó a hacer discípulos de todas las naciones (Mt. 28:18-20), y dar testimonio de Él hasta lo último de la Tierra (Hch. 1:8); lo cual significa que en el propósito del Maestro la Iglesia tenía que llegar a ser una comunidad mundial, integrada por personas de todo pueblo o nación.

Las figuras de lenguaje que describen la Iglesia en el Nuevo Testamento, pueden dar directa o indirectamente la idea de crecimiento numérico. Crece el rebaño (Jn. 10); crece la vid verdadera (Jn. 15); crece el pueblo de Dios (Ef. 2:14); crece el nuevo hombre en Cristo (Ef. 2:15); crece el Cuerpo de Cristo (Ef. 2:16); crece el real sacerdocio de los hijos de Dios (Ef. 2:18); crece la nueva nación, la de los ciudadanos celestiales (Ef. 2:19); crece la familia de Dios (Ef. 2:19); crece el templo del Señor (Ef. 2:20-22). Aun esta última figura literaria que podría parecer una excepción a lo que enseñan las otras ilustraciones tocante a la

4. *Directorio de Iglesias, organizaciones y ministerios del movimiento protestante*, (Guatemala: INDEF y SEPAL, 1981)

5. *Operation World*, p. 64c.

Iglesia como un organismo que crece en el Señor, también incorpora la idea de crecimiento. La Iglesia es un templo que está formado de «piedras vivas» (1 P. 2:4, 5) y crece para morada de Dios en el Espíritu (Ef. 2:22).

Desde el punto de vista histórico, el libro de los Hechos revela cómo crecía la Iglesia del primer siglo. El doctor Lucas no omite mencionar cifras en su relato de la expansión de la Iglesia. El Espíritu Santo impulsa a hacerlo, porque Él está interesado en el crecimiento numérico de su Iglesia.

Fundamentalmente hablando, la Iglesia crecía porque «el Señor añadía a la iglesia los que habían de ser salvos» (Hch. 2:47). Pero es claro que Él daba este crecimiento por medio del testimonio de los discípulos, quienes vivían el Evangelio y lo proclamaban en sujeción al ministerio del Espíritu Santo. Especialmente los líderes de la Iglesia eran, en el sentido estricto del término, discípulos del Señor Jesús. Seguían a su Maestro, lo imitaban, le servían, y estaban dispuestos a morir por Él, si esto fuera necesario. Vivían el evangelio hasta sus últimas consecuencias. No estaban jugando a ser cristianos. Cada uno de aquellos siervos de Dios pudo haber dicho con el apóstol Pablo: «¡Ay de mí si no anunciare el evangelio!» (1 Co. 9:16).

La meta de los cristianos primitivos era alcanzar el mayor número posible de personas con el mensaje del evangelio. Careciendo de los excelentes medios de comunicación que nosotros tenemos, obtuvieron resultados extraordinarios en la evangelización. En pocos años habían cubierto un territorio bastante extenso con la palabra de Cristo. La iglesia del primer siglo no era una gran institución técnicamente organizada, dirigida por un orden estrictamente jerárquico, administrada por una enorme burocracia y representada por un clero altamente «profesionalizado». En aquellas congregaciones cristianas había un mínimo de organización y un máximo de espontaneidad para buscar y seguir la dirección del Espíritu Santo en la vida y el ministerio de los creyentes en Jesucristo. Y no olvidemos que el Espíritu jamás dirige a los suyos en contradicción con la Palabra que Él mismo inspiró.

Los cristianos del primer siglo echaban mano de los grandes recursos espirituales que estaban a su alcance y se sujetaban sin reservas a la acción de Dios. Según Hechos 2:41-47, los miembros de la iglesia primitiva de Jerusalén eran obedientes al Señor (se

habían bautizado en su nombre), perseveraban en la doctrina de los apóstoles, eran gente de oración; practicaban la comunión cristiana hasta el punto de sacrificar bienes terrenales para ayudar a sus hermanos en la comunidad, y tenían alegría de corazón. Esta nueva comunidad de fe ganó el favor de todo el pueblo y «el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos» (Hch. 2:47).

Aquellos cristianos estaban plenamente identificados con el Señor y su iglesia, pero no eran ajenos a su realidad cultural. Eran una comunidad de fe, amor, y esperanza en Cristo, una comunidad diferente a la de aquellos que no conocían el evangelio, pero no estaban marginados del contexto social; vivían a la vista de todos como un testimonio viviente del evangelio.

Conocían a fondo su ambiente social, y siempre bajo el señorío del Espíritu Santo, seguían en el esfuerzo de evangelización la estrategia más adecuada a las circunstancias. Nótese, por ejemplo, la diferencia de estilo entre el mensaje de Pedro en el día de Pentecostés y el mensaje de Pablo en el Areópago. Digna de notarse es también la manera en que Pablo iniciaba sus labores misioneras en ciudades gentiles como Filipos y Tesalónica. El apóstol era sensible a la dirección del Espíritu Santo. Si el Espíritu le impedía visitar determinado lugar se sometía sin discutir las ordenes divinas. Si el Espíritu lo llamaba a predicar el evangelio en cierta región, obedecía al instante. Pero también era consciente de la realidad cultural de sus oyentes, y dirigía el mensaje a las necesidades particulares de ellos. Su metodología misionera era adecuada a la situación cultural.

Bajo el ministerio del Espíritu Santo, los cristianos del primer siglo vivían y predicaban el evangelio, y seguían las estrategias más adecuadas en la evangelización. El Señor los bendijo abundantemente y el avance de la Iglesia fue arrollador.

Para el crecimiento numérico del Cuerpo de Cristo en nuestro medio, nosotros los pastores, predicadores, o maestros, tenemos que rendirnos incondicionalmente al Señor, siguiendo la senda del auténtico discipulado cristiano. Debemos estar dispuestos a vivir el evangelio hasta sus últimas consecuencias, y a predicarlo como no lo hemos predicado jamás. Tenemos que orar como nunca hemos orado.

Además, hemos de preguntarnos si en verdad estamos dependiendo del Espíritu Santo para el cumplimiento de nuestro ministerio; si hemos predicado fielmente la doctrina del evangelio;

si hemos caído en la rutina ministerial, limitándonos a seguir los métodos que heredamos de nuestros padres o de nuestros abuelos en la fe; o si estamos simplemente importando métodos de evangelización o de crecimiento de la Iglesia, sin hacer las debidas adaptaciones de tales métodos a nuestra realidad social. Debemos preguntarnos si hay en nosotros la necesaria apertura mental para darnos cuenta de lo que ocurre en el mundo de hoy; si somos los suficientemente flexibles y humildes para autocriticarnos y permitir que otros evalúen nuestros métodos de trabajo, y para aceptar sugerencias que contribuyan al progreso del Evangelio en nuestro país. El crecimiento numérico de la Iglesia dependerá, a lo menos en parte, de nuestra disposición a renovar nuestra vida y nuestro ministerio.

A las iglesias evangélicas que están creciendo numéricamente aquí y en otros países, debemos mirarlas con acción de gracias a Dios y con el buen deseo de aprovecharnos en lo posible del ejemplo positivo que ellas nos dan. Sin atribuir infalibilidad a ningún método de evangelización, o de crecimiento de la Iglesia, aprendamos lo que de ellos sea efectivo para el avance del evangelio. Y el Señor añadirá a su iglesia a los que han de ser salvos.

Hasta aquí hemos hablado del crecimiento numérico del pueblo de Dios, y debemos confesar que este crecimiento es el que parece interesarnos de manera muy especial en nuestro ministerio. Deseamos que el evangelio llegue a todos los pueblos del orbe; que centenares y millares de personas se conviertan a Jesucristo en nuestras cruzadas de evangelización; que la lista de miembros en nuestras iglesias se alargue más y más; que nuestros templos se ensanchen para dar cabida a las multitudes que deseen asistir a nuestras reuniones; que en los diferentes sectores de la ciudad surjan congregaciones satélites de nuestra iglesia, y que podamos informar a propios y extraños sobre los extraordinarios resultados de nuestra predicación.

Ya hemos dicho que el crecimiento numérico es importante; pero hay otras maneras en las que la Iglesia tiene también que crecer.

Crecimiento cualitativo

A la luz del Nuevo Testamento podemos hablar de un crecimiento cuantitativo y de un crecimiento cualitativo; o sea

dos diferentes aspectos del crecimiento espiritual integral. El Cuerpo de Cristo crece en número y crece en la vida espiritual y ética de sus miembros.

Crecimiento del cristiano en lo personal

Cada cristiano es exhortado a crecer en el conocimiento de Dios (Col. 1:10), crecer en la gracia y el conocimiento de Cristo (2 P. 3:18), crecer para salvación (1 P. 2:2), crecer en amor unos a otros y para con todos (1 Ts. 3:12), crecer en todo, en Cristo (Ef. 4:15), y crecer siempre en la obra del Señor (1 Co. 15:58).

Se espera que el creyente no se estacione en la infancia espiritual, sino que crezca en todas las virtudes cristianas, y que habiendo alcanzado la madurez espiritual ayude a otros a crecer para la gloria del Señor. La meta de Pablo no era tan sólo «ganar almas» para Cristo e informar de centenares que se convirtieran en respuesta al mensaje por él predicado. Su meta era «presentar perfecto [maduro] en Cristo Jesús a todo hombre» (Col. 1:28). Para esto trabajaba, luchando según la potencia divina que obraba en él (Col. 1:29).

Pudiera decirse que la meta sublime de la labor pastoral es que cada miembro de la congregación crezca a la medida establecida por el Señor; que los niños fluctuantes se conviertan en personas maduras, capaces de ingerir alimento sólido, de discernir entre el bien y el mal, y de hacer decisiones sabias para su propio bien y para la gloria de Dios.

Como resultado de la evangelización, nace una nueva criatura en el reino de Dios. El pastor recibe esta criatura, la cual necesita ser protegida, alimentada, y educada apropiadamente, a fin de que crezca y se conduzca como persona madura en la edificación del cuerpo de Cristo. No es fácil tarea la del pastor; pero nada menos debe él anhelar que el crecimiento integral de las personas que han sido encomendadas a su cuidado. La medida en que obtenga este crecimiento será la medida de su buen éxito pastoral. ¡Con cuánta razón el apóstol Pablo cuidó de los cristianos tesalonicenses «como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos» (1 Ts. 2:11)! Y el apóstol Pedro nos exhorta en las siguientes palabras:

Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no

por ganancia deshonesto, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplo de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria (1 P. 4:1-4).

Crecimiento cualitativo del cuerpo de Cristo

El apóstol Pablo enseña que los dones del Espíritu Santo tienen como propósito la edificación de la Iglesia (1 Co. 12-14). Los miembros deben funcionar según sus capacidades espirituales para el bien de todo el Cuerpo.

En realidad, el crecimiento integral se da en la relación entre los miembros y el Cuerpo. En Efesios 4:11-16 el apóstol da a entender que todos los miembros necesitan del Cuerpo para crecer, porque es en la unidad del Cuerpo que todos llegarán a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, quien da el crecimiento a su Cuerpo, que es la Iglesia.

No es posible que aparte de la comunión con sus hermanos el cristiano crezca integralmente. Sería como un miembro atrofiado. Tiene que crecer en el Cuerpo, por medio del Cuerpo, y para el Cuerpo. Pablo descarta por completo el individualismo egoísta y presuntuoso. El crecimiento integral se efectúa en la unidad, por medio de la unidad, y a favor de la unidad que Cristo ha hecho posible como Cabeza de su Iglesia.

En Efesios, el Apóstol parece estar refiriéndose no sólo a la congregación local. Sus pensamientos se dirigen también a la iglesia universal, al Cuerpo de Cristo. Todos los creyentes en Jesucristo tenemos la seria responsabilidad de contribuir de alguna manera al bienestar y crecimiento integral del Cuerpo de Cristo, y todos, sin excepción, dependemos de ese Cuerpo para nuestro propio crecimiento integral.

Puede decirse que el apóstol de los gentiles desecha, sin caer en el indiferentismo doctrinal, el individualismo egocéntrico y el «denominacionalismo» exclusivista que vuelve las espaldas a otros miembros del Cuerpo de Cristo. El tema del crecimiento nos lleva así a un punto de reflexión que puede revolucionar la vida y el ministerio de aquellos que con aires de autosuficiencia no hemos creído necesitar de los hermanos que se hallan fuera de nuestro propio círculo eclesiástico. Si somos miembros del Cuerpo de Cristo, necesitamos de ese Cuerpo para nuestro crecimiento integral. ¡Y

pensar que en el Cuerpo de Cristo hay hermanos y hermanas que no pertenecen a nuestro corpúsculo «denominacional»!

Que el Señor nos ayude a crecer en su gracia, para que en comunión con nuestros hermanos contribuyamos de algún modo al crecimiento integral de su Iglesia, en América Latina, y, si es posible, en otras partes del mundo.

IV

El pastor y la iglesia local

VI

El pastor y la iglesia local

6

El pastor como líder

HAY CRISTIANOS QUE por razones de índole espiritual se retraen de usar la palabra «líder» para referirse a los que ocupan cargos directivos en la iglesia, o en algún otro organismo dedicado al cumplimiento de la misión cristiana. Dicen que el vocablo «siervo» expresa mejor lo que Cristo desea que seamos como representantes suyos en el mundo, en contraste con aquellos que sólo buscan engrandecerse a sí mismos, dominando y manipulando a las gentes.

La verdad es que la palabra «líder», además de no ser castiza, aunque ya está incorporada en el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*, puede evocar prácticas que no armonizan con el espíritu de humildad y servicio que el Señor Jesús quiso impartir a sus discípulos. Él les dijo:

Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (Mr. 10:42-45).

Con base en este pasaje, y en otros semejantes (por ejemplo, Jn. 13:1-20), es posible concluir que el título «siervo» es el que mejor describe, desde el punto de vista bíblico, al que tiene el privilegio de participar en la dirección de la grey cristiana. El Señor Jesucristo mismo llevaba este título (Mt. 12:18). Se dice

que tomó la «forma de siervo» durante su vida terrenal (Fil. 2:5-8). El apóstol Pablo se sintió honrado al llamarse siervo o esclavo de Jesucristo (Ro. 1:1); y Pedro el apóstol exhorta a los cristianos a conducirse como «siervos de Dios» en la sociedad (1 P. 2:16). El título «ministro» es semejante al de «siervo» o esclavo. Según el Nuevo Testamento, el ministro (diáconos) es el que sirve, el esclavo que desempeña los oficios menos ostentosos en el hogar o en la comunidad. El «buen ministro de Jesucristo» (1 Ti. 4:6) es sencillamente el que cumple con humildad y fidelidad la tarea que le ha sido asignada.

Por supuesto, lo más importante no es el título, sino la manera de proceder del que lo lleva; y ya sean llamados siervos, o ministros, o líderes, lo cierto es que el Señor espera una conducta digna y un servicio fiel de parte de aquellos a cuyo cuidado ha sido puesta la grey.

Hechas estas aclaraciones, usaremos la palabra «líder» en el presente estudio, no tan sólo porque ella se ha impuesto en el vocabulario de la academia y del pueblo evangélico a nivel mundial, sino porque ineludiblemente el pastor tiene también la seria responsabilidad de ser dirigente, o líder, de su rebaño. En todo los tiempos, el Señor ha llamado a determinadas personas y las ha investido de autoridad especial para que sean los dirigentes de su pueblo.

¿Qué es un líder?

La pregunta aquí apuntada no es de fácil respuesta. El cuadro se complica cuando entran en juego la psicología y la sociología. Los expertos en estas ciencias prefieren no llegar a generalizaciones, porque hay una variedad de lideratos en los diferentes grupos sociales. En un artículo de fondo de la revista *Time*, titulado «En busca de un líder», el escritor afirma que nadie está seguro en cuanto a qué es el liderato. Luego da las siguientes explicaciones:

El liderato puede ser tan sólo un ideal muy grande propuesto por la cultura de un país, comunicado a la juventud en las escuelas, pero también por medio de la familia, por la atmósfera intelectual, la literatura, la historia, la enseñanza ética de dicho país. Poder de voluntad, sensibilidad frente a la época, pensamiento claro

más bien que profundo, capacidad para experimentar las emociones del grupo y atemperar las de uno mismo, habilidad para expresar los anhelos del grupo, y un sentido de lo dramático, son algunos de los elementos que entran en el poder para guiar a las gentes.¹

Con frecuencia se dice que fundamentalmente el líder es el que va adelante, el que muestra el camino que debe seguirse, «el que inyecta un sistema de valores y un sentido de dirección a otros», el que influye en otros para alcanzar determinada meta. En las Escrituras, la mejor ilustración de lo que es un líder la tenemos en el pastor y sus ovejas. El va delante, no detrás de su rebaño. Él marca la pauta que las ovejas deben seguir, y ellas lo siguen. En tiempos del Antiguo Testamento los reyes eran llamados pastores, porque tenían la responsabilidad de guiar a su pueblo, defenderlo, y velar por su bienestar. El máximo ejemplo de este liderato pastoral es el Señor Jesucristo, el buen pastor (Jn. 10:11-18), y Príncipe de los pastores (1 P. 5:4).

Se dice que hay dos tipos de líderes: unos llegan al liderato por circunstancias fortuitas o invencibles. Es posible que una persona sea líder porque ha heredado el cargo, o porque se lo han dado debido a que él es el más viejo del grupo, el de mayor experiencia, o el que tiene más formación académica, o más recursos económicos. Pero no siempre el que es hijo de un líder, o el de mayor edad, o el que tiene más títulos académicos, o más dinero, es el mejor para dirigir el grupo, u organización. Tampoco el más elocuente es siempre el más idóneo para el liderato cristiano. El simple hecho de que una persona haya sido nombrada jefe, no significa que él o ella sea un verdadero líder.

El otro tipo de líder es el de aquellos que lo son por vocación y por su esfuerzo de superación personal al servicio de los demás. Se puede discutir largamente si el auténtico líder nace o se hace.²

La «humilde» opinión del que esto escribe es que, en cierto modo, el líder cristiano nace y se hace. Si creemos en la providencia divina, por no decir en la elección divina, admitiremos que el Señor interviene para que la persona llamada a desempeñarse como un líder en la iglesia posea ciertos rasgos

1. *Time*, julio 15, 1974, p. 25.

2. Ted W. Engstrom, *Un líder no nace, se hace* (Miami: Editorial Betania, 1980).

personales y talentos naturales que puestos al servicio del evangelio, bajo el dominio del Espíritu Santo, contribuyan a un liderato eficaz.

Valdría la pena preguntarse si todos los cristianos evangélicos pueden llegar a ser líderes como pastores o ancianos de la iglesia, o si en su soberanía el Señor ha dispuesto que haya también seguidores en este nivel; aunque todos tengamos que ejercer el liderato cristiano en nuestro hogar, y algunos sean líderes de una organización dentro de la iglesia, o quizá en la comunidad civil. El tema es fascinante para un largo coloquio. En la discusión sería ineludible abordar el tema de los dones del Espíritu Santo (1 Co. 12-14), y reconocer que hay diversas formas de liderato cristiano. En el presente estudio estamos considerando el tema en el nivel pastoral, o sea el pastor en calidad de líder en la grey del Señor.

Hemos dicho que, en cierto modo, el líder nace y se hace. Se hace respondiendo afirmativamente a la llamada del Señor; se forma en el ejercicio diligente de sus dones, en la disciplina académica, en el laboratorio de la experiencia ministerial. Si hay líderes natos, ellos necesitan el despertar y el cultivo de su vocación.

El profeta Jeremías (1:5) y Saulo de Tarso (Gá. 1:15) eran líderes natos por disposición del Señor; pero les fue indispensable recibir la llamada divina y pasar por todo un proceso formativo que finalmente los llevó a destacarse entre los grandes siervos de Dios.

El semillero de líderes para el pueblo del Señor no es en primer lugar el seminario, por más que este nombre lleve la idea de sementera. Esta se halla principalmente en los hogares cristianos, y en la congregación local. Es allí, antes que en ningún otro sitio, donde deben despertarse y cultivarse las vocaciones para el liderato cristiano.³

Las cualidades del líder

Para el desarrollo de este tema abundan los materiales en la literatura religiosa y secular. Meses después de la muerte de Winston Churchill, Dwight Eisenhower, expresidente de los Estados Unidos, escribió un artículo titulado «¿Qué es un líder?». El énfasis cae en las características que hacen de un hombre un líder. Eisenhower enumera las siguientes: consagración decidida

3. Clemente Estable, *El reino de las vocaciones* (Montevideo: Editorial Medina, 1970).

y desinteresada a la tarea que se tiene entre manos (la causa debe prevalecer sobre toda consideración personal), valor y convicción, fortaleza de espíritu, la facultad de inspirar a los demás, humildad, la voluntad de trabajar hasta completar la tarea, y el poder de persuasión.⁴

Con base en investigaciones sociológicas, Leonard Broom y Philip Selznick señalan algunas de las cualidades de un líder: (1) lo más importante no es lo que la persona aparenta ser, sino lo que ella hace como miembro del grupo; (2) el verdadero líder tiene la capacidad de estimular a otros a participar entusiastamente en las actividades del grupo; (3) el verdadero líder dirige sin hacer sentir a los miembros del grupo que están siendo presionados a seguirlo; (4) el verdadero líder aconseja haciendo sentir a la persona aconsejada que ella está pensando por sí misma; (5) el verdadero líder es comprensivo tocante a las ventajas y desventajas de los miembros del grupo. Sabe aprovechar las ventajas y reducir al mínimo las desventajas; (6) el verdadero líder es generoso aun con aquellos miembros del grupo que no siempre están de acuerdo con él; y (7) el verdadero líder siempre va adelante, no se rezaga, no se queda atrás. Estas son cualidades que pueden aplicarse en el caso de todo líder, ya sea en lo económico, en lo político, en lo social, y aun en lo religioso.⁵

En el Nuevo Testamento hay un pasaje bien conocido que enumera varias de las cualidades que se esperan del líder cristiano. Se trata de la Primera Epístola a Timoteo 3:1-7. Comienza diciendo el apóstol Pablo que el obispado es una buena obra, muy digna de ser apetecida o intensamente deseada. Por obispado se da a entender la función de un sobreveedor en la iglesia local. El obispo (*episcopos*) no era un jerarca eclesiástico que estuviera a cargo de toda una diócesis, o distrito, o para supervisar las labores de un grupo de pastores en diferente congregaciones. El obispo trabajaba en relación directa con una congregación local y era uno entre varios obispos o sobreveedores (Hch. 14:23; 20:28). Pero el oficio de obispo, o anciano, estaba revestido de gran dignidad, y el que lo desempeñaba tenía serias responsabilidades

4. Dwight Eisenhower, "¿Qué es un líder?", *Selecciones del Reader's Digest*, septiembre de 1965, pp. 33-39.

5. Leonard Broom y Philip Selznick, *Sociology* (Evanston, Illinois: Row, Peterson and Company, 1960), pp. 155-160.

ante Dios y la congregación. Por tanto, no cualquiera podía llegar al obispado. Así lo indican las cualidades que se requerían de aquellos que deseaban desempeñar tan noble cargo.

Hay varias maneras de clasificar las cualidades mencionadas en 1 Timoteo 3:1-7. Por ejemplo, salta a la vista que el obispo tenía que ser un hombre de buena reputación en la congregación, en el hogar, y en la comunidad civil. Se nota también que el énfasis cae en cualidades espirituales y morales. El Apóstol hace más hincapié en lo que el obispo es, y no tanto en lo que él hace. Además, el número de cualidades expresadas positivamente excede al de las que se presentan en forma negativa. Se le da más importancia a lo que el siervo de Dios es que a lo que él no es.

Por supuesto, es necesario subrayar que este pasaje bíblico no provee una lista exhaustiva de las características que debe poseer el líder cristiano; pero sí nos ofrece un buen punto de partida para la discusión del tema, el cual habrá que estudiarlo teniendo en cuenta otras porciones del Nuevo Testamento.

Lo que el líder cristiano debe ser

Se incluyen en este apartado las once cualidades que el apóstol expresa de manera positiva (1 Ti. 3:1-7):

Irreprochable (*anepilempton*) (v. 2). La palabra griega significa literalmente que no se puede agarrar o asir a una persona o cosa. Se usa en sentido figurado en este versículo y quiere decir que en la conducta del líder cristiano no haya base para que se lo acuse, o un asidero del cual puedan aprovecharse sus enemigos para desacreditarlo. La forma verbal aparece en Lucas 20:20, donde se dice que fueron enviados espías a Jesús para «sorprenderle en alguna palabra». El obispo debe ser cauteloso aun en sus palabras, a fin de no ser sorprendido en falta.

Se espera que él sea sin tacha en su carácter y conducta. Esto no significa impecabilidad; pero el siervo de Dios es responsable de evitar en su vida todo aquello que puede ser motivo de reproche ante los demás. Pueden incluirse aquí los que consideramos pecados de apariencias. El líder cristiano vive como en una casa de cristal, a la vista de los que lo rodean.

La cualidad de ser irreprochable es abarcadora de toda la vida, o conducta, del obispo, y puede servir de clave para el estudio de todo el pasaje. Por ejemplo, es posible afirmar que el ministro debe ser «irreprochable» en su vida personal, familiar, y

ministerial; irreprochable como esposo y padre; irreprochable en su carácter; irreprochable en cuanto al dinero; irreprochable ante los ojos de toda la comunidad. Compárese Tito 1:6, 7, donde se usa el término *anégkletos*, que se traduce «irreprochable», y significa que la persona no puede ser acusada ni es acusada de nada. No hay nada contra ella.

Marido de una mujer (v. 2). Hay más de una manera en que estas palabras han sido interpretadas. Las explicaciones van desde una antigua y exótica idea de que la mujer es la Iglesia con la cual el obispo está desposado⁶, hasta la sugerencia de que un hombre soltero no debe ser ordenado al ministerio evangélico. Es imposible entrar aquí en un estudio a fondo de los diferentes puntos de vista sobre esta afirmación bíblica. Que baste con decir que gramaticalmente el énfasis se halla en la palabra griega traducida «una sola», y se indica de este modo que el obispo no debe ser esposo de más de una mujer. (Cp. 1 Ti. 5:9.) Para el propósito de nuestro estudio, todo lo que nos interesa subrayar es que el estado civil del líder cristiano no debe ser causa de escándalo.

Sobrio (*nefalion*) (v. 2). Etimológicamente, el vocablo griego significa templado en el uso del vino. Pero en el presente versículo el significado es mucho más amplio y parece referirse al autodomínio que resulta en serenidad para ejercer el buen juicio en la enseñanza y en el gobierno de la congregación.

Prudente (*sófrona*) (v. 2). Juicioso, razonable, poseedor de una mente sana, capaz de mantenerse equilibrada. Esta es una cualidad indispensable para el que ocupa el cargo de dirigente o líder.

Decoroso (*cósmion*) (v. 2). Es decir, ordenado. Cosmos significa lo que es ordenado, armonioso. Es la antítesis del caos. Si hay orden en la vida interior del líder, lo habrá también en su conducta y en el desempeño de sus labores.

Hospedador (*filóxemon*) (v. 2). Literalmente, esta palabra puede traducirse por «amigo de extraños», o «que ama a los extraños» o extranjeros. Aquí no se trata sencillamente de hospedar a parientes y amigos íntimos. La hospitalidad era una práctica común en los pueblos del Medio Oriente. ¿Por qué no habría de serlo entre los cristianos, especialmente en el caso de los que se

6. Esta idea la cita Homer Kent en su libro *The Pastoral Epistles* (Chicago: Moody Press, 1958), p. 126.

desempeñaban como líderes de la iglesia local? Ellos debían dar el ejemplo en este particular. En Hebreos 13:2 se dice: «no os olvidéis de la hospitalidad [*filoxenia*]». Cada día parece ser más difícil la práctica de este mandamiento en la compleja situación de nuestras urbes; pero habrá casos en que seríamos inexcusables si no lo cumpliéramos.

Aptos para enseñar (didaktikón) (v. 2; véase también 2 Ti. 2:24). El obispo debe ser un didacta, un hombre que pueda comunicar lo que sabe. Aquí no se explica cómo se adquiere esta capacidad, ni qué es el contenido de la enseñanza. A la luz de otros pasajes neotestamentarios entendemos que el Señor ha puesto a algunos como maestros en la Iglesia (1 Co. 12:28, Ef. 4:11), capacitándolos para que enseñen la Palabra que Él les ha comunicado (2 Ti. 4:2). La aptitud para enseñar es una cualidad relacionada no tanto con el carácter del líder cuanto con el cumplimiento de su ministerio en la iglesia local.

Amable (epieiké) (v. 3). Se trata de un carácter bondadoso, paciente, y hasta sumiso, en contraposición a la tendencia agresiva, violenta, de los que no buscan la paz.

Apacible (ámajon) (v. 3). Es decir, no agresivo, no contencioso, pacífico, dispuesto siempre a mantener la armonía con todos los demás.

Que gobierne bien su casa (v. 4). El liderato debe ejercerse primeramente en el hogar. En este versículo el apóstol se refiere de manera especial a la responsabilidad que el siervo de Dios tiene de gobernar a sus propios hijos. Se entiende que éstos se hallan bajo la potestad paterna, viviendo en el mismo hogar. Es obvio que si alguno no es capaz de gobernar su propia casa, tampoco podrá cuidar de la iglesia de Dios. El verbo empleado con referencia al gobierno del hogar puede expresar también la idea de «preocuparse por otros», «ofrecer auxilio, ayudar», «proteger» (1 Ts. 5:12). Gobernar, según el Nuevo Testamento, no es dirigir despóticamente, sea en la iglesia o en el hogar. Él que gobierna debe tener una preocupación genuina por el bienestar de los que están bajo su cuidado.

Con respecto al gobierno de la iglesia, Pablo usa un verbo que significa «cuidar». Del buen samaritano se dice que «cuidó» (Lc. 10:34, 35; el mismo verbo de 1 Ti. 3:5) del que había sido atacado y despojado por ladrones en el camino a Jericó. El siervo de Dios debe cuidar de la Iglesia que el Señor compró con su sangre (1 P. 5:1-4; Hch. 20:28).

Que tenga buen testimonio de los de afuera (v. 7). La iglesia vive y actúa en la comunidad civil. Una ciudad asentada en un monte no se puede esconder (Mt. 5:14). Si la iglesia está esforzándose por cumplir su misión en el contexto social, tampoco podrá permanecer oculta; y se hará visible de una manera especial por medio de sus líderes. Es imperativo, consecuentemente, que éstos sean de buena reputación dentro de la iglesia local y fuera de ella. Además, si «los de afuera» van a convertirse al evangelio y llegar a identificarse con los que están dentro del redil cristiano, el testimonio de los pastores del rebaño tiene que ser irreprochable. Esta cualidad del obispo se relaciona estrechamente no sólo con su propio prestigio y el de la iglesia local, sino también con la eficacia de la evangelización. Además, si el líder no tiene buen testimonio de los de fuera, da base a la acusación que ellos le hagan, y se expone a caer en la trampa del diablo.

Hasta aquí las cualidades que señalan lo que se espera que el líder cristiano sea en público y en privado. Su responsabilidad es no dar lugar a reproche en ninguna de las facetas de su vida y ministerio. Pero también hay características que indican lo que el siervo de Dios no debe ser. Son cuatro las cualidades que el apóstol expresa en forma negativa.

Lo que el líder cristiano no debe ser

No dado al vino (mé pároimon) (v. 3). Literalmente esta expresión significa una persona que no se queda al lado del vino, no apegada al vino. De los diáconos se requiere también que «no [sean] dados a mucho vino» (1 Ti. 3:8). El Nuevo Testamento no prohíbe terminantemente el vino (cp. 1 Ti. 5:23), pero sí se opone a su uso excesivo, es decir, a la borrachera. A los cristianos en general, el apóstol Pablo los exhorta a no embriagarse con vino, sino a ser llenos del Espíritu Santo (Ef. 5:18). Todas estas exhortaciones deben interpretarse sin pasar por alto la cultura de los escritores bíblicos.

No pendenciero (mé plékten) (v. 3). Esta palabra se deriva del verbo *plesso*, que significa golpear. El líder cristiano no debe ser iracundo. Pero puede serlo bajo los efectos del vino. También es cierto que una persona dominada por la ira puede darse de golpes con su antagonista. Por contraste, el siervo de Dios debe ser «amable» y «apacible» (véase también Tito 1:7).

No avaro (afilárguron) (v. 3). «No amante de la plata», según el

significado literal del vocablo. El amor al dinero es raíz de toda clase de males (1 Ti. 6:10). La expresión «no codicioso de ganancias deshonestas» no aparece en los mejores manuscritos de esta epístola. Pero sí hay buen respaldo textual para Tito 1:7 y 1 Pedro 5:4, donde se habla contra la codicia de ganancias deshonestas de parte del líder cristiano. Hace algún tiempo un anciano pastor, ya jubilado, dijo que cuatro de las grandes tentaciones del siervo de Dios tienen que ver con el orgullo ministerial, la envidia, la inmoralidad sexual, y el dinero. Es muy fácil perder la reputación por el amor al dinero.

«No un neófito (*neófiton*) (v. 6). El vocablo griego significa «plantado recientemente», y describe de manera apropiada a la persona que es nueva en la fe, que no ha madurado en la vida cristiana. Si un neófito es elevado a la posición de liderato sobre la congregación local, corre el serio peligro de envanecerse, literalmente «llenarse de humo», por causa de su inmadurez, y caer en el juicio del diablo, es decir en el juicio que el diablo sufrió cuando se rebeló contra Dios. Juan Calvino comenta:

...porque los «neófitos» no sólo tienen un fervor impetuoso y una firme osadía, sino que también se hinchan de una tonta confianza, como si pudieran volar más allá de las nubes. Por consiguiente, no sin razón ellos son excluidos del honor del episcopado, hasta que, en el curso del tiempo, su orgulloso temperamento sea subyugado.

Es nuestra obligación dar a los nuevos creyentes la oportunidad de ejercitarse para el liderazgo cristiano, pero no apresurarnos a exaltarlos a las posiciones de mayor responsabilidad en la iglesia local.

Estas cualidades, y otras que podrían mencionarse con base en las Escrituras, demuestran que el Señor espera nada menos que la excelencia en el liderato cristiano. Al mismo tiempo, es Él quien hace posible que estas elevadas expectativas se realicen en la vida y el ministerio de aquellos que responden positivamente a la llamada divina, y se someten sin reservas al dominio del Espíritu.

7. Juan Calvino, *Comentario a las Epístolas Pastorales de Pablo* (Grand Rapids: TELL, S.F.) p.98

Funciones del liderato cristiano

Hasta aquí hemos subrayado lo que el líder cristiano debe ser, especialmente en su carácter y conducta; pero muy poco hemos dicho con respecto a lo que él es llamado a hacer en el cumplimiento de su ministerio pastoral. En realidad no es fácil establecer una profunda diferencia entre estos dos aspectos del liderato cristiano, porque ambos se hallan íntimamente relacionados. Pero podemos preguntarnos cuáles son las funciones básicas del pastor en la iglesia local.

Vale la pena hacer aquí un paréntesis para señalar que una de las grandes tentaciones que acosan al pastor de los grandes centros urbanos en los países superdesarrollados, es la de guiarse por la mentalidad secular en lo referente al éxito profesional. Una vez que el pastor se deja atrapar por el espíritu de este siglo, fácilmente cambia sus motivos y sus metas, su mensaje y sus métodos. El cambio de actitud en cuanto al ministerio puede efectuarse subrepticamente, pero llega por fin a manifestarse en un nuevo concepto del «éxito pastoral», en una adaptación del mensaje al gusto de la época, en un profesionalismo eclesiástico, y en una imitación servil de los métodos empresariales. El pastor se convierte en un ejecutivo, y su iglesia local en una empresa muy semejante a las muchas que existen en el mundo.

Una conversación típica entre dos pastores ejecutivos puede girar alrededor de las preguntas siguientes: ¿Cuántas personas asisten a tus reuniones dominicales? ¿cuánto afrendan? ¿Cuántas personas pasan generalmente al altar en señal de que aceptan a Jesucristo, o que desean afiliarse a tu iglesia? ¿Cuál es la tasa de crecimiento anual en tu «membresía»? ¿En cuántos departamentos está dividida tu iglesia? ¿A qué número asciende tu personal, incluidos auxiliares, secretarías, y otro personal administrativo? ¿Cuántos nuevos proyectos tienes en marcha? ¿Cuál es tu presupuesto anual?

Un pastor norteamericano publicó un artículo titulado «Volvamos a ser pastores». Su tesis fundamental era que en las ciudades modernas el pastor puede perder fácilmente el verdadero significado de su vocación pastoral cuando llega a ser el ejecutivo de una «empresa llamada» iglesia. De ahí su clamor por un retorno al cumplimiento de dicha vocación. Se sobreentiende que este pastor no pretende tirar por la borda todo lo relacionado con la sabia administración de la iglesia. El pastor tiene que ser también un

administrador. Esto es parte de su vocación. Pero el problema surge cuando se crea una gran maquinaria eclesial que asfixia a la función básica del pastor, aunque el propósito sea alcanzar a un mayor número de personas con el evangelio y crecer como iglesia local.

En este caso, el pastor pierde el contacto directo con su gente y ocupa la mayor parte de su tiempo en asuntos puramente administrativos, en vez de dedicarse a la oración, al estudio, a la reflexión, a la enseñanza, y a la consolación de su pueblo.

En América Latina tampoco andamos del todo bien en cuanto al ministerio pastoral. No ha sido raro que al pastor se le exija que sea en primer lugar un evangelista, un productor de resultados inmediatos, un organizador de nuevas congregaciones, un trabajador social al servicio de su iglesia, y un colaborador entusiasta en los programas de su denominación o grupo eclesial. No es de extrañar que haya iglesias evangélicas que tienen y no tienen pastor, porque el líder carece de tiempo y energías para el cuidado pastoral de su grey. A propósito el pastor de una iglesia muy grande aquí en Latinoamérica nos decía: «No he podido pastorear esta iglesia; hay mucho que hacer en la evangelización». Por supuesto, su iglesia crecía, pero como alguien ha dicho, la diferencia es enorme entre engordar y crecer. También en nuestra América Latina hay iglesias que deben permitir que sus pastores sean pastores, y pastores que deben decidirse a volver al ejercicio de su auténtica vocación pastoral, sin descuidar ninguna de las facetas de ella.

Estos pensamientos pueden originar un gran debate entre nosotros; pero eso es precisamente lo que necesitamos: encarar los problemas de la pastoral latinoamericana, o sea juntar cabezas y corazones para hallar algunas respuestas que beneficien al pueblo del Señor en estos países.

En el pasaje de 1 Timoteo 3:1-7, se mencionan dos de las funciones básicas del pastor en la iglesia local: la enseñanza y el gobierno o cuidado pastorales. En realidad, el cuidado del rebaño puede abarcar toda la acción pastoral. El pastor cuida de sus ovejas instruyéndolas, amonestándolas, consolándolas, curándolas, protegiéndolas, estimulándolas a crecer y servir, dirigiéndolas o gobernándolas.

El pastor-maestro: «Apto para enseñar» (1 Ti. 3:2)

A la base del ministerio del pastor se halla la responsabilidad de enseñar la Palabra de Dios. El pastor es el líder que va adelante,

enseñando el camino marcado en las Sagradas Escrituras. Si la Biblia es nuestra regla de fe y conducta, entonces es indispensable conocerla, enseñarla, y practicarla. Todo lo que la congregación crea y haga tiene que ceñirse a lo que las Escrituras dicen. Pero ¿cómo podrán los cristianos ajustarse a lo establecido en la revelación escrita si no conocen lo que ella enseña sobre los privilegios y deberes del pueblo de Dios?

El Señor Jesucristo dijo a Simón Pedro: «Apacienta mis corderos», «apacienta mis ovejas» (Jn. 21:15, 17). El significado básico del verbo griego (*bosko*) es «alimentar». Pedro entendió muy bien el mandato del Maestro, y en su primera epístola dice a sus colegas pastores: «Apacientad la grey de Dios que está entre vosotros» (5:2). El verbo que usa el apóstol (*poimaino*; cp. Jn. 21:16) significa también «alimentar», «cuidar», «dar pastos». El pastor, según el vocablo griego, es «el que alimenta», «el que cuida del rebaño». Se sobreentiende que el alimento para las ovejas es la Palabra de Dios, no las especulaciones filosóficas o teológicas, ni las ideologías de turno en nuestro continente.

El pastor es llamado a ser sobre todas las cosas un maestro de las Escrituras. Muchos intérpretes opinan que en Efesios 4:11 los títulos «pastores y maestros» se aplican a una sola persona: el pastor-maestro. Según el contexto inmediato de este versículo, el propósito de la enseñanza pastoral es equipar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. El proceso enseñanza-aprendizaje tiene como objeto que el discípulo se vuelva un maestro, según las capacidades que el Señor le haya dado y en las circunstancias u oportunidades que tenga para enseñar a otros.

El escritor de la Epístola a los Hebreos se duele de que sus lectores, debiendo ser ya maestros, todavía necesitan que se les vuelva a enseñar los primeros rudimentos de las palabras de Dios, que no puedan asimilar el alimento sólido porque no han alcanzado la madurez, y que no puedan discernir entre el bien y el mal. Son niños en Cristo, y tienen que ser guiados como párvulos en la fe (He. 5:11-14).

Para el apóstol Pablo la meta del ministerio era «presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre» (Col. 1:24-29). Nada menos satisfacía al apóstol que apuntar hacia «un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Ef. 4:13). Todo esto no era mera teoría para Pablo, sino un objetivo claro y

definido que el pastor y la iglesia debían perseguir con denuedo.

A nosotros, todo esto puede parecernos irrealizable o utópico. Estamos quizá acostumbrados a establecer metas de crecimiento numérico en la congregación y organizar programas que armonicen con el activismo evangélico tradicional. El apóstol Pablo buscaba principalmente el crecimiento espiritual y moral del pueblo de Dios, sabiendo que esto resultaría, a su vez, en el crecimiento numérico de las iglesias locales. Contribuir al crecimiento integral del pueblo de Dios, mediante la enseñanza sistemática de las Escrituras, en la dinámica del Espíritu Santo, debiera ser la mayor preocupación del líder en la congregación local.

El púlpito debe ocupar en verdad el lugar central en el desarrollo del culto cristiano; lo cual no significa que el proceso enseñanza-aprendizaje sólo se lleve a cabo en las reuniones generales de la iglesia. El pastor no tiene que limitar al púlpito su tarea docente. Él puede enseñar en la iglesia y fuera de ella; en público y en privado; a grupos y a individuos; en situaciones formales y no formales; en circunstancias previstas o imprevistas; en toda oportunidad que el Señor quiera darle para el ejercicio del don pastoral. Además, y esto es de suma importancia, el pastor enseña también con su ejemplo, cuando ilustra con sus acciones las verdades que ha procurado comunicar por medio de las palabras.

Si la enseñanza es efectiva surgirán otros maestros en la congregación. El pastor debe ser un líder que forme líderes para el pueblo de Dios. Este fue el método de Jesús y sus apóstoles: entrenar a los que serían idóneos para enseñar también a otros la palabra del Señor. El pastor, como un formador de líderes, anda siempre en busca de materia prima para esta labor, y cuando la encuentra, la aprovecha al máximo para forjar, en el Señor, un nuevo líder que ejercerá sus dones para la edificación del cuerpo de Cristo. No hay tarea más grande que la de formar líderes en la iglesia local. Una de las mayores satisfacciones de Pablo al momento de partir de este mundo, sería el hecho de contemplar, mentalmente, el extenso territorio donde había comunidades cristianas por él establecidas, como fruto de sus labores. Pero no menos animador sería pensar en aquellos líderes que él había ayudado a formar. Timoteo, a quien escribió su postrera epístola inspirada por el Espíritu Santo, era uno de esos líderes. La antorcha del evangelio no caería a tierra; había manos dispuestas

a recibirla y levantarla para la gloria de Dios y salvación de muchos seres humanos.

El líder cristiano no se considera insustituible, no se llena de envidia, ni de pánico, cuando ve surgir a otras personas dotadas para la obra de Dios. Al contrario, colabora entusiastamente en la formación de tales personas y les abre paso a la posición del liderato cristiano. Es una gran bendición ver que el Señor sigue levantando líderes entre la juventud, y que Él llevará adelante su propósito aunque nosotros hayamos salido de la escena terrenal.

El pastor dirigente

En su calidad de líder, el pastor está investido de autoridad para gobernar la grey del Señor. Esta es la otra función pastoral mencionada en 1 Timoteo 3:1-7. Leemos en los versículos 4 y 5:

Que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?)

Ya hemos sugerido que el verbo traducido «gobierne» puede incluir también la idea de cuidar, o de preocuparse por el bienestar de los que están bajo autoridad (1 Ts. 5:12). A lo menos esta es otra de las acepciones del verbo *proistemi*. Notamos, además, que cuando se trata del liderato pastoral en la congregación, Pablo usa el verbo «cuidará» (*epimélomai*; cp. Lc. 10:34, 35). No hay en estos pasajes, ni en otros semejantes, base alguna para que el líder pretenda convertirse en un déspota en la congregación. Dice el apóstol Pedro: «no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado» (1 P. 5:3). El Señor Jesucristo había dicho a sus discípulos: «Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros» (Mr. 10:42, 43). Estas exhortaciones son muy pertinentes para nosotros en América Latina, especialmente si se tiene en cuenta nuestra tendencia al caudillaje.

Sin embargo, abundan en el Nuevo Testamento los pasajes que indican que el pastor ha recibido autoridad del Señor para desempeñarse como líder o dirigente en la iglesia local. Por ejemplo, 1 Timoteo 4:6-16; 5:20; 6:17; 2 Timoteo 2:1, 2; 2:14,

24, 25; 4:2; Tito 1:5-11; 2:1-15; 3:8-11; 1 Tesalonicenses 5:12, 13; Hebreos 13:7,17; Gálatas 1:1. Se entiende que la autoridad se ejercerá en el Señor, y que la autoridad que viene de Dios no está reñida con la humildad. Generalmente, Pablo, quien estaba revestido de autoridad apostólica, prefería rogar, no ordenar o mandar.

El líder auténtico ganará el afecto y el respeto de la congregación no por sus afirmaciones de autoridad, ni por sus gestos autoritarios, sino por su ejemplo de fe, mansedumbre, amor, pureza, lealtad, firmeza, y dedicación abnegada a la obra de Dios. Será apoyado y seguido no tanto por sus palabras como por su ejemplo.

El líder auténtico dirige eficazmente a otros después de haber estado dispuesto a ser dirigido. Se cuenta de un millonario que exigió a su hijo adolescente que en sus tiempos libres o de vacaciones fuese a trabajar en el mantenimiento del gran edificio que iba a heredar, y donde estaban las oficinas centrales de la gigantesca empresa que le tocaría dirigir. El propósito era que el joven experimentase lo que significaba trabajar en los niveles más bajos de aquella organización. Antes de llegar a dar órdenes, como presidente de la compañía, le era indispensable aprender a obedecerlas.

El auténtico líder cristiano es una persona de visión amplia. Ve lo que otros no ven, o no quieren verlo, y hace que lo vean, sin sentirse forzados a verlo. En otras palabras, el líder cristiano puede comunicar su visión a otros y contagiarlos de su santo entusiasmo por las cosas espirituales.

El auténtico líder cristiano es una persona de fe. No depende tan sólo de las cosas que se ven, las cuales son temporales, sino especialmente de las que no se ven y que son eternas (2 Co. 4:18). Se atreve a confiar sin reservas en las promesas del Señor; echa mano de recursos espirituales; sabe orar. Es fundamentalmente optimista, con el optimismo que viene de la fe en Dios.

Al mismo tiempo, *el auténtico líder cristiano es una persona realista.* Tiene los pies sobre tierra. Se da cuenta de las dificultades, pero cree que el Dios soberano puede convertirlas en oportunidades para el progreso de su evangelio. Conoce la naturaleza humana y está dispuesto a aceptar a las personas tal como ellas son, con sus ventajas y desventajas, con su potencial para el servicio de Dios. Es consciente de sus propias limitaciones, y procura superarlas con la ayuda divina. Es genuinamente humano. Vive su vida cristiana con naturalidad, sin afectación. Su carácter transpira

humildad. No es por lo tanto extraño que él inspire confianza en los demás; que lo vean accesible y sientan que en él hallarán comprensión en la hora de la dificultad.

El auténtico líder cristiano tiene metas definidas. Sabe adónde va y marcha con paso seguro hacia la consecución de lo que desea para la gloria de Dios. Es específico, no ambiguo, cuando habla de estas metas y de la estrategia que debe seguir para alcanzarlas.

El auténtico líder cristiano muestra firmeza en sus convicciones doctrinales y ministeriales. Reconociendo que hoy más que nunca la iglesia necesita líderes cuya trompeta no dé sonido incierto, es inflexible en el caso de las doctrinas cardinales del cristianismo evangélico. Anhela ser un pastor de quien pueda decirse que no hay ambigüedades ni en sus palabras ni en sus actos. No vacila en tomar las decisiones que son necesarias para beneficio de la congregación, aun cuando esto sea penoso o doloroso. Pero no antepone sus propios intereses a los de la obra de Dios. No decide tan sólo a golpe de emociones o de sentimientos repentinos. Tiene muy en cuenta toda la información disponible sobre un caso determinado; y pesa el pro y el contra de la decisión que está por hacer. Depende de la Palabra de Dios, busca la dirección del Espíritu Santo, y respeta en alto grado el sabio consejo de sus hermanos en Cristo.

El auténtico líder cristiano es consciente de la realidad cultural en que se mueve. Sin perder su identidad cristiana, se identifica hasta donde le es posible con el medio social. Está profundamente comprometido con el pueblo al cual es llamado a servir. No puede ser indiferente a los dolores y alegrías de ese pueblo.

El auténtico líder cristiano está dispuesto a efectuar los cambios necesarios en su quehacer pastoral. No se cierra a las sugerencias que tienden a mejorar sus métodos de trabajo en la congregación. No se estanca en la rutina de años y décadas. Acepta y apoya todo aquello que puede producir una renovación bíblica en la iglesia local. Prefiere impulsar y no frenar la renovación que viene de la Palabra y del Espíritu de Dios.

Conclusión

El pastor es esencialmente un líder porque su responsabilidad es ir adelante de su grey, enseñando la Palabra de Dios y dando ejemplo en el esfuerzo por vivir conforme a las demandas del evangelio. Ser un líder cristiano es un privilegio singular que implica

una gran responsabilidad. Si son elevadas las normas del liderazgo en el ambiente secular, no pueden serlo menos para el ministerio pastoral. En realidad, las demandas son mucho más altas que en cualquiera otra vocación. Así tiene que ser porque el pastor está investido de una dignidad especial y en el cumplimiento de su ministerio trata con valores espirituales y eternos.

Tan inmenso es el privilegio y tan abrumadora la responsabilidad, que no podemos menos que exclamar con el apóstol Pablo: «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?» Pero nos hacemos eco también de su respuesta: «nuestra competencia viene de Dios» (2 Co. 2:14—3:6).

El pastor como consejero

Introducción

ESTE ENSAYO NO trata del orientador profesional, sino del pastor, quien por la naturaleza de su vocación tiene que ser un consejero, aunque no haya recibido para ello el entrenamiento especializado de un psicólogo o de un siquiatra.

Se ha dicho en repetidas ocasiones que la tarea del pastor no se reduce a la predicación, ni a los asuntos meramente administrativos de la iglesia local. El pastor tiene la seria responsabilidad de cuidar la grey, y esto demanda la atención especial a cada familia y a cada miembro de la congregación. Pastorear una iglesia no significa tan sólo levantar un gran templo, atraer multitudes, y montar un gran espectáculo religioso en determinados días de la semana, sin hacer la necesaria provisión para el cuidado pastoral de toda esa gente que se asimila a la iglesia. Se sobreentiende que cuando la congregación crece es del todo imposible al pastor atender personalmente a todos y cada uno de los miembros de su iglesia con la frecuencia que sería deseable. Se impone entonces la necesidad de distribuir esta responsabilidad entre los ancianos o líderes de la congregación, al mismo tiempo que otros hermanos y hermanas reciben entrenamiento para el ministerio de la orientación. Esto puede y debe hacerse aun en iglesias relativamente pequeñas.

Cualquiera que sea el tamaño de la iglesia, el pastor tendrá siempre el privilegio de aconsejar. Será consejero de consejeros, cuando la iglesia crece de manera extraordinaria, y se desempeñará también como orientador en casos especiales que demanden su intervención personal. Este privilegio es parte

esencial del ministerio del pastor; es una responsabilidad ineludible de su vocación.

Entendemos aquí por consejo pastoral una relación personal en la que el consejero ayuda al aconsejado a detectar y definir el problema verdadero —o a verlo desde otro punto de vista—, para que, con apego a la ética cristiana, escoja la mejor solución.

Hace muchos años un pastor confesó que él prefería aconsejar desde el púlpito, pero no en privado. Lo que en realidad estaba diciendo era que no se sentía competente para dar orientación en el nivel personal. Esta no es una dificultad invencible, especialmente en el caso del que ha sido llamado por el Señor al ministerio pastoral. Dios da la capacidad necesaria para el cumplimiento de la tarea que Él mismo ha asignado. El pastor que lo es por vocación divina, ha recibido talentos y dones que debe ejercitar para la gloria del Señor y el bien de su pueblo. El siervo de Dios que ha sido llamado por el Príncipe de los pastores a cuidar de un rebaño, muestra ciertas cualidades que pertenecen a una personalidad pastoral.

Las oportunidades del pastor consejero

El deseo de estar con otras personas y ayudarlas en sus problemas y necesidades es inherente a la vocación pastoral. No faltan por tanto al pastor, las oportunidades de desempeñar su oficio de orientador. Esto es verdad especialmente en el caso del pastor y de la iglesia que desean cumplir un ministerio integral a favor de las personas que están bajo su cuidado. Hoy se habla mucho de la función terapéutica de la congregación local, con lo que se sugiere que los miembros debieran encontrar en la iglesia por lo menos el intento de ofrecer salud al hombre total. La influencia ejercida por la psicología pastoral en nuestro medio latinoamericano ha contribuido a este nuevo énfasis en lo que respecta a la salud mental y emocional.

Oportunidades en la iglesia local

La orientación pastoral es indispensable en el seno de la congregación. Esta se halla formada por grupos de diferentes edades, y cada grupo está integrado, a su vez, por individuos que poseen su propia personalidad. Hay algunas crisis producidas por la brecha entre las generaciones, y problemas que el cristiano experimenta como individuo, o sea las crisis de su propia

existencia. Los niños, los jóvenes, los adultos, y los ancianos, todos y cada uno de ellos tienen problemas peculiares de su edad y de su situación en el hogar, en la iglesia, y en la sociedad. Tienen necesidades físicas, emocionales, y espirituales, porque poseen espíritu, alma, y cuerpo. El ser humano es complejo, y el pastor no debe olvidar esta realidad al enseñar u orientar a su grey.

Frecuentemente pensamos que sólo los adolescentes necesitan el ministerio de la orientación. No puede negarse que ellos pasan por un período crítico de su vida, que consiste en abandonar del todo la niñez y entrar en la edad adulta. Pero también es difícil pasar de la edad adulta a la vejez. Hay crisis en la evolución y también en la involución. Existen problemas infantiles, juveniles, y seniles. Los problemas latentes en los individuos y en los grupos dentro de la iglesia son también una oportunidad para el consejo pastoral. Es mejor prevenir que curar.

Oportunidades en el hogar

Se ha dicho hasta el cansancio que de la condición en que se encuentren los hogares dependerá en gran parte el bienestar general de la iglesia y la sociedad. La familia es determinante para la estabilidad social. También se ha afirmado en el campo de la sociología, que en una sociedad urbana en la que el individuo sufre el fenómeno de la despersonalización y se convierte más y más en una pieza del engranaje industrial, comercial, y político, la familia es el último reducto que le va quedando para afirmar su personalidad. Si la familia se desintegra, el individuo se siente solo, completamente a merced del proceso cosificador y masificador.

Los hogares en la megápolis se ven encarados por un cambio de valores, por no decir una pérdida de los valores familiares que han caracterizado a la sociedad latinoamericana. Hoy más que nunca se hace necesaria la orientación pastoral para la familia cristiana. Puede haber en el hogar problemas de adaptación, comprensión, y por ende de relación entre los diferentes miembros del grupo familiar. Algunos de estos problemas se agudizan, llegan al punto de crisis y resultan en la separación entre esposo y esposa, y aun en divorcio; y entre padres e hijos, a un distanciamiento que puede llevar a éstos a abandonar el hogar. El pastor tiene que estar atento a los problemas familiares, y aprovechar toda oportunidad que se le presente para ofrecer la orientación necesaria.

Oportunidades en la comunidad

En algunas ciudades latinoamericanas el pueblo evangélico se ha hecho lo suficientemente visible como para que los líderes de la comunidad tengan en cuenta al pastor como consejero de problemas de tipo moral. Por ejemplo, se le invita a escuelas y otras instituciones a dar una charla sobre el alcoholismo o el uso de narcóticos. Después de la reunión el pastor puede ofrecerse para conversar con miembros del grupo o ponerse a disposición de los que deseen entrevistarse con él en una fecha próxima, o pedirle consejo por escrito.

Pero aun cuando no sea invitado a instituciones públicas, o no tenga acceso a los medios de comunicación masiva, el pastor tiene que dar alguna orientación en su iglesia y en sus visitas pastorales, sobre los problemas que aquejan a la sociedad en general y, en cierta medida, a la comunidad evangélica en particular. No es un secreto que especialmente en nuestras grandes ciudades latinoamericanas hay jóvenes que no obstante su relación con la comunidad evangélica han caído en el alcoholismo, en el uso de las drogas alucinantes, y en otras prácticas viciosas. Para hacer frente a este problema no basta con afirmar que el hecho de que una persona haya nacido en un hogar evangélico, o se haya asociado por un tiempo con los evangélicos, no significa que él o ella sea miembro de la familia de Dios por medio del nuevo nacimiento en Cristo.

Para una orientación amplia y sistemática en la congregación sobre los problemas sociales, es ideal que el pastor consiga ayuda profesional. Sin embargo, él no debe sentirse satisfecho tan sólo con invitar a expertos en la medicina y en las ciencias sociales para que instruyan a la iglesia. Es imperativo que hasta donde sea posible él mismo asuma una actitud clara, no ambigua, sobre dichos problemas. Generalmente la iglesia quiere saber qué cree el pastor sobre el alcoholismo, los narcóticos, la prostitución, la homosexualidad, las relaciones sexuales fuera del matrimonio, el aborto, el divorcio, la eutanasia o muerte piadosa, la violencia, y otros temas semejantes. Si no es posible tratar todos estos problemas en público, todavía será necesario encararlos en la entrevista pastoral.

No hay lugar para el desempleo en el ministerio de orientación pastoral. Las oportunidades son numerosas y diversas en la iglesia, en el hogar, y en la sociedad.

El pastor tiene ciertas ventajas que los orientadores profesionales no poseen. Está disponible la mayor parte del tiempo, no cobra por las consultas, y merece el respeto de su gente por la posición que ocupa en la iglesia y más que todo por su vocación pastoral. Esta vocación lo reviste de especial dignidad ante sus feligreses y en no pocos casos ante la comunidad civil.

Por otra parte, es innegable que precisamente por la posición que ocupa, algunas personas, en ciertas iglesias evangélicas, se sienten cohibidas, sin libertad para confiar al pastor sus problemas personales. Se resisten a que él sepa lo que les está sucediendo; se sienten avergonzadas delante de él; temen que las juzgue con demasiada severidad, o que use el caso como ilustración en sus sermones, o que lo lleve al cuerpo directivo de la iglesia y se tomen medidas disciplinarias. Generalmente estos son casos de extremada cautela debido a lo vergonzoso del problema.

De todas maneras queda con el pastor la responsabilidad de no proyectar una imagen negativa que le impida ser un consejero eficaz.

Ejemplos bíblicos para el pastor consejero

En las Escrituras hay ejemplos de buenos y malos consejeros. Podemos aprender tanto de los casos negativos como de los positivos, evitando los errores de los malos consejeros e imitando las cualidades y métodos de los que realizaron una buena labor orientadora.

Ejemplos del Antiguo Testamento

Varios pasajes veterotestamentarios hablan del oficio de consejero. Por ejemplo, Proverbios 11:14; 15:22; 24:6.

Muy conocido es el caso de Jetro, suegro de Moisés y conocido también como Reuel (Éx. 2:16, 18).. Jetro era sacerdote de Madián, pero había creído en el Dios de Israel (cp. Gn. 25:2; Éx. 18:1-12), y es muy posible que Dios mismo lo guiara a ser un consejero de Moisés. En su consejo, Jetro dio la preeminencia al Señor, deseando al mismo tiempo el bien de Moisés y de los israelitas. Aconsejó con base en la experiencia que había adquirido en su calidad de sacerdote, como uno de los líderes de su propio pueblo. Había observado, además, la manera en que Moisés gobernaba al pueblo, detectó el problema y señaló la mejor forma de solucionarlo. Su consejo era práctico, adecuado a la realidad.

Pero Moisés tenía que decidir por sí mismo el seguirlo o no: «Si esto hicieres» (v. 23). Quedaba en Moisés la decisión final. Y por encima de todo, Jetro reconoce la voluntad soberana de Dios: «y Dios te lo mandare» (v. 23). El Señor tiene la autoridad final. Jetro no pretende usurpar el lugar de Dios en la vida de Moisés; tampoco intenta quitarle la responsabilidad de decidir por sí mismo lo que debe hacer en cuanto a la manera de dirigir al pueblo de Israel.

Los consejeros de Job no son menos famosos que el célebre Jetro; aunque el caso de ellos nos enseña lo que no debemos hacer en el ministerio de aconsejar a los que sufren. Elifaz, Bildad, y Zofar se equivocaron básicamente en el análisis que hicieron de las causas del problema de Job. Muy merecido tenían el título de «consoladores molestos». Tampoco Eliú pudo dar la respuesta final al problema. Era indispensable la revelación del Señor. El consejo divino es superior al humano. Por la gracia de Dios, nosotros tenemos ahora su revelación escrita para guiarnos en el ministerio de orientación pastoral.

Se mencionan también en el Antiguo Testamento consejeros insensatos como los jóvenes que empujan al fracaso a Roboam, rey de Israel (1 Reyes 12:1-16). Este joven monarca menospreció el consejo de los ancianos que habían asesorado a Salomón, cuya gran sabiduría es proverbial. Siempre ha habido y habrá los que buscan solamente el consejo que desean oír, y los que están dispuestos a dar ese consejo.

Acab tenía a su servicio como cuatrocientos hombres que siempre le profetizaban lo que él deseaba escuchar (1 R. 22:1-6). En cambio, Micaías se negaba a decir lo que Yavé no le había revelado (1 R. 22:14). No era su propósito endulzar el oído de aquel que le solicitara consejo, así fuese el rey de Israel, sino comunicar fielmente la palabra del Señor.

Un consejero muy desdichado fue Ahitofel, quien habiéndose aliado con Absalón contra el rey David, se ahorcó al ver que habían rechazado su consejo (2 S. 17:1-23). Este consejo era «acertado» desde el punto de vista táctico, pero Dios —dice el texto— había ordenado que se frustrara para hacer venir el mal sobre Absalón (2 S. 17:14). Es muy posible que un consejo sea bueno, humanamente hablando, pero no el mejor desde la perspectiva divina. Lo más importante es buscar la voluntad de Dios. Ahitofel se había colocado fuera del propósito divino, no

obstante su gran fama de consejero en Israel (2 S. 16:23). Para que el consejo glorifique a Dios y sea de bendición a su pueblo, es indispensable que el consejero ande en obediencia al Señor.

Según el Antiguo Testamento, Yavé es el supremo Consejero. Él honra el consejo de sus siervos y destruye la sabiduría de los que contra Él se rebelan (Is. 29:14). La ley escrita de Yavé era la norma concreta, fundamental, y final, que los consejeros de Israel tenían que seguir en su misión orientadora. Si no se ceñían a esta revelación escrita, de hecho estaban fallando en su consejo al pueblo (Is. 8:20). No podía ser válida ninguna revelación que no se ajustara a la palabra escrita de Dios.

Ejemplos en el Nuevo Testamento

Sin lugar a dudas, el consejero por excelencia en el Nuevo Testamento es el Señor Jesucristo. No en vano se le llama Consejero en el libro del profeta Isafías (9:6). Entre las grandes cualidades que Él reveló como consejero durante su ministerio terrenal, podemos mencionar las siguientes: su firme propósito de hacer ante todo y por encima de todo la voluntad de su Padre celestial; su apego estricto a las Sagradas Escrituras; su vida de continua comunión con el Padre; su práctica constante de la oración; su carácter transparente; su pureza moral; su plena identificación con los seres humanos; su profundo amor a las gentes; su compasión por los necesitados; su incondicional dedicación al servicio de los demás; su conocimiento amplio y profundo de la naturaleza humana; su indeclinable lealtad a todo lo justo, bueno, y verdadero; su honestidad y paciencia en el trato con los demás; su sinceridad para señalar el mal y promover el bien; su accesibilidad, su apertura a santos y pecadores, a jóvenes y adultos, a sabios y no sabios, a ricos y pobres; su palabra certera que iluminaba a los que pedían luz y dejaba confundidos a los malintencionados que pretendían hacerle caer en error; su incomparable misericordia para los que buscaban refugio en Él. Son célebres las entrevistas de Jesús con Natanael, Nicodemo, la mujer samaritana, Zaqueo, el joven rico, y otras que podríamos citar.

Ciertamente Cristo es el Hijo del Dios viviente, la segunda persona de la Trinidad, el Verbo encarnado; pero hay lugar para una imitación del Cristo que anduvo haciendo bienes aquí en el mundo. Esta imitación es posible para los que hemos nacido de

nuevo en Él. De otra manera no seríamos exhortados a andar como Él anduvo (1 Jn 2:6) y seguir sus pisadas (1 P. 2:21).

Además del ejemplo del Señor Jesucristo, el consejero ideal, tenemos el que nos ofrecen sus discípulos en su actuación como consejeros espirituales. Mucho podría decirse del apóstol Pablo en su calidad de consejero. Las características que en él se revelan son las de un auténtico pastor. Sus consejos a Tito y Timoteo son más que suficientes para escribir muchos libros sobre orientación pastoral. Lo mismo puede decirse de sus epístolas eclesiásticas, en las que abundan ejemplos de la manera en que se debe aconsejar a una congregación. Un estudio cuidadoso, desde el punto de vista del consejo pastoral, de las epístolas del Nuevo Testamento, nos enriquece y nos capacita para el ministerio de ayudar a otros a descubrir la respuesta a sus problemas en el camino de la vida cristiana.

Cualidades del pastor consejero

Todo lo dicho anteriormente en este ensayo sugiere que el pastor debe llenar ciertos requisitos para alcanzar el éxito en su ministerio de orientador o consejero.

Convicciones cristianas del pastor consejero

El pastor cree en Dios, a quien conoce como el Ser personal que existe por sí mismo eternamente, que ha creado los cielos y la tierra, y también a nosotros los humanos. En el ejercicio de su soberanía y providencia, Él sostiene y gobierna toda la creación. Dios es el Señor de la historia y tiene profundo interés por la vida de todas y cada una de sus criaturas. Por tanto, Él no ha guardado silencio; se ha revelado al hombre de distintas maneras, y en forma muy especial por medio de su Hijo Jesucristo.

Queriendo dejarnos una revelación objetiva, concreta, para guiarnos en nuestra fe y conducta en este mundo, el Espíritu de Dios impulsó a algunos de sus santos varones a escribir dicha revelación. Esta se halla consignada en las páginas de la Biblia, el libro que los cristianos evangélicos aceptamos como la Palabra escrita de Dios, y como nuestra autoridad final en todo asunto doctrinal y práctico.

Necesariamente, la cosmovisión del pastor evangélico —su manera de mirar el mundo y la vida en todos sus aspectos— no es abiblica, ni mucho menos antibiblica, sino eminentemente

biblica. Su ética la fundamenta en el carácter de Dios, quien, según el testimonio de las Escrituras, es santo, justo, y bondadoso; y su antropología se basa en lo que la Biblia revela en cuanto al ser humano.

A la luz de las Escrituras, el hombre y la mujer son creación de Dios. Como en el caso de todo lo que Él hizo, ellos fueron creados «buenos en gran manera»; pero por instigación satánica se convirtieron voluntariamente en pecadores. El pecado les afectó profundamente en lo físico, en lo mental, y en lo espiritual, y dejaron a todos sus descendientes una herencia de pecado. De modo que todos hemos nacido estigmatizados por el mal y pecamos porque somos por naturaleza pecadores, lo cual no significa que no seamos responsables ante Dios por nuestros pecados personales.

La antropología bíblica se halla en contraste con el esfuerzo que algunos hacen por explicar los problemas espirituales y morales del ser humano diciendo que se deben sólo a una infancia desdichada, o a una educación deficiente, o a una falta de adaptación social, o a la inmadurez psicológica, o a un mal funcionamiento orgánico, o a un sistema social injusto, en fin a cualquier cosa que no sea en ninguna manera lo que la Biblia llama pecado.

El consejero cristiano no pasa por alto los factores psicológicos, educativos, sicosomáticos, y sociales del problema humano; pero nunca pierde de vista la realidad del pecado en el universo. Al mismo tiempo reconoce que bíblicamente el pecador es redimible y puede vivir para la gloria de Dios y el bien del prójimo en el hogar y en la sociedad, mediante el poder del evangelio.

La ética del pastor evangélico es realista; tiene muy en cuenta el estado pecaminoso del ser humano; pero es también optimista, con base en las promesas salvíficas de Dios. El diseño que Dios tiene para los creyentes en el evangelio es la salvación total; o sea la reintegración de espíritu, alma, y cuerpo a lo que Él quiere que el ser humano (ahora caído en el pecado) llegue a ser: el hombre perfecto en Cristo Jesús (Col. 1:28).

Si el consejero no actúa con base en estas doctrinas bíblicas fundamentales, y en otras que pudieran mencionarse, como el sufrimiento vicario de Cristo y la obra del Espíritu Santo en el cristiano, podrá ser un buen orientador según los cánones de la psicología y la psiquiatría, pero no un consejero bíblico. Esta afirmación no significa, en manera alguna, que estas ciencias y la

Biblia se hallen necesariamente en contradicción, o que no puedan completarse o integrarse con la Biblia para beneficio del individuo y la sociedad.

Conocimientos psicológicos del pastor consejero

Hemos ya aclarado que en el presente estudio no estamos pensando en el orientador profesional, en el especializado en psicología, ni en el psiquiatra, que es un médico debidamente entrenado para tratar enfermedades mentales.

El pastor que carece de tal entrenamiento reconoce sus limitaciones y no pretende entrar en terrenos que le son vedados. Sin embargo, él también trabaja, por así decirlo, con el alma humana, y quierase o no, se ve envuelto en la vida de aquellos que agobiados por un problema personal acuden a él en busca de ayuda. En esta situación, el pastor no puede ni debe evadirse de ofrecer la orientación que se le solicita. Tiene que saber cómo actuar, y para ello le conviene echar mano de sus recursos espirituales —la Biblia, la oración—; pero también necesita algunas nociones de orientación profesional.

Lo ideal es que el pastor haya estudiado siquiera una introducción a la psicología. En los últimos años los institutos bíblicos y seminarios teológicos latinoamericanos han incorporado en su plan de estudios algunas materias sobre psicología pastoral. Hay instituciones que ofrecen por correspondencia, o a distancia, materiales que tratan el tema. Además, el pastor tiene ahora a su alcance libros que ofrecen una ayuda muy valiosa sobre este particular.

El consejero cristiano puede también crecer en el conocimiento de la naturaleza humana, afinando su sentido de observación, escuchando atentamente a las personas que lo rodean, leyendo todo lo que le sea posible sobre la conducta de los seres humanos, y, muy especialmente, practicando la orientación en el nivel pastoral.

No siempre es indispensable ser un psicólogo de profesión para actuar como orientador en lo espiritual y moral. En realidad, el pastor evangélico no tiene por qué acomplejarse ante esta responsabilidad que su vocación le impone. Por el contrario, debe siempre recordar que él dispone de grandes recursos espirituales que muchos de los profesionales de la psicología y la psiquiatría no poseen. A la vez, debe ser humilde y reconocer sus limitaciones.

En todo caso necesitará depender de la sabiduría de Dios para ofrecer la orientación más adecuada.

La personalidad del pastor consejero

Se espera que el pastor sea sociable, que pueda relacionarse con todo tipo de persona, y esté lleno de genuino interés por ayudar a los necesitados, sea en lo espiritual, en lo moral, o en lo material.

El pastor consejero debe tener una personalidad bastante equilibrada, puesto que no podrá ayudar a otros en sus problemas personales si él mismo no se ha mantenido mentalmente alerta, si no ha dominado sus emociones y afrontado con entereza las contrariedades de la vida. Que no haya necesidad de decirle: «Médico, cúrate a ti mismo».

La conducta del pastor debe armonizar con los principios éticos que él enseña. En obediencia al precepto bíblico, debe ejercitarse para la piedad (1 Ti. 4:7), sin caer en la santurronería. Si en el pastor prevalece el espíritu de «yo soy mejor que tú espiritualmente», las personas que encaran serios problemas morales no se acercarán fácilmente a él. Temerán ser rechazadas, o condenadas, o cuando menos incomprendidas.

Los que necesitan consejo sobre alguna decisión importante que tienen que hacer para su propia vida, o los que se ven atrapados en un problema de tipo moral, se sienten cómodos en presencia de un pastor que es sencillamente humano, que sabe identificarse con la alegría y el dolor ajenos, y no está marginado de las realidades de este mundo.

El pastor consejero debe distinguirse por su humildad y sinceridad. Será franco pero no hiriente en sus palabras. No dará la impresión de ser un sabelotodo.

Se caracterizará el pastor consejero por un respeto profundo a todo ser humano. A la persona que le pida consejo deberá aceptarla tal como ella es, sin reproches, sin condenación. Rechazará el pecado, pero no al pecador. Procurará identificarse con la persona en su aflicción, pero al mismo tiempo guardará la distancia a fin de no perder la perspectiva correcta del problema, por haberse dejado llevar muy lejos en sus emociones. Además, no deseará que el aconsejado dependa de él, sino de Dios. Tendrá sumo cuidado en toda relación personal, especialmente cuando se trata de una persona del sexo opuesto.

El pastor consejero no deberá apresurarse a sacar conclusiones;

esperará toda la información posible sobre el caso que tiene entre manos. Sabrá escuchar. Se interesará no sólo por hablar bien en público, sino también por escuchar atentamente en privado. No será descortés con quien le dirija la palabra; no echará a volar su imaginación por regiones lejanas mientras su interlocutor le esté hablando. No se enfriará en lo que él va a decir cuando el otro termine de hablar. Se concentrará en las palabras y actitudes de la persona que tenga enfrente. Escuchar bien es un arte difícil en el que todo consejero cristiano debe ejercitarse.

El pastor consejero no tratará de imponer su consejo, ni pretenderá hacer él mismo la decisión que su aconsejado debe hacer. La orientación pastoral es una relación personal en la que el consejero y el aconsejado procuran plantearse debidamente el problema para buscarle juntos la mejor solución, teniendo en cuenta los principios que enseña la Palabra de Dios. Cualquiera que sea el motivo de la consulta, el pastor insistirá en que el aconsejado haga su propia decisión. El punto de vista del pastor podrá influir en la decisión final, pero ésta vendrá del aconsejado, no del consejero.

El pastor consejero necesita creer en el poder de la oración. Vivirá, por así decirlo, en la atmósfera de la oración. Se preparará por medio de la oración para el día de actividades, y llegado el momento de una entrevista, orará al Señor, con una plegaria interior, secreta, a favor de sí mismo y de la persona que ha acudido a él en busca de consejo.

El pastor consejero inspirará confianza en las personas que aconseja. Les garantizará su absoluto respeto por el secreto profesional. No pasará información confidencial ni aun a su propia esposa, mucho menos a otras personas. Tendrá muy presente que algunas «peticiones de oración» a favor de personas que tienen problemas no son otra cosa que chismografía bajo un manto de falsa piedad. Tampoco usará para ilustrar sus sermones los casos de sus aconsejados.

El pastor consejero tiene que ser sociable y a la vez saber lo que significa estar a solas con Dios. Debe ser piadoso y humano; serio y amable; respetable, pero también accesible y confiable; franco, pero también respetuoso de la dignidad humana; celoso por la ética cristiana, pero no farisaico; severo contra el pecado y compasivo con el pecador; humilde y lleno de autoridad. Debe guiar, pero no empujar; influir, pero no obligar; sugerir, pero no demandar.

Entrevistas del pastor consejero

En este apartado veremos al pastor cumpliendo su ministerio de orientador en una variedad de entrevistas. Estas pueden clasificarse según la naturaleza y el propósito de la consulta. Hay, por ejemplo, entrevistas prematrimoniales y matrimoniales, administrativas y vocacionales. No faltan, por supuesto, las entrevistas en las que el pastor tiene que orientar a personas que están deprimidas, o que tienen dificultad para aceptarse a sí mismas y aceptar a los demás, que se sienten incomprendidas y rechazadas en la iglesia y en el hogar, o que son víctimas de la frustración por no haber podido realizar lo que ellas creen que representa sus más altos ideales. Hay además personas que son esclavas de un mal hábito, o de un vicio que no pueden vencer, o que están a punto de fracasar en su vida familiar.

Otra forma de clasificar las entrevistas de orientación pastoral es según la manera en que éstas se realizan. Hay entrevistas inesperadas, casuales, y entrevistas arregladas con alguna anticipación. Seguiremos aquí esta clasificación.

Entrevistas casuales

Estas son las entrevistas que pueden surgir en cualquier lugar. Algunas personas no solicitan una entrevista formal con el pastor porque no están acostumbradas a hacerlo, o porque no quieren dar la idea de que su asunto es muy serio, o porque ven que el pastor anda siempre atareado, corriendo de un lado a otro. Este es el tipo de persona que aborda al pastor antes o después de una reunión en la iglesia, o en otro lugar. También se da el caso de consultantes que por la naturaleza de su problema sienten que deben hablar sin más dilación con el pastor.

Es posible que la entrevista casual sea más fructífera de lo que el pastor imagina. Unas cuantas palabras expresadas en el amor de Cristo, bajo la dirección del Espíritu Santo, han servido en no pocas ocasiones para ayudar a una persona que pasa por grandes dificultades o que se ve obligada a tomar una decisión trascendental para su vida.

El pastor debe aprovechar al máximo estos encuentros casuales y no subestimar la influencia que él puede ejercer aun en aquellos que le hacen la consulta como de paso, con aparente desgano. Sucede a veces que esta clase de consultante atraviesa por un tiempo muy crítico en su vida, pero todavía procura ocultar el

problema básico, y dan la impresión de que su pregunta no tiene mayor importancia.

Aunque al pastor le sea del todo imposible atender de inmediato al consultante, mostrará gran interés en el asunto o problema que se le está presentando y se pondrá a las órdenes para llevar a cabo una entrevista a corto plazo. El pastor no debiera dejar en sus feligreses la idea de que él está demasiado ocupado como para atenderlos en sus asuntos personales. Su trabajo es precisamente preocuparse por el bienestar de ellos.

El pastor mismo puede provocar una entrevista casual, cuando se da cuenta de que es él quien debe tomar la iniciativa para la relación orientadora, pues de otro modo ésta no dará señales de establecerse. En este procedimiento se necesita mucha cautela, para no crear una actitud defensiva en la persona con quien es necesario dialogar. Más bien lo que el pastor busca es ganar la confianza de la persona, demostrándole que está dispuesto a ayudarla en todo lo que sea posible.

Entrevistas concertadas

Una de las ventajas de las entrevistas arregladas con alguna anticipación es la oportunidad que tanto el consejero como el que busca consejo tienen de prepararse para el diálogo. Estas entrevistas no siempre se llevan a cabo en el estudio del pastor; pueden celebrarse en diversos lugares.

Entrevistas celebradas fuera del estudio del pastor. Uno de los grandes privilegios del pastor es visitar a las familias, después de haberse asegurado de que no habrá inconveniente para que lo reciban a determinada hora. A veces el pastor es invitado por iniciativa de la familia o de uno de sus miembros. El Señor Jesús se complacía en visitar los hogares. Allí, en la quietud e intimidad hogareñas, impartió algunas de sus grandes enseñanzas.

En nuestro ambiente urbano se va perdiendo la costumbre de visitarnos unos a otros y celebrar largas tertulias al calor de la amistad. Los afanes de la vida moderna, la radio, y especialmente la televisión, impiden el cultivo de la conversación aun entre los miembros de la familia misma. Luego nos quejamos de la brecha que se ahonda entre esposo y esposa, y entre padres e hijos. Vale la pena aprovechar la oportunidad de hablar con la gente en sus hogares, leer la Palabra de Dios con el grupo familiar, orar con ellos y por ellos, y ofrecer la orientación que sea necesaria.

Una de las desventajas en cuanto a las entrevistas celebradas en el hogar con uno de los miembros de la familia, o quizá con el esposo y la esposa en conjunto, es la posibilidad de interrupciones. Alguien llama a la puerta, o el teléfono suena, o llora uno de los niños. En fin, la entrevista puede interrumpirse en cualquier momento y la concentración se hace difícil, a menos que la hora sea la más adecuada para los propósitos que se persiguen.

Por ejemplo, es posible reunirse con la pareja de casados cuando los niños ya están en cama y hay menos posibilidad de que lleguen visitantes o que haya llamadas telefónicas. En nuestros grandes centros urbanos no es raro que el pastor tenga que hacer visitas pastorales después de las nueve o diez de la noche, no sólo por los motivos antes apuntados, sino porque ese es el único tiempo en que ambos cónyuges están en casa. El procedimiento seguido para la entrevista en el hogar será básicamente el mismo empleado en la oficina del pastor.

Otra posibilidad es que la entrevista se celebre en otro lugar: la oficina de la persona que necesita orientación, un restaurante, el vestíbulo de un hotel, la cafetería de una universidad, un parque, la estación de autobuses o ferrocarriles, y otros tantos sitios donde el pastor urbano tiene que actuar como consejero espiritual. En estos lugares hay grandes desventajas para la orientación pastoral; pero el pastor puede echar mano de todos sus recursos y aprovechar al máximo la oportunidad que se le ofrece de ejercer allí su ministerio de consejero.

También tiene sus ventajas la entrevista que se lleva a cabo en el ambiente secular, en la escena misma donde los hombres y mujeres libran sus batallas cotidianas. Allí el pastor puede parecer más humano y más accesible que cuando está en la atmósfera sagrada del culto, o en la solemnidad de su estudio pastoral.

Entrevistas en el estudio del pastor

Generalmente, el pastor urbano tiene, o debe tener, un lugar para entrevistarse en privado con las personas que desean hacerle una consulta de carácter personal. El tamaño y el arreglo del estudio o despacho pastoral dependen del nivel económico y social de la congregación. Pero aun en las secciones más pobres de nuestras grandes ciudades, la iglesia necesita una oficina, así sea la más modesta, para su pastor.

No importa cuán pobre sea la congregación y cuán sencillo el

local destinado a dicha oficina, allí debe reinar la limpieza y el orden hasta donde sea posible en un lugar de trabajo como es el estudio del pastor. Cuando menos debe haber sitio para que un visitante pueda sentarse cómodamente y estar seguro de que podrá hablar con entera libertad.

Desde que la persona entra en la oficina el pastor debe consagrarse por completo a ella. Si la entrevista ha sido concertada, se espera que el pastor esté bien preparado para ella. Deberá entrar de inmediato en conversación con su visitante, dejando a un lado cualquier cosa que tenga entre manos, o cualquier idea que esté dominándolo. Si está limpiando el escritorio, o acomodando libros en los estantes, o archivando papeles, cualquier actividad en que se halle empeñado, debe darla por suspendida inmediatamente. Lo más importante en ese momento es la persona que tiene enfrente.

En la conducción de la entrevista, el pastor puede seguir las recomendaciones que ofrecen los expertos en orientación psicológica y los textos de psicología pastoral.

La naturalidad con que actúe el pastor contribuirá mucho a crear un clima de confianza para la entrevista. Si el pastor da evidencias de estar tenso, o preocupado, o ansioso por dar fin a la entrevista lo más pronto posible, será muy difícil «romper el hielo», y el consultante no tendrá libertad para abrir su mente y su corazón y volcar el problema. Un seminarista se atrevió, después de mucha vacilación, a solicitar una entrevista al capellán o consejero de estudiantes. Cuando la secretaria lo hizo pasar a la oficina del capellán, lo primero que el seminarista vio fue un pequeño rótulo colgado de una de las paredes, que pedía al visitante ser breve y preciso en la exposición de su asunto, porque en aquella oficina no había tiempo que perder. El seminarista se sintió desanimado por aquella advertencia y salió de la oficina del consejero sin haberle dado a conocer el problema.

Ya hemos dejado dicho que el pastor debe saber escuchar con suma atención, inteligencia, y simpatía. No pasará por alto los silencios ni los gestos de su entrevistado. Seguirá escuchando, pero sin olvidar que él es responsable de encauzar la conversación. De modo que hará preguntas que ayuden a orientar los pensamientos hacia el asunto básico que debe discutirse, y a evitar innecesarias digresiones. El propósito no es que la persona se cierre al diálogo, sino que se exprese libremente y llegue a detectar

el verdadero problema, o a considerarlo desde otro punto de vista, y tome una decisión por sí misma.

El pastor no debe mostrarse escandalizado por lo que le diga su consultante. Tampoco tiene que aprobar lo que es malo, ni mucho menos aplaudirlo. ¡Cuidado con adelantar fallos condenatorios, o declaraciones de absolución! Es necesario seguir escuchando y preguntando para recabar, de parte del entrevistado, el máximo de información necesaria a fin de guiar a la persona a la solución de su problema. Pero puede haber otra información que el consejero no debe pasar por alto. En el caso de una pareja matrimonial, es preferible entrevistarlos juntos y por separado.

En todo momento, el pastor dará a entender que su principal propósito es ayudar a la persona. No le dará motivos para que ella se sienta rechazada por causa de sus confesiones en la entrevista.

El pastor no pretende imponer sus decisiones, pero no se retraerá de exponer las ventajas y desventajas de una decisión u opción.

El pastor enfoca todo asunto sin perder de vista lo espiritual; pero reconoce que muchos de los problemas tienen una solución práctica. El Señor dijo a Moisés: «¿Por qué clamas a mí? Dí a los hijos de Israel que marchen» (Éx. 14:15). Era tiempo de orar y marchar en el nombre de Yavé. El estudiante que quiere ganar un examen tiene que estudiar, y el que desee recibir salario debe trabajar.

La entrevista no ha de prolongarse demasiado. Si todavía no hay señales de que el aconsejado esté llegando a una solución de su problema, o a una respuesta para su pregunta, el pastor puede sugerir otra entrevista. Pero el número de entrevistas puede tener un límite. Ya hemos dicho que el pastor reconocerá sus limitaciones, y estará muy dispuesto a solicitar ayuda para aquellos casos que le resulten demasiado difíciles. A la persona que necesite una orientación más profunda le sugerirá que acuda a un profesional para recibir asistencia especializada. Pero al hacer esta sugerencia, el pastor no está abandonando por completo el caso. Seguirá mostrando interés por la persona y orando por ella.

Lo ideal es contar con la ayuda de un profesional que no sólo sea cristiano, sino que también se haya propuesto integrar sus conocimientos psicológicos o psiquiátricos con los principios que enseña la Palabra de Dios.

En nuestras ciudades necesitamos más clínicas cristianas de orientación psicológica y de tratamiento psiquiátrico.

De la misma manera que los cristianos no estamos libres de las enfermedades somáticas, tampoco lo estamos de las mentales. Corresponde al pastor estar siempre alerta a esta realidad.

El pastor no pretende imponer sus decisiones, pero no se permite de espaldas las verdades y decisiones de una decisión u otra.

El pastor debe ser un pastor de todo el mundo, pero reconoce que muchos de los problemas tienen una solución práctica. El Señor dijo a Moisés: "Porque yo te llamo a mí, Dios de Israel que me he elegido a ti. Por tanto, no temas. Yo estoy contigo y te protegeré. Yo soy tu Dios y te ayudaré. Yo soy tu Dios y te protegeré."

El pastor debe ser un pastor de todo el mundo, pero reconoce que muchos de los problemas tienen una solución práctica. El Señor dijo a Moisés: "Porque yo te llamo a mí, Dios de Israel que me he elegido a ti. Por tanto, no temas. Yo estoy contigo y te protegeré. Yo soy tu Dios y te ayudaré. Yo soy tu Dios y te protegeré."

El pastor debe ser un pastor de todo el mundo, pero reconoce que muchos de los problemas tienen una solución práctica. El Señor dijo a Moisés: "Porque yo te llamo a mí, Dios de Israel que me he elegido a ti. Por tanto, no temas. Yo estoy contigo y te protegeré. Yo soy tu Dios y te ayudaré. Yo soy tu Dios y te protegeré."

El pastor debe ser un pastor de todo el mundo, pero reconoce que muchos de los problemas tienen una solución práctica. El Señor dijo a Moisés: "Porque yo te llamo a mí, Dios de Israel que me he elegido a ti. Por tanto, no temas. Yo estoy contigo y te protegeré. Yo soy tu Dios y te ayudaré. Yo soy tu Dios y te protegeré."

El pastor debe ser un pastor de todo el mundo, pero reconoce que muchos de los problemas tienen una solución práctica. El Señor dijo a Moisés: "Porque yo te llamo a mí, Dios de Israel que me he elegido a ti. Por tanto, no temas. Yo estoy contigo y te protegeré. Yo soy tu Dios y te ayudaré. Yo soy tu Dios y te protegeré."

El pastor debe ser un pastor de todo el mundo, pero reconoce que muchos de los problemas tienen una solución práctica. El Señor dijo a Moisés: "Porque yo te llamo a mí, Dios de Israel que me he elegido a ti. Por tanto, no temas. Yo estoy contigo y te protegeré. Yo soy tu Dios y te ayudaré. Yo soy tu Dios y te protegeré."

8

El pastor como administrador

Introducción

UN APRECIABLE COLEGA latinoamericano decía en son de broma que él es predicador y maestro por vocación y administrador por equivocación. Algunos de nosotros rehuimos las tareas administrativas, no porque menospreciemos la administración sino porque no creemos estar dotados ni entrenados para dichas tareas. Pero en cuanto al pastor de la iglesia local la administración no es una opción sino un imperativo. De una manera u otra el pastor tiene que ser un administrador. Esta es una de las facetas ineludibles de su ministerio.

Necesidad e importancia de la administración

La Biblia abunda en enseñanzas y ejemplos de tipo administrativo.

Desde el principio de la historia humana el Creador asignó a Adán y Eva la tarea de ser sus administradores o mayordomos en la Tierra (Gn. 1:28). José, el hijo de Jacob, fue un excelente administrador en la corte egipcia, porque la mano del Señor estaba con él. En Moisés se combinan las capacidades de un caudillo y de un buen administrador, en los momentos dramáticos de la liberación de Israel del yugo egipcio y en el largo y penoso peregrinaje hacia Canaán. Josué, Nehemías, David, Salomón, y otros eminentes siervos de Dios en días del Antiguo Testamento, se destacaron también por su extraordinaria capacidad administrativa al servicio del pueblo de Dios. Daniel fue un gran

estadista en el imperio babilónico como resultado de la sabiduría especial que recibió del Señor.

El Nuevo Testamento enseña que una de las funciones principales del siervo de Dios es ser un administrador. En 1 Corintios 4:2 leemos: «Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel». En el idioma original de este versículo, la palabra traducida al español por «administradores» es *oikónomois*, que también se usa en el versículo 1 y significa literalmente el que gobierna o administra la casa, el mayordomo. En aquellos tiempos el mayordomo o administrador estaba a cargo de velar por la seguridad y el aumento de las posesiones del amo, y en cierto modo por el bienestar de los miembros de la familia y de los esclavos del señor de la casa. El mayordomo administraba bienes que no eran suyos y ejercía una autoridad que no emanaba de sí mismo, sino que le era delegada por su amo. Todos los creyentes en Cristo somos llamados a ser «buenos administradores» (*kaloí oikónómōi*) de la multiforme gracia de Dios (1 P. 4:10); pero el pastor tiene que serlo de manera especial en la grey del Señor.

En la lista de dones espirituales, en 1 Corintios 12:28, 29, el apóstol menciona «los que administran». En este caso la palabra griega es *kubernéseis*, que significa dirigir, gobernar. El *kubernéte* es el piloto, el que lleva el timón de la nave (Hch. 27:11; Ap. 18:17). También se refiere el Nuevo Testamento a «los que presiden» (*proistámenos*), es decir los funcionarios o administradores de la iglesia local (Ro. 12:8; 1 Ts. 5:12; cp. 1 Ti. 3:4).

Estos pasajes bíblicos, y otros muchos que podrían citarse, indican que el siervo de Dios tiene que ser un fiel administrador, y que la buena marcha de la iglesia local depende de una administración adecuada. Además, el conocimiento administrativo ha ido en aumento durante las últimas décadas. Los hermanos evangélicos que han estudiado o están estudiando la ciencia de la administración detectan fácilmente nuestros errores, pero también pueden ayudarnos a corregirlos. Un apreciable hermano en Cristo nos decía que en su opinión los pastores debieran tener más conocimiento en el campo de la administración.

Se sobreentiende que el mero conocimiento de las mejores técnicas administrativas y su diligente aplicación al ministerio de la iglesia local no son la respuesta a todos los problemas, pero sí

pueden ayudarnos en gran manera para un servicio más efectivo en la congregación local y fuera de ella. El pastor sabio se aprovechará de las nuevas técnicas administrativas, sin perder de vista su necesidad de seguir dependiendo de la palabra escrita de Dios y del ministerio del Espíritu Santo. Al fin y al cabo el pastor es mucho más que el ejecutivo de una empresa de servicio social y religioso llamada «iglesia». Pero le conviene conocer mejor la ciencia de la administración para beneficio de su propio ministerio. No debemos caer en el error de pensar que todo lo que necesitamos para ser buenos administradores es adoptar una actitud de autosuficiencia espiritual y seguir usando ciegamente los mismos métodos que aprendimos de nuestros predecesores, sin darnos cuenta del mundo cambiante en que vivimos.

En esta obra es sólo posible señalar algunos principios administrativos y su debida aplicación, con base en las Escrituras, a las iglesias evangélicas en el contexto social y cultural hispano.

La naturaleza de la administración

Definición. La administración es un proceso que incluye varios elementos para el éxito de una empresa; tiene que ver con el ejercicio del liderazgo en un grupo social y busca alcanzar una meta definida mediante esfuerzo mancomunado del líder y los integrantes del grupo. Kenneth O. Gangel ofrece una definición que para él es una de las mejores y la más sencilla de lo que significa la administración: «conseguir que las cosas sean hechas por determinadas personas». También podría decirse que administrar es planificar y orientar el trabajo del grupo en tal forma que se alcance la meta deseada.

Elementos de la administración. Entre los varios elementos señalados por los expertos en administración, pueden mencionarse en el presente trabajo a lo menos los siguientes: planificación, motivación, organización, dirección, supervisión, y evaluación.

Planificación. Como el vocablo lo indica, la planificación consiste en hacer planes, o dicho de otra manera, señalar el camino que el grupo debe seguir en sus actividades. La planificación muestra el punto de partida y el punto de llegada; tiene en cuenta los recursos disponibles, o posibles, y busca la mejor estrategia para el alcance o consecución de sus fines. Aquel hombre que, según la parábola del Señor Jesús, echó el cimiento

de una torre y no pudo acabarla, no se había sentado a calcular los gastos y ver los recursos de que disponía para realizar el proyecto (Lc. 14:25-30).

En nuestro lenguaje familiar hablamos de «hacer planes en el aire», para indicar la falta de realismo en la planificación. No somos realistas cuando nos alejamos de la realidad y carecemos, por tanto, de los datos necesarios para la planificación eficaz. Ante todo, tenemos que escoger la necesidad que vamos a procurar atender, o el problema que intentaremos resolver. Habiendo tantas necesidades en nuestro derredor nos conviene establecer un orden de prioridades para nuestra acción inmediata y mediata. No basta con predicar que la iglesia debe ser activa, o que todos los hermanos y hermanas deben trabajar para el Señor. Debemos señalarles específicamente en qué deben trabajar.

Es claro que nuestro concepto de la misión de la iglesia determina fundamentalmente la selección de nuestros proyectos de trabajo. Todo grupo social tiene su propia manera de contemplar la vida y de orientar sus actividades. La iglesia no carece de instrucción bíblica tocante a lo que debe ser y hacer en el mundo. La enseñanza de las Escrituras es su norte y guía para su acción misionera. Por tanto, sus energías y sus recursos deben ser empleados en el cumplimiento de la misión que le ha sido encomendada. Pero aun dentro de esa misión hay necesidades primarias y secundarias. Por ejemplo, ¿es más urgente invertir varios centenares de Quetzales en la compra de aparatos electrónicos para la música especial en la congregación, o utilizar ese dinero en la construcción de nuevas aulas para la escuela dominical?

¿Es más urgente levantar un lujoso templo en medio de un pueblo caracterizado por su profunda pobreza, o acelerar el proceso de la evangelización invirtiendo fondos en el uso de los medios modernos de comunicación y, más que todo, en el sostenimiento de personas dotadas y llamadas por el Señor para la obra misionera?

Una vez que se ha establecido cuál es la necesidad que el grupo se empeñará en atender, el próximo paso es recabar toda la información posible con respecto a esa necesidad. Usted y su iglesia pueden haber llegado a la convicción de que por sobre todas las cosas es imperativo llevar a cabo un extraordinario esfuerzo de evangelización en su comunidad durante un tiempo

predeterminado. Innegablemente esta es una necesidad que debe atenderse con urgencia en cumplimiento de la misión de la Iglesia. Pero, ¿cuántas personas viven en la comunidad?, ¿cuántos barrios, o colonias?, ¿cuántas iglesias evangélicas?, ¿dónde están situadas esas iglesias?, ¿cuáles son las secciones más populosas del pueblo, o ciudad?, ¿cuál es, generalmente hablando, la composición social de la gente?, ¿cuál es su nivel educativo? ¿sabe leer la mayoría de los habitantes? Si se trata de un pueblo en el interior de la república, ¿cuál es el idioma dominante?, ¿por cuántos años se ha predicado allí el evangelio?, ¿practican fielmente la religión católicorromana la mayoría de los habitantes?

La planificación incluye también una evaluación de lo que se ha hecho para llenar la necesidad que el grupo desea atender. En cuanto al ejemplo citado arriba valdrá la pena preguntar hasta qué punto tuvieron buen éxito los esfuerzos de evangelización en el pasado; cuáles fueron las fallas, cuáles los resultados positivos y permanentes, y cuál el método principal que se usó para comunicar el evangelio.

El hecho de establecer metas específicas y realistas es parte importantísima de la planificación. Es indispensable que el grupo sepa hacia dónde va, qué es lo que intenta alcanzar. Cuando se carece de metas, la congregación puede seguir moviéndose en forma rutinaria, sin llegar a ninguna parte, como la ardilla que corre incansablemente dentro de su jaula giratoria.

Las metas tienen que ser realistas, alcanzables. Esta observación de ninguna manera niega la bendición de «esperar grandes cosas de Dios y emprender grandes cosas para Dios». Pero podemos ser víctimas de un idealismo infructuoso. Por ejemplo, no sería realista fijar como meta el entrenamiento de cincuenta maestros para la escuela dominical en el término de tres meses, en una iglesia que sólo tiene sesenta miembros.

Las metas pueden fijarse a corto y largo plazo. Vale la pena hacer un plan maestro para los edificios de la iglesia, y al mismo tiempo planificar las diferentes etapas de la construcción. Sería también provechoso tener una idea general del crecimiento que se espera alcanzar, en los próximos cinco años, en el número de asistentes a la escuela dominical, y hacer planes para dar los primeros pasos hacia esa meta. En este caso, el grupo se fijaría una meta para un tiempo predeterminado en función de la que se ha establecido para el año 2000. En las ciudades grandes, el

sitio y los planos de construcción de una iglesia deben escogerse teniendo en cuenta la rápida evolución social de las urbes modernas. Todos sabemos que las zonas de vivienda se están desplazando más y más lejos del centro de la ciudad. El número de evangélicos que poseen automóvil va en aumento; pero no todas las iglesias urbanas están pensando seriamente en el problema de estacionamiento para estos vehículos. Volviendo nuestros ojos a los pueblos del interior de la república nos damos cuenta del serio problema que enfrenta allí la iglesia evangélica por la tendencia de las nuevas generaciones a emigrar hacia la capital o a otras ciudades grandes. El administrador alerta no pierde de vista estos y otros detalles.

La planificación considera también los recursos disponibles, o potencialmente disponibles, en lo que respecta a personal, talentos y dones, locales o edificios, y finanzas. Por supuesto, una iglesia que no está al día con su lista de miembros y con la información financiera no puede planificar eficazmente. Es indispensable elaborar un presupuesto, un proyecto de ingresos y gastos para un período determinado. Por muy espirituales que seamos siempre necesitaremos dinero para las actividades de la iglesia. Tenemos que planificar cómo conseguirlo y cómo gastarlo. Aun entre los discípulos del Señor Jesucristo había cierta organización financiera para suplir las necesidades del grupo y ayudar a los pobres. Judas era «el de la bolsa». Pablo el apóstol dedicó dos largos capítulos de su Segunda Epístola a los Corintios al tema de las ofrendas. En cuanto al personal es necesario planificar el reclutamiento y entrenamiento de nuevos líderes.

Otro aspecto de vital importancia en la planificación es el de la estrategia que el grupo seguirá para alcanzar la meta deseada. Aunque la meta sea loable y los recursos para llegar a ella suficientes, por causa de una estrategia inadecuada el grupo puede fracasar en sus esfuerzos. Por estrategia se entiende la manera de alcanzar la meta propuesta.

La planificación debe hacerse con suficiente anticipación. La iglesia debe tener un calendario de actividades especiales para todo el año, y si fuere posible un plan de desarrollo para los próximos cinco años. Se sobreentiende que la flexibilidad es una característica de la planificación eficaz. Los latinoamericanos somos grandes improvisadores; pero también hemos tenido grandes fracasos por nuestra tendencia a dejar las cosas para última

hora. No es cierto que todo lo que se improvisa sale mejor que lo que ha sido bien planificado. Lo ideal es que sin cerrar la puerta a la posible inspiración del momento, planifiquemos a conciencia nuestras actividades. Una planificación esmerada nos da base para esperar el éxito en nuestra empresa.

Motivación. Una cosa es hacer planes y otra, muy distinta, realizarlos. La realización depende de la colaboración de los miembros del grupo. No es raro que un pastor pregunte cómo hacer que los miembros de su iglesia se conviertan de espectadores en actores, es decir en colaboradores. La respuesta a esta pregunta nos lleva a lo que los expertos en asuntos administrativos llaman motivación, la cual significa el estímulo que se da a la gente para que participe en determinada actividad.

Para ser un motivador eficaz el líder debe conocer a los miembros del grupo. Solamente así llegará a descubrir lo que más les interesa, lo que les impulsa a actuar, y podrá guiarlos a fin de que conformándose a la voluntad divina hagan de la obra del Señor la meta suprema de su vida.

En la iglesia local los miembros deben ser motivados, en primer lugar, por medio de la enseñanza sistemática y práctica de la Palabra de Dios. La información amplia, detallada, y constante es también necesaria para que los miembros de la congregación sean estimulados a actuar. Ellos deben conocer la necesidad, los planes que se ha hecho para remediarla o llenarla, y la participación específica que se espera de todos los miembros de la iglesia. Muchas personas colaboran cuando ven que se las toma en cuenta, y que se las necesita. La información debe darse también, hasta donde sea posible, a nivel personal. Hay quienes no se interesan en las actividades de la iglesia a menos que se les hable directamente, como a individuos. La relación interpersonal es uno de los grandes medios para la motivación. Sucede con frecuencia que una persona puede ser más influida por uno de los miembros de la congregación que por los anuncios y las exhortaciones del pastor desde el púlpito.

También son motivadas las personas cuando se les permite alguna participación en las actividades de la congregación. Decir a toda la iglesia que asista, ore, y ofrende no es suficiente. Los líderes tienen que sugerir actividades específicas para los miembros del grupo. En algunas iglesias se circulan cuestionarios para preguntar a los miembros en cuanto a su experiencia y preferencias en el

servicio cristiano. De esta manera es más fácil motivarlos proponiéndoles que participen según a sus capacidades, su talento, y los dones que han recibido del Señor. Indudablemente hay muchos talentos ocultos en nuestras iglesias locales.

El ejemplo de los líderes es uno de los más grandes incentivos para el grupo. Josué se sintió motivado a servir a Yahvé viendo el ejemplo de Moisés. Eliseo quiso seguir los pasos de su maestro Elías. La metodología del Señor Jesús en el entrenamiento de sus discípulos se caracterizaba especialmente por el hermoso ejemplo que Él les dio: ejemplo de una conducta rectilínea, de sujeción incondicional al Padre celestial, de absoluta dedicación a la tarea que se le había asignado. Los enseñó a orar, orando; a sufrir, sufriendo. El líder es el que va adelante, marcando con su ejemplo el camino que el grupo debe seguir.

La motivación tiene que incluir la oferta de ayuda a las personas que sinceramente no se atreven a ofrecer sus servicios porque carecen de entrenamiento para las tareas de la iglesia. Los líderes tienen la responsabilidad de proveer oportunidades de entrenamiento a los miembros que ya están desempeñando funciones y para los que desean integrarse al número de personas activas en la congregación. Algo anda mal en la iglesia local cuando no están surgiendo nuevos líderes para los ministerios de enseñar, predicar, aconsejar, administrar, y servir en cualquier otra capacidad. En algunas iglesias y a través de muchos años son electas al liderato las mismas personas. ¿No se debe esta situación a que la iglesia local no está produciendo líderes?

Finalmente debemos decir, en cuanto a la motivación, que las personas son estimuladas a seguir sirviendo cuando sus esfuerzos son reconocidos, y quizá premiados de una manera tangible, por el grupo y sus líderes.

Organización. Organización es ponerlo todo en orden para realizar el propósito establecido en la planificación. La palabra *organizar* nos hace pensar en un organismo en el que todos los órganos y miembros se hallan íntimamente relacionados entre sí, funcionando al unísono para el bien común. La organización es orden (cosmos); la desorganización es caos, desorden. El buen administrador es una persona bien organizada en su manera de pensar y actuar, y procura que haya orden en el trabajo que tiene bajo su responsabilidad.

Actualmente están muy de moda los organigramas, o sea los

diagramas que muestran cómo está organizada una empresa. Toda iglesia, especialmente las que ya funcionan con varios departamentos, deben tener su organigrama para indicar las líneas de autoridad y las relaciones y atribuciones de los distintos líderes en la congregación. Especial cuidado merece en la organización la detallada descripción de cada puesto para el mejor desempeño del trabajo, para evitar duplicaciones y mal entendidos, y deducir responsabilidades a los negligentes.

En el libro de los Hechos, capítulo 6, donde se habla de los que comúnmente llamamos «los primeros diáconos», hay un buen ejemplo de lo que significa organizar para ofrecer un mejor servicio al pueblo de Dios.

Dirección. La estructura que hemos planificado y organizado necesita dirección. Un automóvil puede haber sido construido con todos los adelantos de la técnica moderna, pero alguien tiene que conducirlo para que funcione debidamente. En la iglesia local la mejor organización puede fallar si carece de una dirección acertada. Según el Nuevo Testamento, la iglesia local debe tener líderes, personas que gobiernen y administren en el Espíritu y para la gloria del Señor (Hch. 14:23; Tito 1:5-11).

Hay mucha discusión sobre si el tipo más apropiado de gobierno eclesiástico es el episcopal, el presbiteriano, o el congregacional. Lo cierto es que alguien tiene que asumir la responsabilidad ejecutiva para la buena marcha de la congregación. Y cualquiera que sea el tipo de gobierno en la iglesia local los encargados de dirigirla deben estar atentos a que el proceso administrativo se encamine hacia la meta establecida. Cuando la iglesia local tiene un solo pastor, generalmente se espera que él sea un auténtico líder cristiano.

El verdadero líder posee la capacidad de actuar dentro de las normas del grupo y al mismo tiempo puede promover los cambios necesarios en la administración de la iglesia local. En este sentido es un conservador de los valores bíblicos del grupo y a la vez un innovador en el plano administrativo.

El verdadero líder puede ejercer autoridad y también delegarla. Mantiene abiertas las líneas de comunicación, sin perder el respeto de aquellos con quienes trabaja. Dirige sin hacer que las personas se sientan oprimidas por él. Sabe comunicar en tal forma sus ideas que los miembros del grupo las aceptan como si ellos mismos las hubiesen originado. No es extraño que crean que el

líder está expresando lo que ellos han pensado pero que no han podido expresar.

En los momentos que demandan grandes decisiones se pone a prueba de manera especial la capacidad del líder. Hay entonces la posibilidad de retraerse o atreverse. El líder auténtico no se escabulle de la situación conflictiva. Es precisamente en tiempos difíciles cuando se acentúa la personalidad del líder ante el grupo que él dirige.

En el capítulo 6 de los Hechos vemos que los apóstoles no guardaron silencio ante el problema que había surgido en la congregación; no permitieron que la armonía de la iglesia se perdiese. Convocaron a todos los discípulos, les hicieron una propuesta que fue aceptada, y se solucionó el problema. Un resultado fue que el Señor multiplicó sus bendiciones sobre la iglesia. Tal es el liderazgo que necesitamos en nuestras congregaciones.

Supervisión. Se ha definido la supervisión como la tarea de dirigir las actividades de otras personas con el fin de alcanzar las metas del grupo u organización. La supervisión puede ser considerada como parte de la dirección, pero hay diferencia entre ambas. Planificar cuidadosamente las actividades que van a desarrollarse no es suficiente para alcanzar la meta; tampoco lo es la esmerada organización del trabajo, ni la acertada dirección del líder o de los líderes en la iglesia local. Los que dirigen pueden sin ambigüedades señalar la meta, presentar claramente la estrategia que debe seguirse, y describir con detalles las atribuciones de los que tienen un cargo oficial. Pero todo esto no garantiza que el trabajo se realizará debidamente. El administrador fiel y capaz está alerta a posibles fallas en el sistema; no descuida la supervisión, que es mucho más que vigilar; incluye la idea de orientar o dirigir.

Es interesante notar que en el Nuevo Testamento a los pastores se les llama «obispos», y que este término significa también velar por el bienestar del rebaño (Hch. 20:28-31; 1 P. 5:2, 3). Inevitablemente, los pastores tienen que supervisar, o sea revisar, el trabajo de la iglesia local. Según el *Diccionario de la Real Academia Española*, supervisar es «ejercer la inspección superior en determinados casos».

Evaluación. Sin evaluación no hay progreso. Los que se olvidan de evaluarse, o temen hacerlo, se estancan, o retroceden. La

evaluación nos ayuda a ver nuestros aciertos y desaciertos. Tenemos que ser implacables con nosotros mismos al evaluar nuestro ministerio y el de nuestra iglesia. La evaluación debe servirnos no para excusarnos, sino para acusarnos, si esto es necesario. Al mismo tiempo nos conviene mirar también lo positivo y dar gracias al Señor y a nuestros hermanos y hermanas por los triunfos alcanzados.

Si ha habido verdadero celo en la administración de la iglesia no todo será negativo. No es posible que fracase la iglesia que se somete con humildad y fe a los principios enseñados en la Palabra de Dios. Muchos de estos principios son de carácter administrativo.

Si la evaluación sugiere cambios metodológicos, estos deben hacerse; no importa cuán queridos y respetados sean ciertos métodos tradicionales por la comunidad evangélica.

Si la evaluación debe hacerse lo más pronto posible, es al cerrarse un período determinado de actividades, o al completarse un proyecto especial.

9 El pastor y la autoridad espiritual

Introducción

A MUCHOS DE NOSOTROS, cristianos evangélicos, nos atrae ejercer autoridad, pero no a todos nos complace someternos a ella. Diótrefes quería tener el primer lugar en la iglesia y se oponía a la autoridad apostólica (3 Juan). Esta es una actitud muy humana. Desde que nuestros primeros padres desobedecieron al Creador en el Edén, el ser humano ha tenido por naturaleza la tendencia a vivir en completa autonomía con respecto a Dios y la sociedad. Somos rebeldes por herencia y por decisión personal. Que nos hayamos convertido a Cristo y que Él nos haya llamado al ministerio evangélico no significa que estemos siempre dispuestos en lo más íntimo de nuestro ser a someternos a una voluntad que no sea la nuestra. Esto es cierto aun en el caso de la voluntad de Dios, la cual hemos querido rechazar en no pocas ocasiones. ¡Cuánto más lo hemos hecho tratándose de la autoridad de nuestros hermanos en el plano ministerial!

Nuestra situación, como ministros evangélicos, es bastante compleja, porque tenemos que estar bajo autoridad y al mismo tiempo ejercerla en el cumplimiento de nuestra vocación. De esta doble relación del siervo de Dios con la autoridad espiritual trata la presente ponencia.

El siervo de Dios y su autoridad espiritual

El carácter de la autoridad del siervo de Dios. Salta a la vista que esta es una autoridad delegada por el Señor; no le es inherente al

portavoz del evangelio. Solamente el Ser divino tiene autoridad de sí mismo, en sí mismo, y por sí mismo. Su autoridad es absoluta, no relativa.

Jesús de Nazaret escogió a doce de sus discípulos para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar. Este fue un acto de elección soberana, según la multiforme sabiduría del Señor. Y a los que escogió y entrenó también les dio autoridad para el cumplimiento de su ministerio (Mr. 3:13-19). Antes de ascender al cielo, el Señor resucitado dijo a sus discípulos que toda autoridad había sido dada a Él en el cielo y en la tierra. Con esta autoridad les comisionó para que hiciesen discípulos de todas las naciones (Mt. 28:16-20).

Cuando a Pedro y Juan les preguntaron con qué autoridad hablaban al pueblo contestaron que lo hacían en el nombre de Jesús de Nazaret (Hch. 4:5-12). Además de ser delegada, la autoridad del siervo de Dios se fundamenta en la persona y obra de Jesucristo el Señor. Era en el nombre de Jesús que los apóstoles actuaban. «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy, en el nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda», le dijo Pedro al hombre cojo que estaba a la puerta del templo en Jerusalén (Hech. 3:6). Invocar el nombre de Jesús no es un acto de magia sino de fe en aquel que tiene toda autoridad en el cielo y en la tierra.

La autoridad del siervo de Dios se fundamenta también en las Escrituras. Cristo mismo las usó para derrotar al enemigo en el desierto de la tentación (Mt. 4:1-11), y se basó en ellas para responder a las preguntas capciosas de los líderes religiosos y demostrar que Él era el Hijo de Dios, el Mesías prometido al pueblo de Israel. La palabra escrita de Dios es «viva, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (He. 4:12). «¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebrantada la piedra?» (Jer. 23:29).

El apóstol Pablo aconseja a su discípulo Timoteo que predique la Palabra por causa de los tiempos peligrosos que están por venir (2 Ti. 4:1-8). El antídoto para la falsa enseñanza y la conducta inmoral es la revelación escrita de Dios. Fue la autoridad de la Palabra divinamente inspirada la que se manifestó en la predicación de tiempos apostólicos. En la sociedad moderna, llena de perplejidad, incertidumbre, y confusión, es indispensable que

las gentes sientan la autoridad de las Escrituras en nuestra predicación. Se dice que los tesalonicenses recibieron el evangelio de Pablo no como palabra de hombres, sino según era en verdad, la palabra de Dios (1 Ts. 2:13). Así deben recibirlo nuestros contemporáneos.

La autoridad del siervo de Dios viene también del Espíritu Santo. El apóstol Pablo dice: «y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder» (1 Cor. 2:4); «pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre...» (1 Tes. 1:5). El apóstol Pablo mostró autoridad no basándose en su propio poder sino en el del Espíritu.

Resumiendo, podemos decir que la autoridad del siervo de Dios es delegada por el Señor; no se basa en méritos humanos sino en la gracia de Dios; no depende de recursos humanos (talento, personalidad, educación, posición social, experiencia) sino del Señor. Esta autoridad se fundamenta en Jesucristo (la Palabra encarnada), en la Biblia (la Palabra escrita), y en el ministerio del Espíritu Santo. El ministro evangélico puede mostrar la autoridad que viene de Dios, actuando en el nombre del Señor Jesús, anunciando la revelación escrita, y sometándose a la voluntad del Espíritu.

El ejercicio de la autoridad del siervo de Dios. Si la autoridad procede del Señor, nosotros no somos más que representantes de ella, y debemos ejercerla con temor y temblor, en espíritu de humildad y amor, y de sujeción a la voluntad divina. Actuar con la autoridad que viene del Señor no es lo mismo que ser autoritario o despótico. Dice el apóstol Pedro: «Apacientad la grey de Dios que está entre vosotros ... no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey» (1 P. 5:2, 3).

El Señor Jesucristo dio amplias demostraciones de su autoridad divina, pero también fue compasivo ante el dolor de las gentes y pudo decir: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt. 11:29). Siempre que le fue necesario, Pablo hizo sentir el peso de su autoridad apostólica, pero, él era también capaz de ser tierno como la nodriza que cuida sus propios hijos; y como su Maestro, derramó lágrimas por la dureza de aquellos que menospreciaban el evangelio.

El ministro evangélico tiene autoridad espiritual y debe mostrarla en el espíritu auténticamente cristiano, para la gloria del Señor y el bien de su pueblo. Al mismo tiempo ha de recordar que como siervo de Dios él también se halla bajo autoridad.

El siervo de Dios y su sujeción a la autoridad espiritual

Un centurión llegó a Jesús para interceder por su criado que estaba enfermo. Pero cuando el Señor le dijo: «Yo iré y le sanaré», el centurión se apresuró a responderle: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente dí la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace» (Mt. 8:5-9). «Porque también yo soy hombre bajo autoridad». La versión *Dios habla hoy* traduce: «Porque yo mismo estoy bajo órdenes superiores». En cierto modo podemos hacer nuestras las palabras del centurión. Nosotros también, predicadores del evangelio, estamos bajo autoridad, o bajo órdenes superiores.

La autoridad del Señor. No hay discusión en cuanto a nuestro privilegio y deber de someternos a la voluntad del Señor, quien es el soberano de toda la creación y Cabeza de la Iglesia. Sabemos y aceptamos que no hemos sido llamados a ser autónomos — sujetos solamente a nuestra propia ley—, sino teónomos, sujetos a la ley de Cristo el Señor. Él tiene pleno derecho sobre nosotros por ser nuestro Creador y Redentor, y porque respondimos afirmativamente a la llamada que un día El nos hizo para que nos dedicáramos al ministerio del Evangelio. Y si le llamamos Señor tenemos que hacer lo que El nos ordene por medio de su Palabra y de su Espíritu.

La autoridad de la iglesia local. Revela el Nuevo Testamento que el plan del Señor para sus iglesias locales incluye la ordenación de ancianos o presbíteros que tienen a su cargo el cuidado y gobierno de la grey.

Un estudio desapasionado de la eclesiología neotestamentaria puede indicarnos que en las iglesias del primer siglo había lo que hoy llamamos pluralidad de ancianos o pastores. Estos presbíteros se sujetaban los unos a los otros en el gobierno de la iglesia local. Lo que se halla fuera de discusión es que en las iglesias del tiempo apostólico no se fomentaba la autocracia, o sea el gobierno por un solo hombre que se arrogara todos los poderes en la

congregación. Los dictadores como Diótrefes reciben la condena apostólica. Tampoco se toleraba la oligarquía, el gobierno de unos pocos que se enseñorearan sobre la grey del Señor, quien le había dicho a sus discípulos: «Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros ...» (Mr. 10:42, 43). Haciéndose eco de las palabras de su Maestro, el apóstol Pedro escribe las palabras que ya hemos citado: «no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey» (1 P. 5:3).

No es posible decir que las iglesias apostólicas eran una democracia, en el sentido moderno de este término; es decir, que el poder para gobernar reside fundamentalmente en el pueblo. Los cristianos primitivos no creían que en ellos, el pueblo de Dios, residiera la autoridad final. Esta se hallaba en Cristo, la Cabeza de la Iglesia. Pero tampoco decían los líderes que los miembros de la congregación tuvieran solamente el privilegio de orar, obedecer y ofrendar. A lo menos al principio de las iglesias los apóstoles, o sus delegados, ejercían su autoridad para el establecimiento de los líderes o pastores locales, pero no lo hacían a distancia, sin oír a las congregaciones. El cuadro presentado en Hechos 6:1-7 es el de una congregación que los líderes tienen en cuenta para tratar asuntos que atañen al grupo eclesiástico. (Véase también Tito 1:5).

Ciertamente los cristianos son exhortados en el Nuevo Testamento a obedecer a sus pastores, pero éstos tienen la seria responsabilidad de ser auténticos siervos de Dios y de su pueblo redimido. Esto implica la sujeción de los líderes a los principios establecidos por el Señor para el gobierno de la grey. Los pastores no son autónomos; tienen que sujetarse a Cristo, Cabeza de la Iglesia, y practicar la sujeción mutua con sus hermanos en la fe (1 P. 5:5; Ef. 5:21).

En la actualidad, aun en el caso de las iglesias que tienen un solo pastor, se sabe que éste no posee un poder absoluto sobre la congregación. Por encima del pastor se halla la autoridad de la revelación escrita, la autoridad del Espíritu Santo, y la autoridad de los estatutos aprobados por la iglesia. En tales circunstancias el pastor es como un ejecutivo que actúa en sujeción al Señor, dentro del marco estatutario de la congregación.

La relación específica del pastor con el cuerpo de ancianos o

junta directiva de la iglesia puede ser determinada, hasta cierto punto, por los estatutos; pero en la práctica mucho depende la personalidad del pastor, del carácter del cuerpo directivo, y de la aceptación que el pastor tenga entre los miembros de la iglesia. Generalmente se espera que el pastor presida la directiva y que ésta ejerza su autoridad respetando la que el pastor ha recibido de parte del Señor y de la iglesia. Evidentemente, también en este sistema de gobierno eclesiástico el pastor no está investido de poder absoluto. Se halla bajo órdenes superiores; pero puede hacer uso de su autoridad relativa como un verdadero líder en la congregación.

La autoridad de un conjunto de iglesias. Nos referimos aquí a grupos de iglesias que bajo diferentes nombres (concilio, asamblea, alianza, fraternidad, convención, consejo, etc.) se asocian para cultivar la comunión y hacer efectiva la cooperación intereclesiástica. No puede negarse que estas organizaciones corren el riesgo de institucionalizarse en demasía y convertirse en poderes altamente jerárquicos que pueden matar toda iniciativa en las iglesias locales. Los evangélicos conservadores en la América Latina nos hemos opuesto, y con mucha razón, a levantar una maquinaria eclesiástica que anule la relativa autonomía de nuestras iglesias locales. Nos oponemos a una gran institución eclesiástica como la de la Iglesia Católicorromana, que se arroga el derecho de imponerse desde Roma, a través de los obispos, sobre las más remotas parroquias y sobre la vida pública y privada de los feligreses. Preferimos subrayar la que llamamos «autonomía de la iglesia local».

El Nuevo Testamento no apoya el institucionalismo asfixiante. Los obispos de tiempos apostólicos eran pastores en sus respectivas iglesias locales, no jefes que tuviesen bajo su mando un territorio eclesiástico. Los pastores eran ordenados en el seno de la congregación que ellos iban a presidir. No había en Roma un obispo que se creyese el vicario de Cristo, con derecho a gobernar sobre todas las iglesias. En otras palabras, no existía el papado. Por supuesto, al hacer estas críticas no debemos pasar por alto que el protestantismo no ha estado del todo libre de la tendencia a crear sistemas jerárquicos que contradicen el espíritu del Nuevo Testamento.

Sin embargo, también nos conviene recordar que las iglesias de la era apostólica no se consideraban a sí mismas en completa

independencia las unas de las otras. La autonomía de la iglesia local era relativa frente a la profunda necesidad de cultivar la *koinonía* (comunión) con las iglesias hermanas. Y la *koinonía* significaba compartir los bienes espirituales y materiales. En este sentido no había iglesias independientes, sino interdependientes. Una iglesia solitaria, alejada de la comunión con otras iglesias, no cabe en el cuadro eclesiológico del Nuevo Testamento. Tal iglesia es como una anomalía para el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, en la cual todos los miembros están unidos y funcionando para beneficio de todo el organismo.

El apóstol Pablo fortalecía los lazos de comunión entre las iglesias enviándoles cartas con saludos fraternales, instruyéndolas tocante a la unidad de la Iglesia y la práctica del amor entre los hermanos, y exhortándolas a ofrendar para los cristianos que estaban en necesidad material.

Es cierto que la *koinonía* de las iglesias del período apostólico no estaba estructurada administrativamente. Las asambleas locales se gobernaban a sí mismas, bajo el ministerio de líderes dotados y llamados por el Espíritu Santo. Pero es digno de notarse lo que aconteció en lo que se conoce como el concilio de Jerusalén (Hch. 15). Había surgido un problema doctrinal que las iglesias gentiles consideraron necesario discutir con los hermanos en Jerusalén. Dice el texto sagrado que después de ventilar el problema, «pareció bien a los apóstoles y a los ancianos, con toda la iglesia, elegir de entre ellos varones y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé» (v. 22). La decisión vino de los líderes y de «toda la iglesia». En la carta circular del concilio se dice: «Los apóstoles y los ancianos y los hermanos», para luego afirmar que la decisión viene del Espíritu Santo.

Fue una reunión en la que participaron todos los hermanos, incluso los delegados de las iglesias gentiles, bajo la dirección del Espíritu de Dios. También nos interesa subrayar que se tomó allí una decisión aplicable a todas las iglesias. El concilio habló con autoridad en el Señor. En esta forma se sentó un precedente que la iglesia había de seguir a través de los siglos, en la celebración de concilios a nivel local, nacional, regional, y mundial. Estos concilios pueden ser beneficiosos para las iglesias si en verdad surgen de la necesidad de comunión, cooperación, y orientación doctrinal o práctica, y si se hace algo para llenar tales necesidades.

Es posible decir que detrás del origen de las asociaciones de

iglesias evangélicas en el mundo se halla, generalmente, el deseo de comunión, cooperación, y orientación para el mejor cumplimiento de la misión cristiana. Es claro que los propósitos originales pueden perderse y que las asociaciones lleguen a convertirse tan sólo en una carga demasiado gravosa para las iglesias. Sin embargo, también es cierto que las iglesias mismas pueden ser culpables de permitir que esto suceda, al descuidar el cumplimiento de sus obligaciones y el disfrute de sus privilegios dentro de la asociación. De hecho, la negligencia de las iglesias y de sus líderes da lugar a la formación de una oligarquía, o sea un grupo de personas que por falta de interés y de gobierno de parte de los miembros de la asociación comienzan a manejar las cosas a su gusto y antojo. Los resultados positivos de las asociaciones eclesíásticas están a la vista y no es necesario enumerarlos.

La aparente digresión que hemos hecho sirve para referirnos a la relación del siervo de Dios con la autoridad investida en la asociación a la cual pertenece la iglesia que él pastorea.

Descartamos de inmediato para nuestra discusión el caso de cuerpos eclesíásticos que hayan caído en herejía, pretendiendo tener autoridad sobre la Palabra de Dios y sobre los estatutos de la organización. Preferimos pensar aquí en aquellas asociaciones que con todos sus defectos y virtudes están dispuestas a someterse a la revelación escrita del Señor y a lo establecido por las iglesias que forman el cuerpo eclesíástico. En este caso el pastor tiene que respetar lo que la iglesia local haya decidido tocante a sus nexos con la asociación y velar porque se cumplan todos los compromisos contraídos.

Se sobreentiende que antes de aceptar el pastorado el siervo de Dios se ha informado ampliamente en cuanto a las relaciones que la iglesia sostiene con otros organismos eclesíásticos. De no haber estado de acuerdo con esas relaciones, tenía la oportunidad de rechazar la invitación a pastorear la iglesia. Estando ya en el pastorado, debe recordar que no es él sino la iglesia la que tendrá que decidir si ella continuará o no afiliada a determinado cuerpo intereclesíástico.

En lo personal, el pastor ha asumido cierto compromiso con la asociación de iglesias que le ha aceptado y respaldado como un miembro de su cuerpo ministerial. No es por tanto su función socavar la autoridad de la asociación, sino apoyarla. Hay tal cosa como ética pastoral. Esto no significa, de ninguna manera, que

el pastor tenga que perder la dignidad de que está revestido como siervo de Dios y esclavizarse de por vida a una organización con la que no esté de acuerdo. Pero mientras esté dentro de ella debe actuar según las reglas establecidas.

Si hay problemas en la asociación, el pastor puede orar y estar listo a colaborar en todo lo que le sea posible para solucionarlos. Cuando por causa de la asociación surge un problema que le atañe personalmente, o que afecta a su iglesia, su deber es mantener abiertas las líneas de comunicación, ofrecerse al diálogo, y agotar todos los recursos con el fin de restaurar la armonía, para la gloria del Señor y el bien de su pueblo.

Es indispensable que el pastor actúe siempre con limpia conciencia, a la luz de la Palabra y del Espíritu de Dios, y que sus decisiones no sean impulsadas meramente por intereses mezquinos, o sentimientos indignos de un siervo de Dios. Si se siente guiado por el Señor a abandonar la organización, lo ideal es que lo haga sin llevar en su corazón una raíz de amargura y sin dejar tras sí un testimonio que no glorifique a Dios. Se sobreentiende que para dar este paso las circunstancias tienen que ser invencibles.

V

El pastor ante el futuro

10

Siervos de Dios para el mañana

QUE EL MUNDO ha venido experimentando cambios profundos y acelerados en el presente siglo es evidente, y no podemos prever todas las transformaciones que van a efectuarse en las próximas dos décadas, si el Señor no viene.

El conocido columnista Jim Bishop dice: «Había carros y caballos en Mesopotamia hace cincuenta siglos, y hasta hace noventa años el hombre siguió dependiendo de carros y caballos ... Pero en noventa años hemos inventado cohetes que pueden viajar a otros planetas a razón de 40.000 kilómetros por hora, y que toman fotos y las mandan de regreso a la Tierra ...»¹

En el curso de sesenta años el mundo ha pasado de los fonógrafos casi primitivos a la radio de transistores y la televisión en colores; de los aviones de hélice a los de propulsión a chorro; de las máquinas registradoras, que ahora son piezas de museo, a las maravillosas computadoras; de los vuelos sensacionales al Polo Sur, a los viajes extraterrestres y la exploración de la Luna; de unos 3.000 millones de habitantes en 1950, a una población mundial de más de 5.000 millones en la actualidad. En treinta años hemos tenido una explosión demográfica de más de mil millones. Los cambios socio-políticos no han sido menos significativos, a nivel mundial. Pero las transformaciones en todos los órdenes de la vida humana pueden ser mayores en las próximas décadas. Hace poco, un líder evangélico, de mucho prestigio en las misiones mundiales, dijo haber leído que la proporción de cambio en los próximos diez años

1. «El progreso: Gran enemigo del hombre», *Prensa Libre*, Guatemala, 5-9-77.

será equivalente al de los últimos treinta años. O sea que en sólo diez años el mundo cambiará tanto como ha cambiado en treinta.

Hay un libro que habla tocante a los efectos devastadores que este cambio acelerado puede tener en los seres humanos. El problema es que si el cambio viene con demasiada rapidez no hay tiempo para absorberlo, o asimilarlo, sin sufrir grandes conmociones psíquicas. El libro se titula *El shock del futuro*. Según el autor, «así como el shock cultural es el efecto que sufre el visitante no preparado al verse inmerso en una cultura extraña, el shock del futuro es la desorientación vertiginosa producida por la llegada prematura del futuro, y puede ser la enfermedad más grave del mañana».²

Nosotros, predicadores del evangelio, no podemos ser indiferentes a los procesos de cambio en nuestra sociedad. Tampoco podemos cerrar los ojos ante un futuro que no está muy lejano. Es abrumador pensar que los pastores jóvenes de hoy ocuparán puestos de gran responsabilidad en la iglesia del Señor por lo menos en las tres primeras décadas del siglo veintiuno. ¿Cómo será el mundo de ese entonces? ¿Cuáles serán las demandas para los siervos de Dios?, ¿cuáles los retos?, ¿cuáles las oportunidades?, ¿cuáles los problemas y peligros? Aunque no podamos responder acertadamente a estas preguntas, sí nos conviene indicar, con base en las Escrituras y en veinte siglos de experiencia eclesiástica, algunas de las cualidades que deberán tener los siervos de Dios en un mundo profundamente transformado por la ciencia y la técnica moderna y por los movimientos socio-políticos que han estado ya en operación en nuestro siglo.

Los siervos de Dios para una nueva era deben estar auténticamente comprometidos con Cristo y su evangelio. Hay mucha gente agregada o afiliada a la religión cristiana, pero no genuinamente entregada al Señor Jesús. Tal vez se han quedado sólo con un evangelio de ofertas, para una vida con propósito, un matrimonio feliz, un cuerpo saludable, una mente sana, una personalidad bien equilibrada, y el éxito profesional y social. Pero desconocen el evangelio de las demandas, y no se sienten aludidos cuando el Señor Jesucristo dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niégese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lc. 9:23).

2. Alvin Toffler, *El shock del futuro* (Barcelona: Plaza Janes, S.A., 1973), p. 19.

Es indispensable volverse a Dios, abandonando los ídolos, y esto incluye a todos los ídolos (1 Ts. 1:9). Debemos ser iconoclastas derribando en nuestra vida el ídolo del yo, del intelecto, de las bajas pasiones, del dinero, del consumerismo, del prestigio social, de la fama terrenal, del «profesionalismo», del «yo soy mejor que tú espiritualmente», del «yo sé más teología que tú», del denominacionalismo egoísta, del separatismo no bíblico, del orgullo «religioso», en fin, de todo aquello que se interpone entre nosotros y Dios, ocupando en nuestro corazón el lugar que a Él pertenece e impidiéndonos hacer su voluntad en nuestra vida.

Nada menos que un compromiso radical es lo que Dios demanda de aquellos que le servirán eficazmente en un mundo que ha perdido el camino verdadero por haberse alejado de su Creador. Sólo los que estén auténticamente comprometidos con Cristo y su evangelio llegarán al máximo sacrificio, si el Señor así lo demanda.

En segundo lugar, los siervos de Dios para una nueva era deben estar sometidos a la autoridad suprema de las Escrituras. Este es el punto de apoyo para mover al mundo y no ser movidos por el mundo. Aquí está el fundamento inamovible frente al ir y venir de la filosofía, y ante los vaivenes de la teología. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán», dice el Señor (Mr. 13:31). Toda reflexión puede ser un juego muy peligroso para el cristiano, cuando éste no apela a las Sagradas Escrituras como su máxima autoridad. Una vez se cuestione el carácter sobrenatural de la Biblia, no hay donde detenerse en la pendiente de la duda, no hay refugio contra los ataques de la incredulidad.

Vivimos en tiempos peligrosos: se están amontonando los maestros de la mentira, y se multiplicarán los falsos profetas cuando se avecine el regreso del Señor al mundo. El apóstol Pablo aconseja a su discípulo Timoteo que persista en la Palabra y que la predique a tiempo y fuera de tiempo (2 Ti. 3:14—4:7). También a nosotros nos conviene seguir este consejo. Pero si no estamos firmemente convencidos de la autoridad divina de las Escrituras, nuestra predicación será vacía, ineficaz, y nosotros mismos seremos llevados por todo viento de doctrina.

No serán los mensajes abstractos, ambiguos, dulzones, y festivos los que señalarán «el camino, y la verdad, y la vida» a las generaciones venideras. Tiene que resonar, en el poder del

Espíritu Santo, el «así dice Jehová» de los antiguos profetas, y el «como está escrito» de las páginas neotestamentarias.

En tercer lugar, *los siervos de Dios para una nueva era tienen que ser profunda e intensamente piadosos*. Según el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, la piedad es la virtud «que inspira por el amor de Dios tierna devoción a las cosas santas; y por el amor al prójimo, actos de abnegación y comprensión». Richard Ch. Trench dice que *eusébeia*, palabra griega traducida por «piedad» en el Nuevo Testamento, puede significar piedad en relación con Dios y en relación con el prójimo.

La Biblia no define la piedad; pero enseña lo que significa una vida piadosa, e ilustra la piedad por medio del ejemplo de personas que fueron verdaderamente piadosas. Por supuesto, el ejemplo cumbre de verdadera piedad es el Señor Jesucristo. Su comida era hacer la voluntad de su Padre celestial; su delicia, conversar con Él en largos momentos de oración. Pero su piedad era también activa, no tan sólo contemplativa. Anduvo haciendo bienes.

La piedad se halla profundamente relacionada con la adoración y la santidad. El varón piadoso no hace causa común con los pecadores, antes bien en la Palabra de Dios está su delicia, y en ella medita de día y de noche (Sal. 1). Lee a solas la Palabra, reflexiona en ella, le hace preguntas, y deja que ella lo interrogue, lo cuestione, y lo juzgue. El varón piadoso desea conversar con Dios mediante la oración. Se regocija en la comunión con Él. «Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo» (Sal. 27:4).

El varón piadoso no es indiferente a las alegrías y penalidades de su prójimo. Su piedad es contemplativa y activa. No se cansa de hacer el bien, especialmente a los que son de la familia de Dios (Gá. 6:10).

El varón piadoso se separa del mal, pero no es una asceta, no es un santurrón. Ama la vida y la disfruta en nombre de Dios y para su gloria. Se regocija en las obras de la creación. Aprecia lo bello y armonioso de la naturaleza. Reconoce los bienes que la gracia común ha derramado en el mundo. No es un pesimista por profesión. Evita ser negativo y farisaico. No busca sólo el lado malo de las personas y de las cosas. No es un crítico destructor. Sabe llorar y reír. Tiene un corazón amplio para comprender y

perdonar. Es un verdadero creyente; conoce por experiencia lo que significa vivir por fe.

A través de los siglos los siervos de Dios que han sido instrumentos de bendición para otros, han vivido piadosamente. Los nuevos tiempos que se avecinan no serán una excepción a esta regla. Si quieres ser un medio de bendición para tu generación tienes que vivir piadosamente (1 Ti. 6:3; 2 Ti. 3:5; 1 Ti. 4:8; 2 Ti. 3:12; Tito 2:12).

En cuarto lugar, *los siervos de Dios para una nueva era deben conocer su realidad social*. Los profetas veterotestamentarios, el Señor Jesucristo y sus apóstoles, conocían a fondo su medio social y hablaron de manera pertinente a sus contemporáneos. Tenían los pies sobre la tierra. No andaban por las nubes, sin contacto con el mundo. Estaban inmersos en su realidad social.

Para conocer mejor nuestro contexto social no es indispensable que seamos eruditos en las ciencias humanísticas, pero sí debemos preocuparnos por alcanzar un conocimiento más amplio de nuestra historia, nuestra raza, nuestras raíces culturales, y aún de nuestra herencia evangélica. Necesitamos conocer también la fisonomía económica de nuestros pueblos y los problemas sociales que de ella se derivan. ¿Qué sabemos, por ejemplo, del problema demográfico, del analfabetismo, del número insuficiente de hospitales, escuelas, y viviendas? ¿Qué del deterioro ecológico? ¿Sabemos cómo se distribuye el presupuesto general de nuestro país? ¿Hemos leído la Constitución de la República? ¿Sabemos cuál es básicamente la filosofía política de los partidos que participan en elecciones a nivel local, regional, y nacional?

Es también de gran importancia que tengamos un conocimiento siquiera general de la escena eclesial contemporánea. ¿Qué sabemos, por ejemplo, del movimiento carismático, de las nuevas corrientes en el catolicismo romano, y de las actividades más recientes del protestantismo continental y mundial?

El siervo de Dios no puede permitirse el lujo de ignorar lo que acontece en su alrededor. Alguien ha dicho que no tenemos derecho a que la gente abra los oídos para recibir nuestro mensaje si nuestros ojos están cerrados a la realidad. Especialmente en un mundo de cambios súbitos y profundos, el siervo de Dios debe estar al día en su conocimiento general de la sociedad en que vive. Un líder evangélico confesó que al graduarse del seminario él

sabía mucho tocante a los tiempos bíblicos, pero muy poco en cuanto a la América Latina, su propio mundo. Esta ha sido la experiencia de muchos de nosotros. De alguna manera tenemos que complementar nuestro conocimiento bíblico con el de nuestra sociedad, para la debida contextualización del evangelio. Esto significa que el siervo de Dios ha de ser un estudiante perenne, vitalicio. Los títulos colgados en nuestra pared van perdiendo su valor con el paso de los años, si no nos renovamos constantemente en nuestra vida intelectual y ministerial.

En quinto lugar, *los siervos de Dios para una nueva era deben estar abiertos al estudio de nuevas ideas, o corrientes de pensamiento*. No debemos gastar todo el tiempo encastillándonos en nuestro propio sistema teológico, sin abrir ventanas a otras maneras de pensar. Si tenemos convicciones profundas y estamos seguros de nuestra identidad doctrinal, no tengamos miedo de oír o leer lo que otros piensan. Es muy posible que en el enfrentamiento con otras ideas se ahonden nuestras convicciones y se refuerce nuestra identidad. Seamos inflexibles en lo que atañe a los fundamentos de nuestra fe cristiana, pero no cuando se trate de esquemas, o conceptos, de origen puramente humano. Jesús no reprendió a los fariseos por el gran respeto que tenían para las Escrituras, sino porque las tradiciones de ellos pretendían invalidar la Palabra de Dios.

En sexto lugar, *los siervos de Dios para una nueva era deben ser flexibles en su metodología*. Tenemos que hacer cambios en un mundo de cambios. Ningún método humano es intocable, o sagrado. Nuestras tácticas misioneras tienen que cambiar al ritmo de los tiempos. Esta advertencia es necesaria hoy, especialmente para nosotros los viejos, los que vivimos de recuerdos y nostalgias, los que creemos que todo tiempo pasado fue mejor.

Un ejemplo de cambios metodológicos es lo que ha sucedido en el púlpito evangélico en las últimas tres décadas. El cambio es muy notorio en la evangelización. Los comunicadores de ayer no son necesariamente los comunicadores de hoy. El mensaje es el mismo, pero no la manera de comunicarlo. No sabemos exactamente cómo serán los comunicadores en los tiempos que están por venir. De lo que estamos ciertos es que ellos tendrán que hacer los ajustes necesarios en su metodología si quieren sobrevivir como predicadores. En cierto modo puede decirse que no hay método homilético con vigencia perpetua.

Renovarnos o morirnos ministerialmente son las opciones que

tenemos por delante. Hubo un hombre que se murió a los sesenta años de edad, pero uno de sus amigos dijo que debieron haberlo sepultado treinta años antes. Por tres décadas había estado muerto en vida. Es muy posible que un siervo de Dios se muera ministerialmente a los treinta años de edad. El Maestro de maestros tiene que venir a decirle: ¡Lázaro, ven fuera!

Cuando uno de mis antiguos maestros cumplió ochenta años de edad, dijo que su petición al Señor era que mientras Él lo tuviera en el mundo le conservara lúcida la inteligencia. Nuestra oración al Señor puede ser que Él no nos deje morir en vida, que no permita que nos muramos ministerialmente, que mantengamos alerta nuestro intelecto y flexible la voluntad para hacer los cambios que sean posibles en nuestra vida y en nuestro ministerio.

Conclusión: Los siervos de Dios para una nueva era deben estar seriamente comprometidos con Cristo y su evangelio, y sometidos a la autoridad suprema de las Escrituras. Deben vivir piadosamente, conocer su realidad social, estar abiertos al estudio de otras ideas, y ser flexibles en su método de trabajo. Con estas cualidades y otras que podrían mencionarse, es posible salir airoso del siglo veinte y entrar con victoria en el veintiuno, para la gloria del Señor y bendición de su pueblo.

Mientras tanto, es menester que sigan preparándose a conciencia para la maravillosa tarea que está por delante. Que mediante la ayuda divina, sean todos ellos instrumentos para honra, santificados, útiles al Señor, y dispuestos para toda buena obra (2 Ti. 2:21).

...mente por delante. Hubo un tiempo que se miró a los señores...

...Cuando uno de los señores se acercó a cumplir ochenta años...

...de otros países y se han convertido en una fuerza que...

...de otros países y se han convertido en una fuerza que...

...de otros países y se han convertido en una fuerza que...

...de otros países y se han convertido en una fuerza que...

...mente por delante. Hubo un tiempo que se miró a los señores...

Bibliografía

Adams, Jay E. *Capacitado para orientar: Cómo dar consejo y exhortación bíblicamente*. Grand Rapids, Michigan: Editorial Portavoz, 1986. 328 pp.

Bayly, Joseph. *Cuando me golpeó la muerte*. Miami, Florida: Editorial Caribe. 115 pp.

Brister, C.W. *El cuidado pastoral en la iglesia*. El Paso, Texas: Casa Bautista de Publicaciones, 1974. 266 pp.

Castro, Emilio. *Hacia una pastoral latinoamericana*. San José, Costa Rica: Publicaciones INDEF, 1974. 156 pp.

CLADE II (Segundo Congreso Latinoamericano de Evangelización). *América Latina y la evangelización en los años 80*. Distribuye Fraternidad Teológica Latinoamericana.

Christenson, Larry. *La mente renovada*. Miami, Florida: Editorial Betania, 1975. 124 pp.

Collins, Gary. *Manual de Psicología Cristiana*. Terrassa, Barcelona: Editorial Clie, 1977. 219 pp.

Collins, Gary y Mijangos, Sergio. *Consejería cristiana efectiva*. Grand Rapids, Michigan: Editorial Portavoz, 1992. 208 pp.

Costas, Orlando. *La iglesia y su misión evangelizadora*. Buenos Aires, Argentina: Editorial La Aurora, 1971. 123 pp.

Compromiso y misión. Miami, Florida: Editorial Caribe, 1974. 159 pp.

Crabb, Lawrence, Jr. *Principios bíblicos del arte de aconsejar*. Barcelona, España: Editorial Clie, 1977. 154 pp.

- Cramer, Raymond L. *La psicología de Jesús y la salud mental*. Miami, Florida: Editorial Caribe, 1976. 191 pp.
- Dobson, James. *Todo sobre la ira*. Terrassa, España: Editorial Clie, 1976. 47 pp.
- Engstrom, Ted W. *Un líder no nace, se hace*. Miami, Florida: Editorial Betania, 1980. 256 pp.
- Genis, A. y Brun M.A. *Más allá de la psiquiatría*. Buenos Aires, Argentina: Editorial La Aurora, 1973. 198 pp.
- Giles, James. *La psicología y el ministerio cristiano*. El Paso, Texas: Casa Bautista de Publicaciones, 1978. 112 pp.
- Grounds, Vermont. *El evangelio y los problemas emocionales*. Terrassa, España: Editorial Clie, 1977. 150 pp.
- Haggai, J. E. *Victoria sobre las preocupaciones*. El Paso, Texas: Editorial Mundo Hispano, 1975. 96 pp.
- Hamilton, James D. *El ministerio del pastor consejero*. Kansas City: Casa Nazarena de Publicaciones. 141 pp.
- Harvey, H. *El pastor*. El Paso, Texas: Casa Bautista de Publicaciones, 1929. 231 pp.
- Hyde, Douglas. *Cómo formar dirigentes*. Artesa de Lérida, España: Ediciones Pisando Fuerte, sin fecha. 205 pp.
- Jackson, Edgar N. *Cuando alguien muere*. Buenos Aires, Argentina: Editorial La Aurora, 1953. 111 pp.
- Johnson, Paul E. *Después de los cuarenta*. Buenos Aires, Argentina: Editorial La Aurora, 1974. 99 pp.
- LaHaye, Tim. *Cómo vencer la depresión*. Miami, Florida: Editorial Vida, 1977. 251 pp.
- León Jorge A. *Psicología de la experiencia religiosa*. Miami, Florida: Editorial Caribe, 1973. 188 pp.
- Lewis, C. S. *El problema del dolor humano*. Miami, Florida: Editorial Caribe, 1977. 156 pp.
- Lindsey, Hal y C.C. Carlson. *El complejo de culpa*. Maracaibo, Venezuela: Editorial Libertador, 1974. 39 pp.

- Little, Gilbert L. y Epp, Theodore H. *Cómo vencer la tensión nerviosa*. Grand Rapids, Michigan: Editorial Portavoz, 1987. 128 pp.
- Luna A. Guillermo. *Introducción a la administración cristiana*. Guatemala: Editorial Alfa y Omega, 1976. 172 pp.
- Martínez, José M. *Ministros de Jesucristo*. Terrassa, España: Editorial Clie, 1977. 226 pp.
- McKillen, S.J. *Ninguna enfermedad*. Medellín, Colombia: Tipografía Unión, (2ª. edición 1971). 209 pp.
- Michalson, Carl. *Fe para crisis personales*. Buenos Aires, Argentina: Editorial La Aurora, 1975. 103 pp.
- Narramore, B. y Counts, B. *La psicología de la culpa*. Miami, Florida: LOGOI, 1974. 188 pp.
- Narramore, Clyde. *Enciclopedia de problemas psicológicos*. Miami, Florida: Editorial Caribe, 1970. 244 pp.
- Narramore, Clyde y Narramore, Ruth E. *Cómo dominar la tensión nerviosa*. Miami, Florida: Editorial Caribe, 1978. 216 pp.
- Nee, T.S. (Watchman). *El obrero cristiano normal*. Grand Rapids, Michigan: Editorial Portavoz, 1993. 112 pp.
- Oates, Wayne E. *La religión a la luz de la psicología*. El Paso, Texas: Editorial Mundo Hispano, 1970. 72 pp.
- Osborne, Cecil G. *Ámate siquiera un poco*. Miami, Florida: Editorial Caribe, 1978. 180 pp.
- Padilla, C. René *El evangelio hoy*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Certeza, 1975. 188 pp.
- Padilla, C. René y otros. *Fe cristiana y latinoamérica hoy*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Certeza, 1974. 214 pp.
- Purkiser, W.F. *La imagen del ministerio en el Nuevo Testamento*. Kansas City: Casa Nazarena de Publicaciones, 1969. 150 pp.
- Ruda, Oswaldo J. y otros. *Psicoanálisis, reflexología y conversión cristiana*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Certeza. 104 pp.
- Sanders, J. Oswald. *Liderazgo espiritual*. Grand Rapids, Michigan: Editorial Portavoz, edición revisada, 1995. 192 pp.

DESAFÍOS PASTORALES



Se ha dicho, y con razón, que no hay nada más importante en el mundo en que vivimos que el ministerio de la iglesia cristiana. A esa declaración debe añadirse que no hay nada más importante dentro de las funciones de la iglesia que el ministerio del pastor.

En las últimas décadas, ese ministerio ha recibido un gran número de retos. El doctor Emilio Núñez analiza, entre otros, la relación del pastor y su contexto social, la evangelización, el crecimiento de la iglesia, y la visión de futuro que todo ministro debe poseer.

“Este libro debe ser leído con cuidado y reflexión; sus advertencias deben ser atendidas y sus enseñanzas practicadas sistemáticamente. Esta obra servirá de reto y ayuda a todo pastor.”

—Evis L. Carballosa

EMILIO ANTONIO NÚÑEZ nació en la república de El Salvador. Ha vivido en Guatemala desde 1944, donde inició su ministerio de enseñanza y predicación de las Sagradas Escrituras. Fue uno de los fundadores y primer rector del Seminario Teológico Centroamericano, y miembro del grupo fundador de la Fraternidad Teológica Latinoamericana. El doctor Núñez es un conocido pastor, conferenciante y escritor.



**EDITORIAL
PORTAVOZ**

Ayudas pastorales

ISBN 0-8254-1515-2



9 780825 415159